

ROBERT J. WALLER

LOS PUENTES DE MADISON COUNTY

*La novela
que conmocionó al mundo
y que lleva más de 10.000.000
de ejemplares vendidos.*



**IBRO
PRESS**

VERSIÓN
COMPLETA

**LOS PUENTES DE
MADISON COUNTY**

ROBERT JAMES WALLER

EMECÉ EDITORES
Colección GRANDES NOVELISTAS
Título Original: The Bridges of Madison County
2ª. Impresión, Junio de 1993
Traducción de Alicia Steimberg
Impreso en la Argentina

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR	4
ROBERT KINCAID.....	8
Francesca	17
<i>Antiguas noches,</i>	40
Los Puentes Del Martes.....	47
Otra vez hay lugar para bailar.....	60
El camino y el peregrino.....	70
Cenizas.....	79
<i>La caída desde la dimensión Z</i>	88
Una Carta de Francesca	90
Post Scriptum - Entrevista con "Nighthawk" Cummings...	98
Entrevista con "Nighthawk" Cummings.....	99

Para los peregrinos

PRÓLOGO DEL AUTOR

Algunas canciones llegan del pasto con flores azules, libres del polvo de mil caminos de campo. Esta es una de ellas. A última hora de una tarde de otoño de 1989, estoy sentado ante mi escritorio, mirando titilar el cursor en la pantalla de la computadora, cuando suena el teléfono.

Me llama un tal Michael Johnson, que antes vivía en Iowa y ahora vive en Florida. Un amigo de Iowa le ha enviado uno de mis libros; Michael Johnson lo ha leído, también su hermana Carolyn, y ellos tienen una historia que podría interesarme. Michael es parco en palabras, rehúsa decir nada sobre la historia, sólo que Carolyn y él están dispuestos a viajar a Iowa para hablar conmigo acerca de ella.

Me intriga que estén dispuestos a hacer ese esfuerzo, a pesar de mi escepticismo sobre estos ofrecimientos, de manera que acepto encontrarme con ellos en Des Moines la semana siguiente. Nos vemos por primera vez en un Holiday Inn cerca del aeropuerto, se afloja gradualmente la tensión y ahí están los dos, sentados frente a mí, mientras afuera cae la tarde con una nevada ligera.

Me arrancan una promesa: si decido no escribir la historia, debo dar mi palabra de que nunca revelaré lo que tuvo lugar en Madison County, Iowa, en 1965, ni otros acontecimientos relacionados que ocurrieron durante los siguientes veinticuatro años. Muy bien, es razonable. Al fin y al cabo la historia es de ellos, no mía.

De manera que me limito a escuchar. Escucho muy atentamente, y hago preguntas difíciles. Y ellos hablan. Hablan y hablan y hablan. En ciertos momentos Carolyn llora abiertamente, y Michael se esfuerza por no hacerlo. Me muestran documentos y recortes de revistas, y una serie de cuadernos escritos por su madre, Francesca.

El camarero va y viene. Pedimos más café. Mientras hablan comienzo a ver imágenes. Primero hay que formarse imágenes, luego vienen las palabras. Y comienzo a oír las palabras, a verlas escritas en el papel. Poco después de medianoche acepto escribir la historia. O al menos intentarlo.

Les costó tomar la decisión de hacer pública la historia. Las circunstancias son delicadas, involucran a su madre, y más tangencialmente a su padre. Michael y Carolyn admitían que continuar con la historia podía desatar habladurías groseras y manchar la memoria que la gente pudiera tener de Richard y Francesca Johnson.

Sin embargo, en un mundo en que el compromiso personal en todas sus formas parece desmoronarse y el amor se ha convertido en un asunto de conveniencia, los dos sentían que valía la pena contar esta notable historia. En ese momento creí, y sigo creyéndolo con mucha más convicción ahora, que su evaluación era correcta.

Durante mi investigación, y mientras escribía el texto, solicité tres reuniones más con Michael y Carolyn. En cada oportunidad, y sin ninguna protesta, viajaron a Iowa. Estaban ansiosos de que se narrara la historia con toda exactitud. A veces simplemente hablábamos; otras recorríamos lentamente los caminos de Madison County, mientras ellos me señalaban los lugares que tenían un papel significativo.

Además de la ayuda que me proporcionaron Michael y Carolyn, este relato está basado en la información encontrada en los cuadernos de Francesca Johnson; en la investigación realizada en el noroeste de los Estados Unidos, particularmente en Seattle y en Bellingham, Washington; en la indagación, efectuada sin que trascendiera, en Madison County, Iowa; en la información extraída de los ensayos fotográficos de Robert Kincaid; en la asistencia brindada por los editores de las revistas; en el detalle proporcionado por los fabricantes de películas y equipamiento fotográfico, y en largas conversaciones con varias encantadoras personas de edad en el hogar del condado de Barnesville, Ohio, que recordaban a Kincaid desde su infancia.

A pesar del esfuerzo en la investigación, quedan vacíos. En esos casos he agregado algo de mi propia imaginación, pero sólo cuando podía hacer juicios razonados que brotaran de la íntima familiaridad con Francesca y Robert Kincaid que obtuve a través de mi búsqueda. Confío en haber llegado muy cerca de lo que realmente sucedió.

Un vacío importante tiene que ver con ciertos detalles de un viaje que hizo Robert Kincaid por el Norte de los Estados Unidos. Sabemos que lo realizó por una serie de fotografías que luego se publicaron, una breve mención que aparece en los cuadernos de Francesca Johnson, y notas manuscritas que dejó al editor de una revista. Usando estas fuentes como guía, creo que detecté el camino que tomó desde Bellingham hasta Madison County en agosto de 1965. Mientras iba en auto a Madison County al final de mis viajes, senda que de alguna manera me había transformado en Robert Kincaid.

Sin embargo, tratar de capturar la esencia de Kincaid fue la parte más exigente de mi investigación y de la escritura del texto. Es una figura elusiva. A veces parece común y corriente, otras etéreo, tal vez espectral. En su obra era un profesional consumado. Sin embargo se veía a sí mismo como una especie particular de animal macho que se estaba tornando obsoleto en un mundo entregado a cantidades cada vez más grandes de organización. Una vez habló del "implacable lamento" del tiempo dentro de su cabeza, y Francesca Johnson lo describía como "un ser que vive en lugares extraños, embrujados, muy anteriores a la lógica de Darwin".

Quedan dos apasionantes preguntas sin respuestas. En primer lugar no hemos podido establecer qué se hizo de los archivos fotográficos de Kincaid. Dada la naturaleza de su trabajo, probablemente hubo centenares, millares de fotografías. Nunca se recuperaron. La hipótesis más creíble, y que sería coherente con la forma en que se veía a sí mismo y a su lugar en el mundo, es que las destruyó antes de su muerte.

El segundo interrogante se refiere a su vida entre 1975 y 1982. Hay muy poca información al respecto. Sabemos que vivió modestamente unos años haciendo retratos en Seattle y que siguió fotografiando la zona de Puget Sound. Aparte de eso no tenemos nada. Un detalle interesante es que todas las cartas que le envió la Social Security Administration y la Veterans Administration llevaban la inscripción "Devolver al remitente" escrita de su puño y letra, y efectivamente fueron devueltas.

La preparación y la escritura de este libro han modificado mi visión del mundo, han transformado mi manera de pensar, y más que nada han reducido mi nivel de cinismo sobre lo que es posible en el campo de las relaciones humanas. Al llegar a conocer a Francesca Johnson y Robert Kincaid como lo hice a través de mi investigación, descubro que los límites de esas relaciones pueden extenderse

mucho más allá de lo que yo pensaba. Tal vez ustedes tendrán la misma experiencia al leer esta historia.

No será fácil. En un mundo cada vez más insensible, todos vivimos con nuestras corazas de turbia sensibilidad. No sé bien dónde termina la gran pasión y empieza el sentimentalismo. Pero nuestra tendencia a mofarnos de la gran pasión y a rotular los sentimientos genuinos y profundos como sensiblería, dificulta entrar en el reino de la delicadeza necesaria para comprender la historia de Francesca Johnson y Robert Kincaid. Sé que tuve que vencer esa tendencia inicial antes de poder empezar a escribir.

Sin embargo, si ustedes se acercan a este texto con una voluntaria suspensión de la incredulidad, confío en que experimentarán lo que yo he experimentado. En los espacios indiferentes de sus corazones, hasta pueden encontrar, como Francesca Johnson, un lugar para volver a bailar.

Robert Waller Cedar

Falls, Iowa

Verano de 1990

ROBERT KINCAID

En la mañana del 8 de agosto de 1965, Robert Kincaid cerró con llave la puerta de su departamentito de dos ambientes en el tercer piso de un edificio destartado en Bellingham, Washington. Bajó con una mochila llena de equipo fotográfico y una maleta por la escalera de madera y siguió por un corredor hasta el fondo, donde tenía estacionada su vieja camioneta Chevrolet en un espacio reservado para los residentes del edificio.

Otra mochila, una heladera mediana, dos trípodes, cartones de cigarrillos Camel, un termo y una bolsa de fruta se encontraban ya en el interior del coche. Kincaid colocó las mochilas en el asiento y puso la heladera y los trípodes en el suelo. Subió a la cabina, donde metió el estuche de la guitarra y la maleta en un rincón, sosteniéndolos con la rueda de auxilio que había a un costado, y asegurando las dos cosas a la rueda con un pedazo de cuerda. Puso un hule negro bajo la rueda.

Se sentó al volante, encendió un Camel y repasó mentalmente la lista: doscientos rollos de películas de diversas clases, la mayor parte Kodachrome de velocidad lenta, trípodes, heladera, tres cámaras y cinco lentes, jeans y pantalones caqui, camisas, y chaqueta de fotógrafo. Bien. Si se había olvidado de algo podía comprarlo por el camino.

Kincaid llevaba jeans desteñidos, botas de campo Red Wing bastante usadas y tiradores de color naranja. En el ancho cinturón llevaba un cuchillo del ejército suizo en su vaina.

Miró su reloj. Las ocho y diecisiete. La camioneta arrancó en el segundo intento y Kincaid retrocedió, hizo el cambio y avanzó lentamente por la callejuela bajo un sol brumoso. Anduvo por las calles de Bellingham, dobló hacia el sur en Washington 11, siguió por varios kilómetros la línea de la costa de Puget Sound y luego fue por la autopista hacia el este hasta un poco antes de llegar a la Ruta 20.

Dobló, y de cara al sol, siguió por el sendero ondulante hacia las Cascadas. Le gustaba el territorio y no tenía prisa; se detenía de vez en cuando a hacer anotaciones sobre posibilidades interesantes para futuros viajes o para sacar lo que él llamaba "instantáneas de la memoria". El propósito de esas rápidas fotos era recordarle lugares que podía querer volver a visitar y conocer con más detalles. Al final

de la tarde dobló hacia el norte en Spokane y tomó la Ruta 2, que lo llevaría por el Norte de los Estados Unidos a Duluth, Minnesota.

Por milésima vez en su vida deseó tener un perro, quizás un perdiguero dorado, para viajes como éste y para que le hiciera compañía en casa. Pero a menudo estaba en el extranjero, la mayor parte de las veces del otro lado del océano, y no sería justo para el animal. Sin embargo no abandonaba la idea. En unos años estaría demasiado viejo para el duro trabajo de campo. "Entonces tendré un perro", le dijo al verde pinar que veía pasar por la ventanilla de la camioneta.

En estos viajes siempre le daba por hacer un inventario. El perro era parte de ese inventario. Robert Kincaid estaba lo más solo que se puede estar. Era hijo único, sus padres habían muerto, unos parientes distantes lo habían perdido de vista y él a ellos. No tenía amigos íntimos. Conocía el nombre del propietario del mercado de la esquina en Bellingham y el del dueño del negocio de fotografía donde compraba sus materiales. También mantenía relaciones profesionales con algunos editores de revistas. Fuera de ellos, no conocía bien casi a nadie. A los gitanos les cuesta hacerse amigos de la gente común, y él era un poco gitano.

Pensó en Marian, que lo había dejado nueve años atrás, después de cinco de matrimonio. Ahora Kincaid tenía cincuenta y dos, lo cual significaba que ella estaba llegando a los cuarenta. Marian soñaba con ser música, cantante folk. Sabía todas las canciones de los Weavers y las cantaba muy bien en los cafés de Seattle. En aquellos tiempos, cuando Robert llegaba a casa, la llevaba en el auto a reuniones de músicos de jazz y se sentaba con el público a oírla cantar.

Sus largas ausencias, a veces de dos o tres meses, eran perjudiciales para el matrimonio. El lo sabía. Marian estaba enterada de lo que él hacía cuando se casaron, y pensaron que de algún modo podrían manejarlo. No pudieron. Cuando Robert volvió después de hacer una nota fotográfica en Islandia ella no estaba. La esquila decía: "Robert, no funcionó. Te dejó la guitarra Harmony. Mantente en contacto".

No lo hizo. Ella tampoco. Firmó los papeles del divorcio cuando llegaron un año después, y al día siguiente tomó un avión para Australia. Ella no pedía nada; sólo su libertad.

Se detuvo para pasar la noche en Kalispell, Montana. Ya era tarde. The Cozy Inn parecía barato, y lo era. Llevó sus cosas a una

habitación que tenía dos lámparas de mesa, una de ellas con el foquito quemado. Ya en la cama, leyendo *Las verdes colinas de África* mientras bebía una cerveza, sentía el olor de las fábricas de papel de Kalispell. Por la mañana hizo jogging cuarenta minutos, después cincuenta flexiones y usó las cámaras como pequeñas pesas para completar la rutina.

Cruzó la parte alta de Montana, entró en Dakota del Norte, y la zona despejada, llana, le pareció tan fascinante como las montañas o el mar. Había una especie de austera belleza en el lugar, y se detuvo varias veces, colocó un trípode y tomó varias fotos en blanco y negro de las viejas construcciones de las granjas. Ese paisaje respondía a sus inclinaciones minimalistas. Las reservas indias eran deprimentes, por las razones que todo el mundo conoce e ignora. Ese tipo de población no era mejor en el noroeste de Washington ni en ninguna otra parte que él hubiese visto.

En la mañana del día 14, dos horas después de salir de Duluth, dobló hacia el nordeste y siguió por un camino secundario a Hibbing y a las minas de hierro. El polvo rojo flotaba en el aire, y había grandes máquinas y trenes especialmente diseñados para llevar el mineral hasta los cargueros de Two Harbors, en el Lago Superior. Pasó la tarde visitando Hibbing y no lo encontró a su gusto, aunque Bob Zimmerman Dylan fuese originario de allí.

La única canción de Dylan que realmente le había gustado era *Muchacha del Norte*. La cantaba para sí mismo mientras dejaba atrás ese lugar con gigantescos agujeros rojos en la tierra. "*Si viajas por la feria del Norte, donde golpea el viento en la frontera...*"

Cantaba esa canción acompañándose con la guitarra. Marian le había enseñado algunos acordes y arpeggios. "Me dejó más a mí que yo a ella", le dijo una vez a un lancharo borracho en un lugar llamado McElroy's Bar, en algún lugar de la cuenca del Amazonas. Y así era.

El Bosque Nacional Superior era hermoso, realmente hermoso. Zona de transportistas de las empresas peleteras. Cuando era joven deseaba que los días de aquellos transportistas no hubiesen terminado para poder ser uno de ellos. Cruzó praderas, vio tres alces, un zorro rojo y muchos ciervos. Se detuvo junto a un estanque y fotografió algunos reflejos de una rama de árbol deformada en el agua. Cuando terminó se sentó en el estribo de la camioneta a beber café y fumar un Camel, y a escuchar el viento en los abedules.

Sería bueno tener a alguien, a una mujer, pensó, mirando flotar el humo del cigarrillo sobre el agua. "Cuando uno envejece se pone así." Pero no estando en casa durante tanto tiempo, sería duro para la que se quedaba atrás. Ya lo había aprendido.

Cuando estaba en casa, en Bellingham, se encontraba de vez en cuando con la directora creativa de una agencia de publicidad de Seattle. La conoció mientras hacían un trabajo en conjunto. Ella tenía cuarenta y dos años, era una persona inteligente y agradable, pero él no la amaba, no la amaría nunca.

Sin embargo a veces los dos se sentían un poco solos y pasaban una noche juntos, iban al cine, bebían unas cervezas, y más tarde se acostaban y todo salía bastante bien. Ella había tenido su vida; se había casado dos veces y había trabajado de camarera en varios bares mientras iba a la universidad.

Después de hacer el amor, mientras estaban acostados juntos, ella invariablemente le decía: "Eres el mejor, Robert, no tienes competencia, no hay quien se te acerque siquiera".

El suponía que a un hombre debía gustarle que le dijeran eso, pero no era tan experimentado y de todos modos no tenía forma de saber si ella le decía la verdad. Pero una vez ella dijo algo que no pudo olvidar. "Robert, hay un ser dentro de ti que yo no llego a sacar a la superficie, que no tengo fuerzas suficientes para alcanzar. A veces siento que hace mucho tiempo que estás aquí, más que una vida, y que has estado en lugares con los que ninguno de nosotros ha soñado jamás. Me asustas, a pesar de que eres muy delicado conmigo. Si no luchara por controlarme cuando estoy contigo, sentiría que puedo descentrarme y no encontrar retorno."

El se daba cuenta oscuramente de qué hablaba ella. Pero no podía apresarla. Tenía esos pensamientos errantes, una anhelante sensación de lo trágico combinada con una intensa potencia física e intelectual, desde que era niño en un pueblito de Ohio. Mientras otros chicos aprendían *Row, Row Your Boat*, él aprendía la melodía y la letra en inglés de una canción de cabaret francesa.

Le gustaban las palabras y las imágenes. Una de sus palabras favoritas era "azul". Le gustaba la sensación en los labios y la lengua mientras la decía. "Las palabras provocan sensaciones físicas, no solamente transmiten significados", recordaba haber pensado cuando era joven. Le gustaban otras palabras por el sonido: distante, humo, camino, antiguo, pasaje, camionero, India. Disfrutaba del sonido y

del sabor, y de lo que evocaban en su mente. En su cuarto tenía listas de palabras que le gustaban.

Luego combinaba las palabras en frases y también las ponía a la vista:

Demasiado cerca del fuego.

Vine del Este con un pequeño grupo de viajeros.

*Los constantes murmullos de los que me salvarían
y los que me venderían.*

Talismán, talismán, muéstrame tus secretos.

Timonel, timonel, llévame de vuelta a casa.

Desnudo en el lugar donde nadan las ballenas azules.

*Ella le deseó trenes con chimeneas humeantes
que partieran de las estaciones en invierno.*

Antes de ser hombre fui flecha... hace mucho tiempo.

También había lugares con nombres que le gustaban: la Corriente somalí, las Grandes Montañas Hatchet, el Estrecho de Malaca y muchos otros. A veces las listas de palabras y frases cubrían totalmente las paredes de su cuarto.

Hasta su madre notaba que en él había algo diferente.

Robert no habló hasta los tres años, y luego empezó a hacerlo con oraciones completas; a los cinco años sabía leer. En la escuela era un estudiante indiferente que frustraba a sus profesores. Miraban sus cocientes de inteligencia y le hablaban de lograr cosas, de hacer lo que era capaz de hacer; le decían que podía llegar a ser lo que quisiese. Uno de sus profesores del secundario escribió lo siguiente en una evaluación: "Robert piensa que los tests de inteligencia son una forma muy deficiente de juzgar la capacidad de la gente porque no pueden explicar lo mágico, que tiene su propia importancia, no sólo en sí mismo sino como complemento de la lógica. Sugiero conversar con sus padres."

La madre habló con varios profesores. Cuando los profesores le mencionaban de la conducta algo recalcitrante de Robert a la luz de sus posibilidades decía: "Robert vive en un mundo propio, inventado por él. Sé que es mi hijo, pero a veces tengo la sensación de que vino no de mi marido y de mí, sino de otro lugar al que está tratando de volver. Aprecio el interés que ustedes se toman en él, y trataré una vez más de estimularlo a que trabaje más en la escuela."

Pero él se contentaba con leer todos los libros de aventuras y de viajes que encontraba en la biblioteca de la escuela, y el resto del tiempo andaba solo. Pasaba los días junto al río que corría por el límite de la ciudad e ignoraba fiestas, partidos de fútbol y otras cosas que lo aburrían. Pescaba, nadaba, caminaba y se acostaba entre los pastos altos escuchando voces distantes que él fantaseaba era el único en oír. "Por allá hay brujos", se decía. "Si uno calla y no se cierra, los oye, están allí." Y le hubiera gustado tener un perro para compartir esos momentos.

No había dinero para la universidad. Tampoco deseaba ir. Su padre trabajaba mucho y era bueno con su madre y con él, pero el trabajo en una fábrica de válvulas no dejaba mucho para otras cosas, incluyendo mantener a un perro.

Robert tenía dieciocho años cuando murió su padre, de manera que se alistó en el ejército como forma de mantenerse a sí mismo y a su madre en la época más dura de la Gran Depresión. Estuvo en el ejército cuatro años pero esos cuatro años cambiaron su vida.

Por el misterioso funcionamiento de la mente militar, le asignaron la tarea de asistente de fotógrafo, aunque ni siquiera sabía poner el rollo en una cámara. Pero en ese trabajo descubrió su vocación. Los detalles técnicos le resultaron fáciles. En un mes no sólo hacía el revelado para dos fotógrafos del equipo, sino que también le permitían fotografiar proyectos a él solo.

Uno de los fotógrafos, Jim Peterson, le tenía simpatía y dedicó tiempo extra a enseñarle las sutilezas de la fotografía. Robert Kincaid tomó prestados libros de fotografía y de arte de la biblioteca de Fort Monmouth y los estudió. Desde el principio le gustaron particularmente los impresionistas franceses y el uso de la luz en Rembrandt.

En cierto momento comenzó a darse cuenta de que era esa luz lo que fotografiaba, no los objetos. Los objetos eran meros vehículos para reflejar la luz. Si la luz era buena, siempre se podía encontrar algo para fotografiar. Entonces empezaba a surgir la cámara de treinta y cinco milímetros; Robert compró una Leica usada en un negocio local. La llevó a Cape May, New Jersey, y pasó una semana de su licencia fotografiando la vida en la costa.

Otra vez fue en ómnibus a Maine e hizo autostop por la costa, tomó la lancha correo de la madrugada hasta la isla Au Haut desde Stonington y acampó, luego cruzó en ferry la Bahía de Fundy hasta

Nueva Escocia. Empezó a escribir notas sobre composición y los lugares que quería volver a visitar.

Cuando salió del ejército, a los veintidós años, era bastante buen fotógrafo y encontró trabajo en Nueva York como asistente de un conocido fotógrafo de modas.

Las modelos eran hermosas; salió con unas cuantas y se enamoró un poco de una, hasta que ella se mudó a París y se separaron. Ella le dijo: "Robert, no estoy segura de quién eres o qué eres, pero por favor ven a verme a París." Él le dijo que iría, y lo dijo en serio, pero nunca fue. Años más tarde, cuando hacía una nota sobre las playas de Normandía, encontró el nombre de esa muchacha en la guía de teléfonos de París; la llamó y tomaron un café en un bar en la acera. Ella estaba casada con un director de cine y tenía tres hijos.

A Robert no le atraía demasiado la idea de la moda. La gente tiraba ropa perfectamente buena o la reformaba apresuradamente siguiendo las indicaciones de los dictadores de la moda europea. Le parecía tonto, y se sentía disminuido por tener que ser fotógrafo de modas. "Uno es lo que produce", dijo al dejar ese trabajo.

Su madre murió durante el segundo año que él estuvo en Nueva York. Volvió a Ohio, la enterró, y estuvo con un abogado que le leyó el testamento. No había quedado mucho. El no esperaba nada. Pero le sorprendió enterarse de que sus padres habían acumulado una pequeña cantidad después de pagar la hipoteca de la casita de Franklin Street donde habían pasado toda su vida de casados. Robert vendió la casa y compró equipo fotográfico de primera con el dinero. Mientras le pagaba la cámara al vendedor pensó en los años que su padre había trabajado para ganar esos dólares y en la vida simple que habían llevado.

Algunos de sus trabajos comenzaron a aparecer en revistas. Después lo llamaron de la National Geographic. Habían visto una foto tomada por él en Cape May en un calendario. Habló con ellos, le dieron un trabajo menor, que realizó en forma muy profesional, y con eso se abrió camino.

El ejército volvió a llamarlo en 1943. Fue con los marines a arrastrarse por las playas del Pacífico Sur, con las cámaras colgadas de los hombros, tendido de espaldas, fotografiando a los hombres

que salían de los vehículos anfibios. Vio el temor en sus rostros, lo sintió él mismo. Los vio partidos en dos pedazos por el fuego de las ametralladoras, los vio pedir ayuda a Dios y a sus madres. Lo captó todo, sobrevivió y nunca lo fascinó la así llamada gloria o aventura de la fotografía de guerra.

Al salir del servicio en 1945 llamó a la *National Geographic*. Lo estaban esperando, en cualquier momento. Se compró una motocicleta en San Francisco, fue con ella a Big Sur, hizo el amor en la playa con una violonchelista de Carmel, y volvió al Norte a explorar el estado de Washington. Le gustó el lugar y decidió tomarlo como base de operaciones.

Ahora, a los cincuenta y dos años, seguía observando la luz. Había estado en la mayoría de los lugares cuyos nombres fijaba en las paredes de su cuarto cuando chico, y se maravillaba de estar allí cuando los visitaba; sentado en el Raffles Bar, remontando el Amazonas en una ruidosa lancha fluvial o balanceándose sobre un camello por el desierto de Rajastani.

La costa del Lago Superior era tan bonita como le habían dicho. Tomó algunas fotos para refrescarse la memoria más adelante, y siguió bordeando el Mississippi hacia Iowa. Nunca había estado en Iowa, pero fue atrapado por las colinas de la parte nordeste del gran río. Se detuvo en la pequeña ciudad de Clayton, donde tomó una habitación en un motel de pescadores y pasó dos mañanas fotografiando los remolcadores y una tarde en un remolcador, invitado por un piloto con quien trabó relación en un bar local.

Pasó la Ruta 65, cruzó Des Moines a primera hora de la mañana de un lunes, el 16 de agosto de 1965, viró al oeste en Iowa 92 y se dirigió a Madison County y a los puentes cubiertos que debía haber allí, según la *National Geographic*. Efectivamente allí estaban; el hombre de la estación Texaco se lo aseguró y le indicó, en forma no muy precisa, cómo llegar a los siete.

Los primeros seis le resultaron fáciles de encontrar mientras marcaba en el mapa su estrategia para fotografiarlos. No podía ubicar el séptimo, un lugar llamado Roseman Bridge. Hacía calor, Robert tenía calor, Harry (el camión) estaba recalentado, y recorría caminos de grava que no parecían llevar a ninguna parte excepto al siguiente camino de grava.

Cuando se encontraba en zona desconocida, la regla de oro de Robert era "preguntar tres veces". Había descubierto que tres respuestas, aunque estuviesen las tres equivocadas, gradualmente lo

conducían a uno adonde quería ir. Tal vez allí bastaría con dos preguntas.

Se acercaba a un buzón que se avistaba al final de un sendero de menos de cien metros. El nombre del buzón decía:

"Richard Johnson, km. 2". Disminuyó la velocidad y entró en el sendero en busca de guía.

Al llegar a la casa vio a una mujer sentada en el porche. Ese lugar parecía fresco, y la mujer tenía en la mano un vaso con una bebida de aspecto aún más fresco. Se levantó y fue hacia él. Robert bajó del camión y la miró más atentamente aún. Era hermosa, o lo había sido, o podía volver a serlo. Y de inmediato Robert empezó a sentir esa vieja torpeza que siempre lo acometía ante las mujeres que lo atraían aunque solamente fuera un poco.

Francesca

Mediados de otoño era la época del cumpleaños de Francesca, y la lluvia fría golpeaba contra su casa de madera en el campo, en las afueras de Iowa. Miraba llover, y a través de la lluvia veía las colinas que bordean Middle River, pensando en Richard. Richard había muerto un día así, ocho años atrás, de una enfermedad cuyo nombre Francesca prefería no recordar. Pero pensaba en él y en su tosca ternura, sus actitudes firmes, y la vida apacible que habían llevado.

Habían llamado los chicos. Tampoco ese año podía llegar ninguno de ellos para su cumpleaños, aunque Francesca cumplía sesenta y siete. Ella comprendía, como siempre había comprendido y siempre comprendería. Los dos estaban en la mitad de su vida profesional, muy atareados, dirigiendo un hospital, enseñando a sus alumnos, Michael iniciando su segundo matrimonio, Carolyn luchando con el primero. Secretamente Francesca se alegraba de que nunca la visitaran para su cumpleaños; tenía sus propias ceremonias que reservaba para ese día.

Por la mañana habían venido sus amigos desde Winterset con una torta de cumpleaños. Francesca hizo café, mientras hablaban de los nietos y de la ciudad, del día de Acción de Gracias y de qué regalarle para Navidad a cada uno. La tranquila alegría y altibajos de la conversación le recordaron una pequeña razón por la que se había quedado allí después de la muerte de Richard.

Michael se había instalado en Florida, Carolyn en Nueva Inglaterra. Pero Francesca se había quedado en Iowa Sur, su tierra, conservando su viejo domicilio por alguna razón, y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Los visitantes se fueron al mediodía. Se alejaron por el sendero con sus Buicks y sus Fords, tomaron el camino pavimentado del distrito y enfilaron hacia Winterset, con los limpiaparabrisas en funcionamiento. Eran buenos amigos, aunque nunca comprenderían lo que había dentro de Francesca. Ni lo comprenderían aunque ella se los dijese.

Su marido le había dicho que encontraría buenos amigos cuando la llevó allí desde Nápoles después de la guerra. Le dijo: "La gente de Iowa tiene sus defectos, pero no el de que no les importen los demás". Y era cierto, es cierto.

Cuando se conocieron ella tenía veinticinco años. Había egresado de la universidad tres años antes, después enseñó en un colegio privado para niñas, sin saber muy bien qué hacer con su vida. La mayoría de los italianos jóvenes estaban muertos o heridos, en campos de prisioneros o deshechos por la guerra. Un año atrás había terminado la relación con Niccoló, un profesor de arte de la universidad, que pintaba todo el día y la llevaba a hacer paseos temerarios por los barrios bajos de Nápoles de noche. La incesante desaprobación de los padres tradicionales de Francesca logró la separación.

Ella se adornaba con cintas los cabellos negros y seguía fiel a sus sueños. Pero no había apuestos marinos que desembarcaran en su busca ni voces que llegaran hasta su ventana desde la calle. La dura realidad la obligó a reconocer que no tenía mucho para elegir. Richard le ofrecía una alternativa razonable: su buen trato y la dulce promesa de América.

Francesca estudió a Richard con su uniforme de soldado, sentados los dos en un café al sol del Mediterráneo. Vio que él la miraba seriamente, en su estilo del Oeste Medio, y se fue con él a Iowa. Fue a tener sus hijos, a mirar jugar al fútbol a Michael en las frías noches de octubre, a llevar a Carolyn a Des Moines a comprarse vestidos para las fiestas de graduación. Se escribía con su hermana de Nápoles varias veces por año y fue allá dos veces, al morir sus padres. Pero ahora Madison County era su tierra, y no deseaba volver a Italia.

La lluvia cesó a media tarde y recomenzó al caer la noche. Al oscurecer, Francesca se sirvió una copita de brandy y abrió el escritorio de Richard con tapa corrediza, el mueble de nogal que había pasado por tres generaciones de la familia de Él. Sacó un sobre de papel Manila y lo acarició lentamente, como hacía cada año ese día.

El matasellos del correo decía "Seattle, WA, Sept 12/65". Siempre lo miraba primero. Era parte del ritual. Luego el nombre y domicilio escritos sin abreviaturas: "Francesca Johnson, RR 2, Winterset, Iowa". Luego el remitente, descuidadamente garabateado en el ángulo superior izquierdo: "c.c. 642, Bellingham, Washington". Se sentó en un sillón junto a la ventana, miró las direcciones y se concentró, porque en ellas estaba el movimiento de las manos de él, y deseaba recuperar el contacto de esas manos como había sido veintidós años antes.

Cuando llegó a sentir que sus manos la tocaban abrió el sobre, sacó cuidadosamente tres cartas, un breve manuscrito, dos fotografías y un número completo de la National Geographic, junto con recortes de otros números de la revista. Allí, a la luz grisácea que quedaba, bebió el brandy a sorbitos, mirando por encima del marco de los anteojos la nota manuscrita abrochada a las páginas a máquina del original. La carta estaba escrita en las páginas con membrete de él, que decían simplemente: "Robert Kincaid, Autor—Fotógrafo" en la parte superior, en letras discretas.

10 de septiembre de 1965

Querida Francesca:

Te envío dos fotografías. Una es la que te tomé en el campo a mediodía. Espero que te guste tanto como a mí. La otra es de Roseman Bridge antes que yo retirara la nota que tú habías clavado allí con una tachuela.

Estoy sentado aquí, recorriendo las zonas grises de mi mente en busca de cada detalle, cada momento que pasamos juntos. Me pregunto una y otra vez, "¿Qué pasó en Madison County, Iowa?", y trato de armarlo todo. Por eso escribí el breve texto "Al caer de la dimensión Z" que te envío, en un intento de aclarar mi confusión.

Miro a través de un lente, y estás tú en el otro extremo. Empiezo a escribir un artículo, y estoy escribiendo sobre ti. Ni siquiera sé muy bien cómo volví aquí desde Iowa. De alguna manera el viejo camión me trajo a casa, pero apenas recuerdo los kilómetros que recorría.

Hace unas semanas me sentía equilibrado, razonablemente satisfecho. Tal vez no profundamente feliz, tal vez un poco solo, pero al menos contento. Ahoratodo ha cambiado.

Ahora sé que estuve yendo hacia ti, y tú hacia mí desde hace largo tiempo. Aunque ninguno de los dos percibía al otro antes que nos conociéramos, había una especie de certeza inconsciente que cantaba alegremente bajo nuestra ignorancia, asegurando que nos reuniríamos. Como dos pájaros solitarios que vuelan por las grandes praderas por designio de Dios, en todos estos años y estas vidas hemos estado yendo el uno hacia el otro.

El camino es un lugar extraño. Por él andaba yo arrastrando los pies y allí estabas tú, caminando por el pasto hacia mi camión un día de agosto. Viéndolo retrospectivamente parece inevitable (no pudo haber sido de ninguna otra manera), un caso de lo que yo llamo la

alta probabilidad de lo improbable. De manera que aquí estoy, andando por ahí con otra persona dentro de mí. Aunque creo que lo expresé mejor el día que nos separamos, cuando dije que hay una tercera persona que hemos creado de nosotros dos. Y ahora me acecha ese otro ser.

De alguna manera tenemos que volver a vernos. En cualquier lugar, en cualquier momento. Puedo ocuparme de los pasajes de avión, si eso es un problema. Me voy al sudeste de la India la semana que viene, pero estaré de vuelta a fines de octubre.

Te amo. Robert.

PS: El proyecto de fotografía en Madison County salió muy bien. Búscalo en NG el año que viene. O dime si quieres que te mande un ejemplar del número cuando se publique.

Francesca Johnson dejó la copa de brandy en el ancho alféizar de roble de la ventana y miró la fotografía de ocho por diez en blanco y negro que le había tomado Robert. A veces le resultaba difícil recordar qué aspecto tenía ella entonces, veintidós años atrás. Con ajustados jeans descoloridos, sandalias y una remera blanca, el cabello ondeando al viento de la mañana, apoyada en un poste del cerco.

Desde su lugar junto a la ventana veía, en medio de la lluvia, el poste donde el viejo cerco todavía circunscribía la pastura. Al alquilar la tierra, después de la muerte de Richard, había estipulado que la pastura debía quedar intacta y mantenerse así, aunque ahora estaba despoblada y se había convertido en un pastizal.

En la fotografía descubrió en su rostro las primeras arrugas evidentes. La cámara de Robert las había encontrado. Sin embargo la complacía lo que veía. El cabello negro, el cuerpo lleno y cálido, bien ajustado por los jeans. Pero era su rostro lo que miraba con fijeza. Era el rostro de una mujer desesperadamente enamorada del hombre que le estaba tomando la foto.

Ahora lo veía con claridad en el fluir de su memoria. Cada año recorría mentalmente todas las imágenes con meticulosidad, recordando todo, sin olvidar nada, grabándolo todo, para siempre, como los miembros de una tribu que van pasando una historia oral de generación en generación. El era alto, delgado, duro, y se movía como el pasto, sin esfuerzo, con gracia. Sus cabellos plateados le colgaban hasta debajo de las orejas y casi siempre estaban

despeinados, como si acabara de llegar de un largo viaje por mar con fuerte viento y hubiera tratado de acomodárselos con las manos.

Su rostro delgado, de pómulos altos, el cabello que le caía sobre la frente, destacaban los ojos azules que nunca parecían dejar de buscar la próxima foto. El le sonrió, le dijo que se la veía muy bien y muy cálida con la luz de la mañana, le pidió que se apoyara en el poste, y luego caminó alrededor de ella describiendo un gran arco; la fotografió primero arrodillado, luego de pie, luego tendido de espaldas con la cámara vuelta hacia ella.

Ella se sentía perturbada por la cantidad de película que usaba, pero contenta por la atención que le prestaba. Deseaba que ninguno de los vecinos hubiera salido temprano con el tractor. Aunque en esa mañana en particular no le importaba mucho de los vecinos ni de lo que pudieran pensar.

El fotografió, cambió el rollo, cambió los lentes, cambió las cámaras; fotografió un poco más, hablando tranquilamente con ella mientras trabajaba, siempre diciéndole qué bien la veía y cuánto la amaba. "Francesca, eres increíblemente hermosa". A veces se detenía y la miraba, miraba a través de ella, alrededor de ella, dentro de ella.

Los pezones se marcaban con nitidez en la remera. Curiosamente, no le había importado no llevar nada debajo. Es más: se alegraba de ello y la excitaba saber que él veía sus pechos a través de los lentes. Nunca se hubiera vestido así para estar con Richard. El no lo habría aprobado. En realidad, antes de conocer a Robert Kincaid, no se hubiera vestido así en ningún momento.

Robert le había pedido que arqueara un poco la espalda, y entonces susurró: "eso es, eso es, quédate así". Fue en el momento en que tomó la foto que ella miraba ahora. La luz era perfecta, eso había dicho él (nebulosa—brillante), la llamó, y se oyó muchas veces seguidas el clic del obturador mientras él se movía alrededor de ella.

El era flexible; ésa era la palabra que pensaba Francesca mientras lo miraba. A los cincuenta y dos años su cuerpo era puro músculo, sin grasa, músculo que se movía con la clase de intensidad y potencia que sólo poseen los hombres que trabajan mucho y se cuidan. Robert le contó que había sido fotógrafo de combate en el Pacífico, y Francesca lo imaginaba en las playas saturadas de humo con los marines, las cámaras colgando de los hombros, una ante su ojo, el obturador recalentado por la velocidad con que fotografiaba.

Volvió a mirar la foto. La estudió. "De veras que se me veía bien", pensó, sonriendo ante esa ligera admiración que sentía por sí misma.

"Nunca me vi tan bien, ni antes ni después. Fue por él." Y bebió otro sorbito de brandy mientras la lluvia montaba en furiosa cabalgata sobre el viento de noviembre.

Robert Kincaid era un verdadero mago, que vivía dentro de sí mismo en lugares extraños, casi amenazadores. Francesca lo había percibido inmediatamente un lunes caluroso y seco en agosto de 1965, cuando él bajó del camión en su sendero. Richard y los chicos estaban en la feria del estado de Illinois, exhibiendo el novillo campeón que recibía más atenciones que ella. Esa semana era suya.

Estaba sentada en la hamaca del porche del frente, bebiendo té helado, mirando distraídamente la espiral de polvo que levantaba una pickup en el camino del condado. El camión se movía con lentitud, como si el que lo conducía buscara algo, se detuvo justo al llegar al sendero de Francesca, y enseguida entró por el sendero hacia la casa. "Dios mío", pensó Francesca, "¿quién es éste?"

Estaba descalza, en jeans y camisa desteñida, arremangada, por afuera del pantalón. Llevaba los largos cabellos negros sujetos con una peineta de carey que su padre le había regalado al salir ella de su país natal. El camión recorrió el sendero y se detuvo cerca del portón del cerco de alambre que rodeaba la casa.

Francesca bajó los escalones del porche y caminó sin prisa por el pasto hacia la entrada. Y de la pickup bajó Robert Kincaid, como una visión surgida de un libro jamás escrito: *Historia ilustrada de los chamanes*.

La camisa marrón de estilo militar se le pegaba a la espalda por la transpiración; tenía grandes círculos oscuros debajo de los brazos. Los tres botones de arriba estaban desprendidos, y ella veía los tensos músculos del pecho bajo la simple cadenita de plata que llevaba al cuello. Sobre los hombros llevaba tiradores anchos de color naranja, del tipo que siempre usa la gente que pasa mucho tiempo en lugares agrestes.

Robert sonrió.

—Perdone la molestia, pero estoy buscando un puente cubierto que hay por aquí y no lo encuentro. Creo que me he perdido. —Se enjugó la frente con un pañuelo azul y volvió a sonreír.

Sus ojos la miraban directamente, y algo dio un salto dentro de ella. Los ojos, la voz, la cara, el cabello plateado, la flexibilidad con que se movía su cuerpo, viejos hábitos, hábitos perturbadores, hábitos que atraen en forma irresistible. Formas de actuar que hablan en susurros cuando uno está a punto de dormirse, cuando han caído

todas las barreras. Formas que reorganizan el espacio molecular entre macho y hembra, independientemente de la especie.

Las generaciones pasan, y las formas de actuar, de moverse, sólo murmuran acerca de una única exigencia, nada más. Las formas no se desvían, su meta es clara. Y son simples; nosotros somos quienes las han vuelto complicadas. Francesca percibía todo esto sin saber que lo percibía; lo percibía a nivel celular. Y allí empezó aquello que habría de cambiarla para siempre.

Un auto pasó por el camino, levantando polvo, y sonó la bocina. Francesca saludó con la mano al brazo marrón de Floyd Clark que salía del Chevy, y se volvió hacia el desconocido.

—Está cerca. El puente está a sólo tres kilómetros de aquí.

Y entonces, después de veinte años de vivir una vida estrecha, una vida de conducta circunscripta y sentimientos ocultos que exigía la cultura rural, Francesca Johnson se sorprendió a sí misma diciendo:

—Se lo mostraré con mucho gusto, si quiere.

Nunca supo muy bien por qué lo hizo. Los sentimientos de una muchacha joven que aparecían como una burbuja en el agua y estallaban, tal vez, después de todos esos años. No era tímida, pero tampoco muy directa. Lo único que podía pensar era que Robert Kincaid la había atraído intensamente, después de sólo unos segundos de mirarlo.

Era obvio que él se sorprendió un poco con el ofrecimiento. Pero se recuperó pronto, y con expresión seria le dijo que se lo agradecería. Francesca tomó las botas de cowboy que usaba para tareas de granja que estaban en los escalones de atrás, fue hasta el camión y se detuvo junto al asiento del acompañante.

—Espera, te haré lugar; hay un montón de equipo y otras cosas allí. —Mientras trabajaba hablaba, principalmente para sí, y ella advertía que estaba un poco confundido y un poco tímido por esa situación.

Cambiaba de lugar bolsos de lona y trípodes, un termo, bolsas de papel. En la parte trasera de la pickup había una vieja maleta Samsonite marrón y un estuche de guitarra, polvoriento y deteriorado, los dos atados a una rueda de auxilio con un pedazo de sogas de tender ropa.

La puerta del camión se cerró, golpeándolo por atrás, mientras él murmuraba, juntaba y metía vasitos de plástico para café y cáscaras de banana en una bolsa de papel de almacén y arrojaba la bolsa al

cajón de los residuos. Finalmente quitó del asiento delantero la heladera y la puso también atrás. En la puerta verde del camión decía, en letras rojas descoloridas: "Kincaid, Fotografía, Bellingham, Washington".

—Bien, creo que ahora puedes meterte ahí. —Sostuvo la puerta, la cerró tras ella, luego fue al lugar del conductor y con una peculiar gracia animal se acomodó frente al volante. Le echó una sola mirada rápida a Francesca, sonrió apenas y dijo:

—¿Hacia adónde voy?

—Hacia la derecha. —Indicó con la mano. El movió la llave, y se oyeron los gruñidos desafinados del motor. Recorrieron el sendero hacia el camino, a los saltos, las largas piernas de Robert moviéndose automáticamente al hacer los cambios; los viejos Levi cubrían las botas de cuero con cordones que habían visto pasar muchos kilómetros a pie.

Se inclinó y buscó en la guantera, rozando accidentalmente la parte inferior del muslo de Francesca con el antebrazo. Mirando un poco por el parabrisas y un poco en la guantera sacó una tarjeta de visita y se la entregó. "Robert Kincaid, Autor—Fotógrafo". Luego su dirección y número de teléfono.

—Estoy aquí como enviado de *National Geographic* —dijo—. ¿Conoces la revista?

—Sí —respondió Francesca, y pensó:

¿Acaso no la conoce todo el mundo?

—Están haciendo una nota sobre puentes cubiertos, y parece que Madison County, Iowa, tiene algunos interesantes. He ubicado seis, pero creo que hay por lo menos uno más, y tiene que estar en esta dirección.

—Se llama Roseman Bridge —informó Francesca en medio del ruido del viento, los neumáticos y el motor.

Su voz sonaba rara, como si perteneciera a otra persona, a una adolescente asomada a una ventana en Nápoles, mirando a lo lejos calles de ciudades, hacia los trenes y los puertos, en tanto pensaba en lejanos amantes por llegar. Mientras hablaba, veía moverse los músculos del antebrazo cuando él hacía los cambios.

Junto a Francesca había dos mochilas. Una estaba cenada, pero la solapa de la otra estaba doblada hacia atrás, y dejaba ver la parte superior plateada y la posterior negra de una cámara. En la parte posterior la cámara tenía pegado un cartoncito de un rollo que decía "Kodachrome, 25. 36 fotos". Detrás de los bultos había una chaqueta

de color tostado con muchos bolsillos. De un bolsillo colgaba una delgada cuerda con un émbolo en el extremo.

Entre los pies de Francesca había dos trípodes. Estaban muy rayados, pero en uno se podía leer la gastada etiqueta: "Gitzo". Cuando Robert abrió la guantera Francesca vio que estaba abarrotada de cuadernos, mapas, lapiceras, cajas de película vacías, monedas y un cartón de cigarrillos Camel.

—Dobla a la derecha en la próxima curva —dijo. Eso le dio una excusa para mirar el perfil de Robert Kincaid. La piel tostada y suave brillaba con la transpiración. Tenía lindos labios; por alguna razón Francesca lo había notado de inmediato. Y la nariz era como la de los indios que había visto en unas vacaciones en el Oeste que se había tomado la familia cuando los hijos eran chicos.

Robert no era apuesto en el sentido convencional. Ni vulgar. Esas palabras no se aplicaban a él. Pero había algo, algo en ese hombre. Algo muy antiguo, algo ligeramente deteriorado por los años, no en su apariencia sino en sus ojos.

En la muñeca izquierda llevaba un reloj de aspecto complicado con una correa de cuero marrón, manchada de transpiración. En la derecha tenía una pulsera de plata con arabescos. Le vendría bien una limpieza con limpia—metales, pensó Francesca, y enseguida se condenó por haber caído en la trivialidad de la vida pueblerina contra la que se rebelaba en silencio desde hacía años.

Robert Kincaid sacó un paquete de Camel del bolsillo de la camisa y le ofreció uno. Por segunda vez en cinco minutos Francesca se sorprendió a sí misma, esta vez por aceptar el cigarrillo. "¿Qué estoy haciendo?", pensó. Hacía años que había dejado de fumar, debido a la presión constante de la crítica de Richard. Robert se puso el cigarrillo entre los labios y encendió el de Francesca con un Zippo de oro; mientras tanto mantenía la mirada en el camino.

Ella ahuecó las manos a ambos lados de la llama para contrarrestar el viento, y tocó la mano de Robert para que no se sacudiera con los saltos del camión. Sólo le llevó un instante encender el cigarrillo, pero fue suficiente para sentir el calor de la mano de él y el ligero vello en el dorso. Volvió a apoyarse en el respaldo y Robert acercó el encendedor a su propio cigarrillo, defendiéndolo del viento con mano experta y retirando sólo un segundo las manos del volante.

Francesca Johnson, esposa de granjero, apoyada en el asiento polvoriento del camión, fumando un cigarrillo, señaló:

—Es allí, al doblar la curva.

El viejo puente rojo, descascarado, ligeramente inclinado por los arios, cruzaba un arroyito.

Entonces Robert Kincaid sonrió. La miró rápidamente y dijo:

—Fantástico. Una foto del crepúsculo.

Se detuvo a cien metros del puente y bajó, llevando con él la mochila abierta.

Voy a hacer un pequeño reconocimiento, ¿no te molesta?

Ella le devolvió la sonrisa.

Lo miró caminar por el sendero de campo, mientras sacaba la cámara de la mochila y luego se echaba el bolso sobre el hombro izquierdo. Algo que había hecho miles de veces. Ese movimiento exacto. Francesca se daba cuenta por la fluidez con que lo hizo. Mientras caminaba su cabeza no dejaba de moverse, mirando de un lado a otro, luego al puente, luego a los árboles detrás del puente. Una vez se volvió y la miró, con el rostro serio.

En contraste con la gente del lugar, que vivía a salsa, papas y carnes rojas, Robert daba la impresión de no comer otra cosa que fruta, nueces y vegetales. Duro, pensó Francesca. Parece físicamente duro. Observó qué pequeño era su trasero dentro de los jeans ajustados; veía el contorno de la billetera en el bolsillo izquierdo y del pañuelo en el derecho. Robert parecía andar por el terreno sin un solo movimiento innecesario.

No había ruidos. Un mirlo de alas rojas posado en un alambrado la miró. Una alondra gritó desde el pasto al costado del camino. Nada más se movía en el sol blanco de agosto.

Robert se detuvo justo antes de llegar al puente. Se quedó un momento allí, luego se puso en cuclillas y miró a través de la cámara. Fue hasta el otro lado del camino e hizo lo mismo. Luego se paró en el puente y estudió las vigas y las planchas del piso, miró la corriente por un agujero que había al costado.

Francesca apagó el cigarrillo en el cenicero, abrió la puerta y apoyó las botas en la grava. Echó una mirada alrededor para asegurarse de que no venía ningún auto de un vecino y caminó hasta el puente. El sol era un martillazo al final de la tarde, y dentro del puente parecía estar más fresco. Veía la silueta de Robert en el otro extremo, hasta que desapareció en la pendiente hacia el agua.

Adentro Francesca oía el suave arrullo de las palomas bajo los bordes del techo; puso la mano en la plancha del costado, sintiendo el calor. En algunas planchas había graffiti: "Jimbo—Denison, Iowa".

"Sherry + Dubby". "¡Arriba, Hawks!" Las palomas seguían arrullando suavemente.

Francesca espío por una grieta entre dos planchas laterales hacia el arroyo adonde había ido Robert Kincaid. Estaba parado en una roca en el medio del pequeño río, mirando hacia el puente, y ella se sobresaltó al ver que él la saludaba con la mano. Robert saltó otra vez a la orilla, moviéndose con soltura en el terreno inclinado. Francesca siguió mirando el agua hasta que sintió las botas de él en el piso del puente.

—Se está muy bien aquí, es muy agradable —dijo, con voz que reverberaba dentro del puente cubierto.

Francesca asintió.

—Sí. Nosotros no les prestamos mayor atención a estos puentes, no pensamos que sean gran cosa.

El fue hacia ella con un ramillete de flores silvestres.

—Gracias por la excursión guiada —le dijo, sonriendo con dulzura—. Uno de estos días vendré al amanecer a fotografiar.

Una vez más ella sintió algo adentro. Flores. Nadie le regalaba flores, ni siquiera en ocasiones especiales.

—No conozco tu nombre —dijo Robert. —Entonces ella se dio cuenta de que no se lo había dicho y se sintió como una tonta por ello. Cuando se lo dijo él hizo un gesto afirmativo y respondió:

—Me pareció oírte un levísimo acento. ¿Italiana?

—Sí". Vine hace mucho tiempo.

Otra vez el camión verde. Por los caminos de grava mientras bajaba el sol. Dos veces se cruzaron con autos, pero no era nadie que Francesca conociera. En los cuatro minutos que les llevó llegar a la granja dejó vagar los pensamientos, sintiéndose liberada y extraña. Quería más de Robert Kincaid, autor y fotógrafo. Quería saber más y aferraba el ramillete que llevaba en la falda, con las flores hacia arriba, como una colegiala que vuelve de un paseo.

Estaba ruborizada. Lo sentía. No había hecho ni dicho nada, pero sentía como si algo hubiera sucedido. La radio del camión, casi inaudible en medio del rugido del camino y el viento, transmitía el sonido de una guitarra eléctrica y después las noticias de las cinco.

El camión entró en el sendero. —¡Richard es tu marido? —Había visto el nombre en el buzón.

—Si. —respondió Francesca, ligeramente agitada. Una vez que pronunció esa palabra, pudo seguir hablando. —Hace mucho calor. ¿Querrías un té helado?

El la miró.

—Si no causa problemas, ya lo creo que sí.

—No hay ningún problema —dijo ella.

Le indicó sin revelar ansiedad (o al menos eso esperaba) que estacionara el camión a los fondos de la casa. No deseaba que al volver Richard uno de los vecinos le dijera: "Ah, Dick, ¿están haciendo algún trabajo? La semana pasada vi una pickup verde allá. Sabía que Frannie estaba en casa, de manera que no me preocupé por controlar."

Subieron por los escalones rotos hasta la puerta del porche del fondo. Robert sostuvo la puerta para que ella pasara; llevaba consigo los bolsos con las cámaras.

—Hace demasiado calor para dejar el equipo en el camión —había dicho Robert al retirarlos.

En la cocina estaba un poco más fresco, pero de todos modos muy caluroso. El collie husmeó las botas de Kincaid, luego salió al porche del fondo y se echó pesadamente, mientras Francesca sacaba cubos de hielo y echaba té en una enorme jarra. Sabía que él la observaba, sentado a la mesa de la cocina, alisándose el pelo con las dos manos.

—¿Limón?

—Si, por favor.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

El jugo de limón goteó lentamente por la pared del vaso, y él notó eso también. Robert Kincaid no se perdía nada.

Francesca colocó el vaso frente a él. Puso el suyo al otro lado de la mesa con tapa de fórmica, y las flores en agua, en un viejo frasco de jalea con dibujos del pato Donald. Apoyada en la mesada levantó una pierna y se quitó la bota. Luego se apoyó en el pie descalzo y se quitó la otra.

El bebió un sorbito de té y la miró. Medía menos de un metro setenta, andaba por los cuarenta o poco más, tenía una linda cara y un cuerpo hermoso, cálido. *Pero* dondequiera que iba encontraba mujeres bonitas. Esas cosas físicas eran agradables, pero para Robert la inteligencia y la pasión que nacen de vivir, la capacidad de

conmover y de conmoverse con sutilezas de la mente y el espíritu, era lo que realmente contaba. Por eso no encontraba atractivas a la mayoría de las mujeres jóvenes, resultándole indiferente su belleza exterior. No habían vivido ni sufrido lo suficiente como para poseer esas cualidades que le interesaban.

Pero había algo en Francesca Johnson que realmente le interesaba. Había inteligencia; Robert lo sentía. Y había pasión, aunque no sabía hacia qué iba dirigida esa pasión, si es que iba dirigida a algo.

Más tarde él le dijo que, de alguna manera indefinible, verla quitarse las botas esa tarde había sido uno de los momentos más sensuales que recordaba. No importaba por qué. El no se acercaba a la vida con porqués.

—El análisis destruye el todo. Algunas cosas, las cosas mágicas, han sido hechas para permanecer enteras. Si uno las observa por pedazos, desaparecen. —Eso había dicho.

Ella estaba sentada a la mesa, con una pierna doblada bajo su cuerpo, y apartaba mechones de cabello negro que le caían sobre la cara, sujetándolos nuevamente con la peineta de carey. Luego recordó algo, se levantó y fue hasta el aparador, tomó un cenicero y lo puso en la mesa donde él pudiera alcanzarlo.

Con ese permiso tácito él sacó un atado de Camel y se lo acercó. Francesca tomó un cigarrillo y advirtió que estaba levemente húmedo por la intensa transpiración de él. La misma rutina. El encendió el Zippo, ella le tocó la mano para que no la moviera, sintió su piel con las yemas de los dedos y se apoyó en el respaldo de la silla. El sabor del cigarrillo era maravilloso. Francesca sonrió.

—¿Qué haces, exactamente? Me refiero a la fotografía.

Él miró su cigarrillo y contestó con calma:

—Estoy contratado... bien, soy fotógrafo de la *National Geographic, part-time*. Vendo las ideas a la revista y tomo las fotos. O ellos me llaman cuando quieren hacer algo. No hay mucho lugar para la expresión artística; es una publicación muy conservadora. No es extraordinaria, pero M. decente y segura. El resto del tiempo escribo y fotografío por mi cuenta y mando el material a otras revistas. Si las cosas se ponen duras hago trabajo de equipo, pero me resulta muy limitativo. A veces escribo poesía para mí mismo. De vez en cuando trato de escribir un poco de ficción, pero parece que no tengo condiciones. Vivo al norte de Seattle y trabajo bastante en esa zona. Me gusta fotografiar los barcos pesqueros, las poblaciones indias y los paisajes. El trabajo para la *Geographic* a veces me tiene

en el mismo lugar un par de meses, especialmente cuando es algo de envergadura, por ejemplo una parte del Amazonas o el desierto de África del Norte. Generalmente viajo en avión para esas tareas, y alquilo un auto. Pero tenía ganas de ir en auto a algunos lugares y explorarlos como referencia futura. Vine bordeando el Lago Superior; volveré por Black Hills. ¿Y tú?

Francesca no esperaba que se lo preguntara. Tartamudeó unos instantes.

—Ah, por Dios, nada parecido a lo tuyo. Me gradué en literatura comparada. En Winterset había problemas para encontrar profesores cuando llegué en 1946, y el hecho de que estuviera casada con un veterano me hacía aceptable. De manera que obtuve un certificado de enseñanza y enseñé inglés en la escuela secundaria unos años. Pero a Richard no le gustaba que yo trabajara. Decía que él podía mantenernos, que no era necesario, en especial cuando nuestros hijos eran chicos. De manera que dejé y me convertí en esposa de granjero full—time. Eso es todo.

Advirtió que Robert había terminado el té helado y le sirvió más de la jarra.

—Gracias. ¿Te gusta vivir en Iowa?

Aquí hubo un momento de sinceridad. Francesca lo sintió. La respuesta standard era: "Mucho. Es muy tranquilo. La gente es muy buena".

No contestó de inmediato.

—¿Me das otro cigarrillo? —Otra vez el paquete de Camel, otra vez el encendedor, otra vez el ligero contacto de las manos. El sol entraba en el porche del fondo y caía sobre el perro, que se levantó y desapareció. Francesca, por primera vez, miró a los ojos a Robert Kincaid.

—Tengo que responder "Me gusta. Es muy tranquilo. La gente es muy buena". En general todo eso es cierto. Es tranquilo. La gente es buena, en cierto sentido. Todos nos ayudamos. Si alguien se lastima o se enferma, los vecinos cosechan el maíz o la avena o hacen lo que sea necesario. En la ciudad se puede dejar el auto sin llave y permitir a los chicos que corran de acá para allá sin peligro. La gente de aquí tiene un montón de buenas cualidades y yo la respeto por eso. Pero...

—Vaciló, fumó, miró a Robert Kincaid sentado frente a ella. — ...no es lo que yo soñaba de jovencita. —La confesión, por fin. Hacía años que las palabras estaban allí, y nunca las había pronunciado. Ahora se las había dicho a un hombre que venía de Bellingham, Washington, en un camión verde.

Por un momento él no dijo nada. Luego:

—El otro día anoté algo en mi cuaderno para usarlo en el futuro; tuve la idea mientras viajaba; es algo que sucede a menudo.

Es así: "Los viejos sueños eran sueños buenos; no se realizaron, pero me alegro de haberlos tenido". No estoy seguro de lo que significa, pero lo usaré en alguna parte. De manera que creo que entiendo lo que sientes.

Francesca le sonrió entonces. Por primera vez con una sonrisa cálida y profunda. Y se impuso el instinto del jugador.

—¿Quieres quedarte a cenar? Mi familia está afuera, de modo que no tengo mucho en la casa, pero algo inventaré.

—Bien, estoy bastante cansado de almacenes y restaurantes. Eso es seguro. Así que si no es mucha molestia me gustaría.

—¿Te gustan las chuletas de cerdo? Puedo servirte con verduras de la huerta.

—Prefiero las verduras solas. No como carne. Hace años que no la como. Nada importante, simplemente me siento mejor así.

Francesca volvió a sonreír.

—Aquí tu punto de vista no sería muy popular. Richard y sus amigos dirían que estás tratando de destruir su medio de subsistencia. Yo misma no como mucha carne; no sé muy bien por qué, sencillamente no me gusta. Pero cada vez que intento una cena sin carne para mi familia hay aullidos de rebelión. De manera que he abandonado el intento. Será bueno pensar en algo diferente para variar.

—Bueno, pero no te tomes muchas molestias por mí. Escucha, tengo película en la heladera. Necesito tirar el agua del hielo derretido y ordenar un poco. Me llevará un rato. —Se puso de pie y bebió lo que quedaba del M.

Ella lo vio salir por la puerta de la cocina, cruzar el porche y salir al patio. No dejó golpear la puerta de alambre tejido como hacían todos, sino que la cerró suavemente. Justo antes de salir se puso en cuclillas para palmear al collie, que le agradeció la atención con varias buenas lamidas en los brazos.

Francesca fue arriba, se dio un rápido baño y, mientras se secaba, miró por encima de la cortina que cubría la mitad inferior de la ventana. La maleta de Robert estaba abierta y él se estaba lavando, con la vieja bomba de mano. Francesca pensó que debería haberle dicho que podía ducharse en la casa si quena. Lo había pensado antes, se había frenado por un momento ante el nivel de

familiaridad que eso implicaba, y luego, flotando en su propia confusión, se olvidó y no dijo nada.

Pero Robert Kincaid se había lavado en peores condiciones. Con baldes de agua estancada en los dominios del tigre, con el agua de su cantimplora en el desierto. En la granja de Francesca se había desnudado hasta la cintura y usaba la camisa sucia como una combinación de esponja y toalla. "Una toalla", se reprochó Francesca, "al menos podría haberle dado una toalla."

La navaja de afeitar reflejaba el sol, ella lo vio enjabonarse la cara y afeitarse. Era... otra vez esa palabra, pensó Francesca. Era duro. No era corpulento, medía un poco más de uno ochenta y era más bien delgado. Pero tenía la musculatura de los hombros grande en relación con el resto, y el abdomen chato como la hoja de un cuchillo. No representaba la edad que tenía y no se parecía a los hombres del lugar, que comían toda esa salsa y galletitas con el desayuno.

Durante el último viaje para hacer compras en Des Moines, Francesca se había comprado un perfume nuevo: Windsong, y ahora lo usó con moderación. ¿Qué se pondría? No le pareció bien arreglarse demasiado, puesto que él seguía con su ropa de trabajo. Camisa blanca de mangas largas, unos jeans limpios, sandalias. Los aros de argolla que, según Richard, le daban aspecto de callejera, y una pulsera de oro. El cabello recogido con una hebilla en la nuca, cayendo sobre la espalda. Así estaría bien.

Cuando fue a la cocina Robert estaba sentado allí con sus mochilas y la heladera; se había puesto una camisa caqui limpia con los mismos tiradores naranja de antes. En la mesa había tres cámaras y cinco lentes, y un nuevo atado de Camel. Todas las cámaras eran Nikon. Lo mismo que los lentes, cortos, medianos y uno largo. El equipo estaba rayado, en algunos lugares abollado. Pero Robert lo manejaba con cuidado, aunque sin obsesionarse. Pulía, cepillaba, soplaba.

Volvió a mirarla; ella estaba otra vez seria, tímida.

—Tengo cerveza en la heladera. ¿Quieres una?

—No estaría mal. —Sacó dos botellas de Budweiser. Cuando levantó la tapa de la heladera Francesca vio adentro cajas de plástico transparente con película apilada. Había otras cuatro botellas de cerveza además de las dos primeras.

Francesca abrió un cajón para buscar un destapador, pero él dijo "Yo tengo". Sacó el cortaplumas múltiple del ejército suizo de la vaina

que llevaba en el cinturón, extendió la hoja destapadora y la usó con pericia.

Le entregó una botella a Francesca y alzó la suya en una especie de brindis:

—A los puentes cubiertos en el atardecer, o, mejor aún, en las mañanas cálidas, rojas. —Sonrió.

Francesca no dijo nada, pero sonrió con suavidad y levantó un poco su botella con gesto vacilante, incómodo. Un extraño desconocido, las flores, el perfume, la cerveza, y un brindis un caluroso lunes del final del verano. Era más de lo que podía resistir.

—Alguna vez hubo alguien que tuvo sed una tarde de agosto. Quienquiera que haya sido estudió esa sed, hizo alguna preparación e inventó la cerveza. De allí proviene, y se resolvió el problema. —Estaba trabajando con una cámara, casi hablándole, ajustando un tomillo en la parte superior con un destornillador de joyero.

—Voy un minuto al jardín. Ya vuelvo.

Robert alzó los ojos.

—¿Necesitas ayuda? —Ella hizo un gesto negativo y pasó junto él, sintiendo su mirada en las caderas, preguntándose si la seguiría mirando en todo el camino hasta cruzar el porche, adivinando que sí lo haría.

No se equivocaba. *El* la observaba. Movi6 la cabeza y volvió a mirarla. Observó su cuerpo, pensó en la inteligencia que él sabía que poseía, se preguntó qué otras cosas percibía de ella. Se sentía atraído y luchaba contra esa atracción.

Ahora el jardín estaba en sombras. Francesca se movía allí afuera con un fuent6n cascado de esmalte blanco. Recogió zanahorias y perejil, nabos, cebollas.

Cuando volvió a la cocina Robert Kincaid estaba colocando nuevamente el equipo en los bolsos. Con prolijidad y precisión, observó Francesca. Evidentemente había un lugar para cada cosa y cada cosa estaba en su lugar. Robert había terminado su cerveza y había abierto dos más, aunque Francesca aún no había terminado la suya. Echó atrás la cabeza, vació la botella y se la entregó.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó él.

—Puedes traer el mel6n del porche y unas papas de ese balde que está allí.

El se movió con tanta agilidad que a Francesca le asombró el poquísimo tiempo que tardó en llegar hasta el porche y volver, trayendo el mel6n bajo el brazo y cuatro papas en las manos.

—¿Alcanza?

Ella asintió, pensando que él tenía algo fantasmal. Dejó las papas y el melón junto a la pileta donde ella limpiaba las verduras y volvió a su silla, encendiendo un Camel mientras se sentaba.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó Francesca, mirando las verduras que limpiaba.

—No estoy seguro. Esta es una época lenta para mí, y la fecha de entrega de las fotos de los puentes es sólo dentro de tres semanas. Lo que me lleve hacer el trabajo, supongo. Probablemente una semana.

—¿Dónde te alojas? ¿En la ciudad?

—Si, en un pequeño lugar con cabañas. Motor Court... no sé qué más. Me anoté esta mañana. Ni siquiera he bajado el equipo todavía.

—Es el único lugar que hay, excepto el de la señora Carlson, que toma pensionistas. Los restaurantes no te gustarán, especialmente por tu forma de comer.

—Lo sé. Es una vieja historia. Pero he aprendido a arreglarme. En esta época del año no es tan malo; encuentro productos frescos en los negocios y en kioscos por el camino. Pan y otras cosas, y más o menos me arreglo. Pero es bueno que a uno lo inviten como tú ahora. Yo lo agradezco mucho.

Francesca extendió la mano sobre la mesada y encendió una pequeña radio con sólo dos diales y los parlantes cubiertos con una tela beige.

"Siéntate a mi lado, tan cerca como el aire...", cantó una voz, acompañada del rasgido de las guitarras. Francesca dejó la radio con volumen bajo.

—Soy bastante bueno para picar verduras —ofreció él.

—Bueno, ahí está la tabla de madera; debajo, en el cajón, hay un cuchillo. Voy a hacer un guiso, de manera que tienes que cortarlas en cubos.

El estaba a medio metro de ella, mirando hacia abajo, cortando las zanahorias y los nabos, el apio y las cebollas. Francesca pelaba papas en la pileta, consciente de estar muy cerca de un hombre extraño. Nunca se le había ocurrido que pelar papas podía estar relacionado con pequeñas sensaciones extrañas.

—¿Tocas la guitarra? Vi el estuche en tu camión.

—Un poquito. Me hace compañía, no es mucho más que eso. Mi esposa fue una cantante folk de la primera época, mucho antes de que esa música se hiciera popular, y me enseñó algo.

Francesca se había puesto un poco rígida al oír la palabra "esposa", no sabía bien por qué. Tenía derecho a estar casado, pero de alguna manera eso no se adecuaba a él. Ella no quería que estuviese casado.

—Mi esposa no aguantaba los viajes largos, cuando yo estaba meses afuera. No la critico. Me dejó hace nueve años. No tuvimos hijos, de manera que no fue complicado. Se llevó una guitarra, me dejó otra a mí.

—¿Te comunicas con ella?

—No, nunca. —Eso fue todo lo que dijo. Francesca no insistió. Pero se sintió mejor, egoístamente, y otra vez se preguntó por qué le importaba el asunto, ya fuese de una u otra manera.

—He estado dos veces en Italia —dijo Robert—. ¿Dónde naciste tú?

—En Nápoles.

—Nunca fui a Nápoles. Estuve una vez en el Norte, fotografiando el río Po. Luego otra vez para un trabajo en Sicilia.

Francesca pelaba papas; pensó un momento en Italia consciente de que Robert Kincaid estaba a su lado.

Las nubes se habían acumulado en el oeste, dividiendo el sol en rayos que se extendían en varias direcciones. Robert miró por la ventana sobre la pileta y dijo:

—La luz de Dios. A las fábricas de calendarios les encanta. Y a las revistas religiosas.

—Tu trabajo parece interesante —dijo Francesca. Sentía la necesidad de que continuara la conversación neutra.

—Lo es. Me gusta muchísimo. Me gusta el camino, y me gusta hacer fotos.

Ella advirtió que decía "hacer" fotos.

—¿Tú "haces" fotos, no las tomas?

—Así es. Al menos así es como me gusta pensarlo. Esa es la diferencia entre los que toman instantáneas los domingos y el que lo hace como trabajo. Cuando haya terminado con el *puente* que vimos hoy, no tendrá el aspecto que tú piensas. Lo habré convertido en algo mío, por la elección del lente, o el ángulo de la cámara, o la composición general, y más probablemente por la combinación de

todo eso. Yo no me limito a tomar las cosas como se dan; trato de convertirlas en algo que refleje mi conciencia personal, mi espíritu. Trato de encontrar la poesía en la imagen. La revista tiene su propio estilo y sus exigencias, y yo no siempre estoy de acuerdo con el gusto del editor; en realidad la mayor parte del tiempo no lo estoy. Y eso me molesta, aunque ellos deciden lo que va y lo que queda afuera. Supongo que conocen a sus lectores, pero me gustaría que se arriesgaran más de vez en cuando. Se lo digo y les molesta. Ese es el problema de ganarse la vida con una forma del arte. Siempre se trabaja con mercados, y los mercados, los mercados masivos, están diseñados para satisfacer el gusto promedio. Ahí están los números. Es la realidad, supongo. Pero, como te dije, puede volverse muy limitativa. Me permiten conservar las fotos que no usan, de manera que al menos tengo mis propios archivos privados con el material que me gusta. Y de tanto en tanto otra revista compra alguna de esas fotos, o puedo escribir un artículo sobre un lugar donde he estado e ilustrarlo con un poco más de audacia que lo que prefiere la *National Geographic*.

"Alguna vez escribiré un ensayo titulado "Las virtudes del amateurismo", para todos aquellos que desean ganarse la vida con el arte. El mercado mata más pasión artística que cualquier otra cosa. Para la mayoría de la gente es el mundo de la seguridad. Quieren seguridad; las revistas y los fabricantes les dan seguridad, les dan homogeneidad, les dan lo conocido y lo cómodo, no los desafían. Las ganancias y las suscripciones y todo lo demás dominan el arte. Todos estamos atados a la gran rueda de la uniformidad.

"La gente de marketing siempre habla de algo llamado "consumidores". Tengo la imagen de un hombrecito gordo en bermudas, camisa hawaiana y sombrero de paja del que cuelgan abrelatas para cerveza, apretando en los puños montones de dólares.

Francesca se rió con suavidad, pensando en la seguridad y la comodidad.

—Pero me quejo demasiado. Como te dije, viajar es bueno, y a mí me gusta jugar con las cámaras y estar al aire libre. La realidad no es exactamente lo que era la canción al comienzo, pero la canción no es mala.

Francesca suponía que, para Robert Kincaid, eso era una charla sobre temas cotidianos. Para ella era materia de literatura. La gente de Madison County no hablaba así, de esas cosas. Ellos hablaban del tiempo y de los precios de los productos de granja, de los recién nacidos y los funerales, de los programas del gobierno y los equipos

de deportes. No del arte y los sueños. No de las realidades que mantenían la música en silencio, los sueños en una caja.

Robert terminó de cortar las verduras.

—¿Algo más que pueda hacer?

Ella negó con la cabeza.

—No. Está todo bajo control.

El volvió a sentarse a la mesa. Fumaba y tomaba un trago de cerveza de vez en cuando. Ella cocinaba y bebía entre una y otra tarea. Sentía los efectos del alcohol, a pesar de que sólo había bebido una pequeña cantidad. La víspera de año nuevo, en el Legion Hall, ella y Richard bebían unas copas. Aparte de eso no mucho, y casi nunca había bebidas alcohólicas en la casa, excepto una botella de brandy que Francesca había comprado con la esperanza de revivir el romance en sus vidas campesinas. La botella todavía estaba sin abrir.

Aceite vegetal, una taza y media de verduras. Cocinar hasta que estén doradas. Agregar harina y mezclar bien. Agregar un cuarto litro de agua. Agregar las verduras que quedan y los condimentos. Cocinar a fuego lento unos cuarenta minutos.

Mientras las verduras se cocinaban Francesca volvió a sentarse frente a él. En la cocina se respiraba una cierta intimidad, que de alguna manera venía de estar cocinando. Preparar la cena para un desconocido, que en ese momento estaba cortando nabos junto a ella, borraba en parte eso de sentirse extraños. Y al no estar cohibidos había un espacio para la intimidad. Robert le acercó los Camel con el encendedor sobre el atado. Ella sacó uno, maniobró con el encendedor, se sintió torpe. No lograba encenderlo. El sonrió un poco, tomó cuidadosamente el encendedor de la mano de ella y movió dos veces la medita hasta que encendió. Lo sostuvo para que ella prendiera el cigarrillo. Cuando estaba con hombres Francesca se sentía agraciada en comparación con ellos. Pero con Robert Kincaid no.

El sol blanco se había puesto rojo sobre los campos de maíz. Por la ventana de la cocina se veía un halcón volando al impulso de las primeras ráfagas del anochecer. Por la radio transmitían el noticiario de las siete y un resumen del mercado. Y Francesca miraba por encima de la fórmica amarilla a Robert Kincaid, que había llegado desde tan lejos a su cocina. Un largo camino que no se contaba sólo en kilómetros.

—Ya hay buen olor —dijo Robert, señalando la olla—. Es un olor... tranquilo. — La miró.

—¿Tranquilo? ¿Existe un olor tranquilo? —Pensaba en la frase, se preguntaba. El tenía razón. Después de las chuletas de cerdo y los asados que cocinaba para su familia, eso era cocina tranquila. No había violencia en ningún punto de la cadena alimenticia, excepto en el hecho de arrancar los vegetales. El guiso se cocinaba lentamente y olía a tranquilidad. Estaba tranquilo allí, en la cocina.

—Si no te molesta háblame un poco de tu vida en Italia.

Estaba estirado en la silla, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda a la altura de los tobillos.

A Francesca le molestaba el silencio cuando estaba con él, de manera que habló. Le habló de cuando era chica, de la escuela primaria, las monjas, sus padres, que eran un gerente de banco y una ama de casa. Le contó que cuando era adolescente se paraba en el malecón a ver los barcos de todo el mundo. Le habló de los soldados norteamericanos que llegaron después. De cuando conoció a Richard en un café donde estaba con unas amigas. La guerra había hecho pedazos sus vidas, no sabían si alguna vez se casarían. No mencionó a Niccoló.

Robert escuchaba en silencio. Haciendo de vez en cuando un gesto de que entendía. Cuando por fin ella hizo una pausa, dijo:

—¿Y me dices que tienes hijos?

—Si. Michael, de diecisiete. Y Carolyn de dieciséis. Los dos van al colegio en Winterset. Están en 4—H; por eso están en la feria estatal de Illinois, exhibiendo el novillo de Richard. Nunca pude llegar a entender, a adaptarme a la forma en que derraman amor y cuidados en los animales y luego los venden para sacrificarlos. Pero no me atrevo a decir nada. Richard y sus amigos caerían sobre mí como rayos. Pero en ese asunto *hay* cierta contradicción fría e insensible.

Se sintió culpable al mencionar el nombre de Richard. No había hecho nada, nada en absoluto. Sin embargo sentía culpa, una culpa nacida de posibilidades lejanas. Y se preguntó cómo manejaría el resto de la noche y si no se habría metido en algo que no podría controlar. Tal vez Robert Kincaid se iría. Parecía muy tranquilo, bastante simpático, hasta un poco tímido.

Mientras seguían hablando el anochecer tomó un tono azul, con una ligera niebla sobre el pasto en la pradera. Robert abrió otras dos cervezas mientras el guiso de Francesca se cocinaba lentamente. Francesca se levantó y dejó caer las bolas de masa en agua hirviendo, se volvió y se apoyó en la piletta, con un sentimiento cálido hacia Robert Kincaid de Bellingham, Washington. Esperaba que no se fuera demasiado temprano.

El comió dos porciones de guiso con buenos modales, y le dijo dos veces que estaba excelente. La sandía estaba perfecta; la cerveza muy fría. La noche azul. Francesca Johnson tenía cuarenta y cinco años, y Hank Snow cantaba una canción por KMA, Shenandoah, Iowa.

Antiguas noches, música lejana

¿Y ahora?, pensó Francesca. Habían terminado de comer, y estaban allí sentados.

El hizo una sugerencia.

—¿Vamos a caminar por la pradera? Está un poco más fresco. —Cuando ella dijo que sí sacó una cámara de uno de los bolsos y se echó la correa al hombro.

Kincaid abrió la puerta del porche del fondo y la sostuvo para que ella pasara, la siguió afuera y cerró la puerta con suavidad. Caminaron por el sendero agrietado, por el patio de grava, y siguieron por el pasto al este del galpón de las máquinas. El galpón olía a grasa tibia.

Cuando llegaron al cerco Francesca sostuvo el alambre de púa con una mano y pasó por arriba, sintiendo el rocío en los pies, alrededor de las angostas tiras de las sandalias. Robert ejecutó la misma maniobra, pasando cómodamente las botas sobre el alambre.

—A esto lo llamas pradera o pastizal?

—Pradera, creo. El ganado mantiene corto el pasto. Cuidado con el estiércol. —Por el este ascendía una luna casi llena, que se había puesto azulada ahora que acababa de ocultarse el sol. Por el camino pasó un auto como una exhalación, y se oyó el ruido apagado de la bocina. El chico de los Clark. Cuarto trasero en el equipo de Winterset. De novio con Judy Leverenson.

Hacia mucho tiempo que Francesca no daba un paseo así. Después de la cena, que era siempre a las cinco, venía el noticiario por televisión, luego los programas de la noche que miraban Richard y sus hijos después de hacer los deberes. Generalmente Francesca leía, libros de la biblioteca de Winterset y del club del libro al que pertenecía, historia, poesía y ficción, en la cocina o en el porche del frente cuando hacía buen tiempo. La televisión la aburría.

Cuando Richard la llamaba, "¡Frannie, tienes que ver esto!", iba y se sentaba un rato con él. Elvis siempre generaba esos llamados. También los Beatles cuando aparecieron por primera vez en *El show de Ed Sullivan*. Richard les miraba el pelo y sacudía la cabeza con aire de desaprobación.

Durante un rato hubo estrías rojas en una parte del cielo.

—A eso yo lo llamo "el salto" —dijo Robert—. La mayor parte de la gente guarda la cámara demasiado temprano. Una vez que baja el sol siempre hay un periodo de hermosa luz y color en el cielo que dura unos minutos, cuando el sol se ha escondido en el horizonte pero arroja su luz.

Francesca no respondió, intrigada por ese hombre que daba importancia a la diferencia entre un pastizal y una pradera, que se entusiasmaba por el color del cielo, que escribía un poco de poesía pero no mucha ficción. Que tocaba la guitarra, se ganaba la vida con las imágenes y llevaba su equipo de trabajo en mochilas. Que era como el viento. Y se movía como el viento. Que venía del viento, tal vez.

Miró hacia arriba, con las manos en los bolsillos de los Levi's, la cámara colgando contra la cadera izquierda.

—"...las manzanas de plata de la luna, las manzanas de oro del sol". —Su voz de barítono no dijo las palabras como un actor profesional.

Ella lo miró.

—W. B. Yeats, "Canción de Pengu vagabundo".

—Exacto. Buen material, el de Yeats. Realismo, economía, sensualidad, belleza, magia. Va bien con mi herencia irlandesa.

Lo había dicho todo con cinco palabras. Francesca se había esforzado por explicar Yeats a los alumnos de Winterset, pero no lograba llegar a la mayoría de ellos. Había citado a Yeats en parte por lo que acababa de decir Kincaid, pensando que esas cualidades atraerían a los adolescentes con las glándulas tan activas, como la banda marcial del colegio en el medio tiempo. Pero ni siquiera Yeats podía superar el prejuicio que tenían contra la poesía, que consideraban un producto poco masculino.

Recordaba a Matthew Clark mirando al chico que estaba a su lado, ahuecando las manos como para oprimir los pechos de una mujer mientras ella leía: "...las manzanas de oro del sol". Soltaron risitas, y las chicas del fondo se ruborizaron.

Conservarían esas actitudes toda la vida. Eso la desalentó, saberlo y sentirse comprometida y sola a pesar de la simpatía exterior de la comunidad. Allí los poetas no eran bien recibidos. A la gente de Madison County le gustaba decir, como compensación por el sentido de inferioridad cultural que se atribuían a sí mismos: "Este es

un buen lugar para criar chicos". Y Francesca siempre tenía ganas de responder: "Pero, ¿es un buen lugar para criar adultos?"

Sin ningún plan consciente habían caminado lentamente por la pradera varios centenares de metros; luego volvieron sobre sus pasos hacia la casa. Ya estaba oscuro cuando pasaron por el cerco, que esta vez él sostuvo para que pasara ella.

Francesca recordó el brandy.

—Tengo brandy. ¿O quieres café?

—¿Hay alguna posibilidad de que sean las dos cosas? —Sus palabras llegaban en la oscuridad. Ella sabía que él estaba sonriendo.

Cuando llegaron al círculo de luz proyectado por el farol del patio en el pasto y la grava ella respondió:

—Por supuesto —y percibió en su voz un sonido que la perturbó. Era el sonido de las risas espontáneas en los cafés de Nápoles.

Le costó encontrar dos tazas que no tuviesen rajaduras. Aunque sabía que las tazas con bordes rotos eran parte de la vida de Robert, esa vez quería tazas perfectas.

Las copas de brandy, dos que había al fondo del armario vueltas hacia abajo, nunca se habían usado, lo mismo que el brandy. Tuvo que ponerse en puntas de pie para alcanzarlas y se dio cuenta de que tenía las sandalias mojadas y los jeans muy ajustados en el trasero.

El estaba sentado en el mismo sillón de antes, y la observaba. Las cosas de siempre. Las cosas de siempre que volvían a él. Se preguntó cómo sería su cabello al tacto, como apoyaría la mano en la curva de su espalda, qué sentiría al tenerla debajo de él.

Los viejos hábitos que trataban de imponerse a todo lo que había aprendido, a la "buena conducta" impuesta por siglos de cultura, a las duras reglas del hombre civilizado. Trató de pensar en otra cosa, en la fotografía, o en el camino o en los puentes cubiertos. En cualquier cosa menos en el aspecto de Francesca, en ese momento.

Pero fracasó, y volvió a pensar en cómo sería tocar su piel, apoyar su vientre contra el de ella. Las eternas preguntas, siempre las mismas. Los malditos viejos hábitos que luchaban por subir a la superficie. Los rechazó, los empujó hacia abajo, encendió un Camel y aspiró profundamente.

Ella sentía constantemente la mirada de él, aunque su forma de mirar era circunspecta, nunca obvia, nunca invasora. Sabía que él sabía que nunca se había servido brandy en esos vasos. Y con el sentido trágico irlandés que él tenía, Francesca no *ignoraba* tampoco que él sentía algo acerca de ese vacío. No era lástima. No se trataba

de eso. Tristeza, tal vez. Casi olía la mente de él que formaba las palabras:

*la botella sin abrir,
las copas vacías,
ella se estiró para alcanzarlas
en un lugar al norte de Middle
River,
en Iowa.
La miré con ojos
que vieron el Amazonas del
jíbaro
y el camino de seda
con el polvo de la caravana
alzándose a mis espaldas,
hasta los espacios nunca
penetrados
del cielo de Asia.*

Mientras Francesca arrancaba el sello de bebida alcohólica de Iowa de la botella de brandy, miró sus uñas y se lamentó de que no estuvieran más largas y cuidadas. La vida en la granja no permitía uñas largas. 97

Hasta entonces no le había importado.

La botella de brandy y dos vasos sobre la mesa. Mientras preparaba el café, Robert abrió la botella y sirvió la cantidad justa en los dos vasos. No era la primera vez que Robert Kincaid servía brandy después de la cena.

Francesca se preguntó en cuántas cocinas, en cuántos buenos restaurantes, en cuántas habitaciones con luces bajas había practicado ese pequeño oficio. Cuántas manos con uñas largas delicadamente dirigidas hacia él habría mirado, apoyadas en los tallos de las copas, cuántos pares de ojos azules o de oblicuos ojos pardos lo habrían mirado en noches extranjeras, mientras los veleros anclados se balanceaban cerca de la costa y el agua golpeaba contra los muelles de antiguos puertos.

La luz en el cielo raso de la cocina era demasiado fuerte para el café y el brandy. Francesca Johnson, la esposa de Richard Johnson, la dejaría encendida, Francesca Johnson, una mujer que caminaba por la pastura después de la cena y evocaba sus sueños de muchacha, la apagaría. Lo mejor sería encender una vela, pero eso sería

demasiado. Robert podría interpretarlo mal. Francesca encendió una luz pequeña sobre la piletta y apagó la de arriba. No era la solución perfecta, pero era mejor de esa manera.

El levantó la copa para un brindis y la acercó a ella.

—Por las noches antiguas y la música lejana.

Por alguna razón esas palabras le aceleraron la respiración. Pero Robert chocó su copa con la suya y aunque ella quería decir "Por las noches antiguas y la música lejana", se limitó a sonreír.

Los dos fumaron en silencio y bebieron el café y el brandy. Se oyó el grito de un faisán desde el campo. Jack, el collie, ladró dos veces en el patio. Los mosquitos golpeaban contra el alambre tejido en la ventana cerca de la mesa, y una sola mariposa nocturna, con pensamiento circular pero instinto seguro, fue atraída por las posibilidades de luz del foquito sobre la piletta.

Todavía hacía calor, no había brisa, y estaba un poco más húmedo. Robert Kincaid transpiraba ligeramente; los dos botones superiores de su camisa estaban desprendidos. No miraba directamente a Francesca, pero ella sentía que podía percibirla con la visión periférica, aunque parecía mirar por la ventana. En el ángulo en que estaba, Francesca alcanzaba a verle la parte superior del pecho y por la abertura de su camisa las gotitas de transpiración en la piel.

Francesca senda cosas agradables, viejas sensaciones unidas a la música y a la poesía. Pero pensó que era hora de que él se fuese. El reloj sobre la heladera indicaba las nueve y cincuenta y dos. Por la radio se oía la voz de Faron Young. Una melodía de años atrás, *El santuario de Santa Cecilia*.

Una mártir romana del siglo III después de Cristo, recordó Francesca. Patrona de la música y de los ciegos.

La copa de Robert estaba vacía. En el momento en que él dejó de mirar por la ventana Francesca tomó la botella de brandy e hizo un gesto hacia la copa. El hizo un gesto negativo.

—Roseman Bridge a la madrugada. Será mejor que me vaya.

Ella se sintió aliviada. Pero también sufrió una decepción. Se sentía tironeada por dentro: Sí, por favor vete. Toma un poco más de brandy. Quédate. Vete. A Faron Young no le importaba lo que sentía Francesca. Ni a la polilla que giraba alrededor de la lamparita de la piletta. Francesca no sabía muy bien qué pensaba Robert Kincaid.

El se puso de pie, se echó una de las bolsas sobre el hombro izquierdo y puso la otra sobre la heladera. Ella se acercó a él. Él le extendió la mano, y ella la tomó.

—Gracias por esta noche, por la cena, la caminata. Todo fue muy agradable. Eres una buena persona, Francesca. Deja el brandy en la parte de adelante del anuario, tal vez dé resultado con el tiempo.

Como había pensado Francesca, él sabía. Pero no se ofendió con sus palabras. El hablaba de romance, y de la mejor manera posible. Ella lo percibía por la suavidad del lenguaje, la forma en que decía las palabras. Lo que no sabía era que él quería gritarles a las paredes de la cocina, estampando las palabras como un bajorrelieve en el yeso: "Por Dios, Richard Johnson, ¿de veras eres tan estúpido como pienso que eres?"

Francesca lo siguió hasta el camión y se quedó allí parada mientras él guardaba el equipo. El collie cruzó el patio y se puso a olisquear alrededor del camión.

—Jack, ven aquí —murmuró de inmediato Francesca, y el perro se echó junto a ella, jadeando.

—Adiós. Cuídate —dijo Robert, deteniéndose un momento junto a la puerta del camión para mirarla a los ojos. Luego, con un solo movimiento, se sentó al volante y cerró la puerta. Puso en marcha el motor, apretó el acelerador y arrancó con muchos ruidos. Se asomó sonriendo por la ventanilla.

—Creo que hay que ponerlo a punto — comentó.

Empuñó el volante, retrocedió, hizo el cambio y partió hacia adelante por la zona iluminada del patio. Justo antes de llegar a la parte oscura sacó la mano izquierda por la ventanilla para saludar a Francesca. Ella también lo saludó, aunque sabía que él no podía verla.

Mientras el camión avanzaba por el sendero, Francesca caminó hasta la zona oscura mirando las luces rojas que subían y bajaban en los lomos de burro. Robert Kincaid dobló a la izquierda y tomó el camino principal hacia Winterset mientras los relámpagos de una tormenta de verano cruzaban el cielo y Jack iba cansadamente hacia el porche del fondo.

Momentos después Francesca estaba mirándose en el espejo de la cómoda, desnuda. Las caderas apenas ensanchadas por la maternidad, los pechos todavía bellos y firmes, no demasiado grandes, el vientre apenas redondeado. *No se veía las piernas en el*

espejo, pero sabía que se conservaban bien. Tendría que depilarse más seguido, pero no le encontraba mucho sentido a esto.

A Richard le interesaba el sexo sólo de vez en cuando más o menos cada dos meses, pero todo terminaba muy rápido, y era rudimentario y nada excitante, y a él no parecían importarle mucho los perfumes o la depilación o cosas parecidas. Era fácil caer en cierta dejadez.

Francesca era más que nada una socia comercial de Richard. Una parte de ella valoraba esa relación. Pero dentro de Francesca bullía otra persona que quería bañarse y perfumarse... y quería que una fuerza que sentía, pero que no podía articular siquiera mentalmente la apresan, la llevara a otra parte, le quitara la vieja piel.

Se vistió y se sentó a la mesa de la cocina, y escribió algo en una página de papel común cortada por la mitad. Jack la siguió hasta la camioneta Ford y saltó junto a ella cuando abrió la puerta. Se sentó en el asiento delantero y sacó la cabeza por la ventanilla mientras Francesca retrocedía para salir del galpón. El peno la miró, luego volvió a mirar por la ventanilla mientras ella doblaba a la derecha para tomar la ruta.

Roseman Bridge estaba a oscuras. Pero Jack corrió adelante controlando todo mientras Francesca bajaba de la camioneta con una linterna. Fijó la nota en el lado izquierdo de la entrada del puente y volvió a la casa.

Los Puentes Del Martes

Robert Kincaid pasó junto al buzón de Richard Johnson una hora antes del amanecer. Comía una manzana acompañada de una tableta de chocolate blanco y sostenía el vasito de café entre las rodillas para que no se volcara. Miró la casa blanca a la tenue luz de la luna y sacudió la cabeza pensando en la estupidez de los hombres, de algunos hombres, de la mayoría de los hombres. Al menos podría tomar el brandy y no golpear la puerta de alambre tejido al salir.

Francesca oyó el motor desalineado. Estaba en la cama; había dormido desnuda después de muchísimo tiempo de no hacerlo. Imaginaba los cabellos de Kincaid al viento que entraba por la ventanilla, a él con una mano en el volante y en la otra un Camel.

Oyó esfumarse el mido de los neumáticos en dirección a Roseman Bridge. Y las palabras del poema de Yeats comenzaron a fluir en su mente: "Fui al bosque de avellanos, porque tenía un incendio en la cabeza..." El tono estaba entre el de una profesora y el de una mujer que implora.

Robert dejó el camión apartado del puente para que no interfiriera en sus composiciones. Del pequeño espacio detrás del asiento sacó un par de botas de goma, se sentó en el estribo a quitarse las de cuero para ponerse las otras. Con una de las mochilas a la espalda, el trípode colgado del hombro izquierdo por la correa de cuero, el otro bolso en la mano derecha, inició el descenso por la empinada pendiente hacia el agua.

Quería poner el puente en un ángulo para dar tensión a la composición, sacar al mismo tiempo una parte del arroyo y que no aparecieran los graffiti de las paredes cerca de la entrada. Los cables de teléfono al fondo también eran un problema, pero podía resolverse con un cuidadoso encuadre.

Sacó la Nikon y la colocó en el pesado trípode. Ahora se veía una luz gris por el este, y Robert comenzó a experimentar con la composición. Movié el trípode, reajustó las patas.

Ahora ascendía un color rojizo, el cielo se iluminaba. El cuarenta por ciento del sol estaba sobre el horizonte, la vieja pintura del puente adquiriría una tonalidad roja, cálida, precisamente lo que quería Robert.

Una segunda exposición. En el momento en que soltó el disparador algo le llamó la atención. Volvió a mirar por el visor. ¿Qué diablos hay en la entrada del puente?, se preguntó. Un pedazo de papel. No estaba allí el día anterior.

Se aseguró de que el trípode estuviera firme y echó a correr por la orilla mientras a sus espaldas salía rápidamente el sol. El papel estaba prolijamente fijado al puente. Lo arrancó y metió el papel y la tachuela en el bolsillo del chaleco. Volvió a la orilla, bajó y se colocó detrás de la cámara. El sesenta por ciento del sol había salido.

Robert respiraba aceleradamente después de la carrera. Volvió a disparar. No había viento, el pasto estaba inmóvil. Repitió todo el proceso. Llevó el trípode y la cámara al medio del arroyo, los acomodó, disparó y se acercó al puente, caminando con los pies en el agua corriente arriba.

Regresó a la orilla, recorrió el puente, corriendo con el equipo, jugándole una carrera al sol. Ahora la difícil: tomar la segunda cámara con película más rápida, colgarse las dos cámaras del cuello, trepar al árbol detrás del puente. Se raspó el brazo en la corteza, "¡Carajo!", masculló. Ahora estaba en un lugar alto, veía más abajo el puente en un ángulo en que el sol daba en el agua. Tomó nueve fotos. Cambió de cámara y de película. Hizo doce fotos más.

Bajó del árbol. Bajó hasta la orilla. Sacó una tercera cámara de la mochila. Después de veinte minutos de trabajo intenso como sólo lo conocen los soldados, los cirujanos y los fotógrafos, Robert Kincaid metió las mochilas en el camión y volvió por la misma carretera que lo había traído. En quince minutos podía llegar al puente Hogback al noroeste de la ciudad y tomar algunas fotos si se apuraba.

Volaba el polvo; encendió un Camel, el camión seguía viaje velozmente, pasó frente a la casa de madera blanca, el buzón de Richard Johnson. No había señales de Francesca. ¿Qué esperabas? Está casada, se porta bien. Tú te portas bien. Quién necesita ese tipo de complicaciones. Linda noche, buena cena, bonita mujer. Dejémoslo así.

Dios mío, es hermosa y tiene un no sé qué. Algo. Me cuesta dejar de mirarla.

Francesca estaba atareada en el granero cuando él pasó como una tromba por la casa. Los ruidos del ganado ahogaban todo mudo que no viniera de la carretera. Y Robert Kincaid iba hacia Hogback Bridge, persiguiendo la luz.

Todo anduvo bien en el segundo puente. Estaba en un valle, todavía rodeado de niebla cuando llegó Robert. El lente de trescientos

milímetros le daba un sol grande en la parte superior izquierda del encuadre, y la foto tomaba el ondulante camino entre las rocas y el puente mismo.

Luego vio a un granjero en un carro tirado por dos percherones de color castaño claro en el camino blanco. "Uno de los últimos muchachos de ese estilo", pensó Kincaid con una sonrisa. Sabía cuándo llegaban las buenas, y mientras trabajaba veía ya cuál sería el producto final. En las tomas verticales dejó un poco de luz para el título.

Cuando plegó el trípode a las ocho y treinta y cinco se sentía contento. El trabajo de la mañana dejaba fotos para guardar. Era un material bucólico, conservador, pero hermoso y sólido. Las del granjero y los caballos podían servir hasta para una tapa; por eso había dejado el espacio en la parte superior, lugar para las letras, para el logo. A los editores les gustaba ese tipo de artesanía cuidadosa. Por eso Robert Kincaid siempre tenía trabajo.

Había usado los siete rollos de película o parte de ellos, vaciado las tres cámaras, y metió la mano en el bolsillo inferior izquierdo del chaleco para sacar los otros cuatro. "¡Mierda!". Se había pinchado el dedo índice con la tachuela que estaba en el bolsillo junto con el papel. Lo sacó, lo abrió y leyó:

"Si quieres cenar otra vez 'cuando las mariposas nocturnas estén en vuelo', ven esta noche cuando termines. A la hora que desees."

No pudo evitar sonreír un poco, imaginando a Francesca Johnson con la nota y la tachuela, conduciendo la camioneta en la oscuridad hasta el puente. En cinco minutos estuvo de vuelta en el pueblo. Mientras el hombre de Texaco llenaba el tanque y controlaba el aceite, Kincaid habló por un teléfono público de la estación de servicio. La delgada guía telefónica estaba manchada por las manos engrasadas de la gente que la usaba en ese lugar. Había dos Johnson R., pero uno pertenecía a la ciudad.

Discó el número rural y esperó. Francesca estaba dándole de comer al perro en el porche del fondo cuando sonó el teléfono en la cocina. Atendió al segundo timbrado:

—Familia Johnson.

—Hola, habla Robert Kincaid. —Francesca sintió que algo daba un salto dentro de su pecho y le caía en el estómago. —Tengo tu nota. Acepto la invitación, pero es posible que llegue tarde. El tiempo es bastante bueno, así que pienso fotografiar el... veamos, ¿cómo se llama?... el Cedar Bridge... esta noche. Puede que termine después de las nueve. Y entonces habrá que hacer un poco de limpieza. De

manera que no llegaría antes de las nueve y media o diez. ¿No importa?

Sí, importa. Ella no quería esperar tanto tiempo, pero se limitó a decir:

—Ah, perfecto. Lo que importa es que hagas tu trabajo. Prepararé algo que se pueda calentar fácilmente cuando llegues.

El agregó enseguida:

—Si quieres venir cuando trabajo, ven. No me molestará, puedo pasar a buscarte a las cinco y media.

La mente de Francesca estudió el problema. Quería ir con él. Pero, ¿y si la veía alguien? ¿Qué podía decirle a Richard si se enterase?

Cedar Bridge estaba a unos cincuenta metros corriente arriba, paralelo al camino nuevo y su puente de hormigón. No era fácil que la vieran. ¿O sí? Se decidió en menos de dos segundos.

—Sí, me gustaría. Pero iré en la camioneta a encontrarme contigo allá. ¿A qué hora?

—A eso de las seis. Te veré entonces, ¿de acuerdo? Hasta luego.

Robert pasó el resto del día en las oficinas del diario local, revisando viejas ediciones. Era una bonita ciudad, con una linda plaza frente a los Tribunales. Allí estuvo sentado a la hora del almuerzo, con una bolsita de fruta y pan, y una coca—cola comprada en el café de enfrente.

Cuando entró a buscar la bebida era poco después del mediodía. Como sucede en los saloons del Lejano Oeste al aparecer el pistolero, cesaron todas las conversaciones por un momento mientras todos lo miraban. Le molestó, se sintió tímido; pero era el procedimiento habitual en los pueblos pequeños. ¡Alguien nuevo! ¡Distinto! ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Parecen ardillas, pensó.

—Alguien dijo que es fotógrafo. Lo vieron en Hogback Bridge esta mañana con toda clase de cámaras.

—En su camión dice que es del estado de Washington, del Oeste.

—Estuvo toda la mañana en el diario. Jim dice que está buscando información sobre puentes cubiertos.

—Sí, el joven Fischer de Texaco dijo que estuvo ayer y pidió indicaciones para ir a todos los puentes cubiertos.

—¡Pero para qué quiere saber sobre puentes?

—Y por qué a alguien le puede interesar tomarle fotos. Se están cayendo a pedazos.

—Ese sí que lleva el pelo largo. Parece uno de esos Beatles, o los otros, no me acuerdo cómo se llaman... Hippies, ¿no? — Esto provocó risas en el compartimiento del fondo y en la mesa de al lado.

Kincaid compró la coca y se fue. Tal vez había cometido un error al invitar a Francesca, un error por ella, no por él. Si la veía alguien en Cedar Bridge llegaría el rumor al café a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, transmitido por el joven Fischer de la Texaco después de recibir un aporte de los transeúntes. Tal vez antes todavía.

Robert había aprendido a no subestimar nunca el fogonazo telecommunicativo de las noticias triviales en los pueblitos. Dos millones de niños podían estar muriéndose de hambre en Sudán y eso no molestaría a la conciencia de nadie. Pero ver a la esposa de Richard Johnson con un desconocido de pelo largo... ¡Qué noticia! Una noticia para pasar, para masticar, una noticia que crea una vaga sensación camal en la mente de quienes la oyen, la única que los rozó ese año.

Robert terminó de comer y fue hasta el teléfono público del juzgado. Discó el número de Francesca. Ella respondió, algo agitada, al tercer timbrado.

—Hola, habla otra vez Robert Kincaid.

Francesca sintió de inmediato un nudo en el estómago pensando que él le diría que no podía ir.

—Miró, francamente, si para ti es un problema venir conmigo esta tarde, considerando la curiosidad de la gente de un pueblo chico, no te sientas obligada. En realidad a mí me importa menos lo que piensen de mí, y de uno u otro modo iré más tarde. Lo que quiero decirte es que tal vez cometí un error al invitarte, de manera que no te sientas obligada a venir. Aunque a mí me encantaría que estuvieras conmigo.

Ella había estado pensando más o menos lo mismo desde la conversación anterior. Pero estaba decidida.

—No, quiero verte hacer tu trabajo. No me preocupa lo que digan. —Le preocupaba, pero algo se imponía dentro de ella, algo relacionado con el riesgo. Cualquiera fuese el costo, iría a Cedar Bridge. —Magnífico. Sólo quería saber. Te veo después.

—Muy bien. —Era sensible, cosa que ella ya sabía.

A las cuatro Robert pasó por el hotel y lavó un poco de ropa en la pileta, se puso una camisa limpia y metió otra en el camión, junto con

unos pantalones kaki y sandalias marrones que había comprado en la India en 1962 mientras hacía una nota sobre el pequeño ferrocarril a Darjaleen. En una taberna compró dos paquetes de seis de Budweiser. Puso ocho botellas, todo lo que cabía, alrededor de la película en la heladera.

Otra vez hacía mucho calor. El último sol de la tarde en Iowa era muy intenso en el oeste y calentaba todavía un poco más el cemento, los ladrillos y la tierra.

La taberna estaba oscura y pasablemente fresca, con la puerta de entrada abierta, grandes ventiladores en el techo y uno de pie junto a la puerta que giraba velozmente. Pero el ruido de los ventiladores, el olor de la cerveza rancia, el humo, el atronar del tocadiscos y los rostros medio hostiles que lo contemplaban a lo largo de la barra la hacían parecer más calurosa de lo que realmente era.

Afuera, en el camino, el sol casi lastimaba, y Robert pensó en las Cascadas y los abetos en el estrecho de San Juan de Fuca, cerca de Kydaka Point.

Sin embargo Francesca Johnson parecía fresca, muy fresca. Estaba apoyada contra el paragolpes de su pickup Ford, donde la había estacionado, detrás de unos árboles cerca del puente. Tenía puestos los mismos pantalones que le quedaban tan bien, sandalias y una remera blanca muy sentadora. Robert la saludó con la mano cuando paró su camión junto a la camioneta de ella.

—Hola. Qué bueno verte. Hace mucho calor —comentó él.

Charla inocua, conversación periférica. Otra vez esa vieja inquietud, debida a estar en presencia de una mujer por la que sentía algo. Nunca sabía muy bien qué decir, a menos que la conversación fuera seria. Aunque su sentido del humor estaba muy desarrollado, si bien era un poco extraño, fundamentalmente tenía una mente seria y se tomaba las cosas en serio. Su madre siempre había dicho que a los cuatro años Robert era un adulto. Eso le valió como profesional. Pero para su manera de pensar no le hacía un favor cuando estaba cerca de una mujer como Francesca Johnson.

—Quena verte sacar fotos.

—Bien, ahora lo verás, y te parecerá bastante aburrido. Al menos eso le pasa a otra gente. No es como escuchar a alguien que practica en el piano, donde tú puedes ser parte de lo que sucede. En fotografía los aspectos de la producción y la realización están separados por un largo periodo de tiempo. Hoy yo hago la producción. Cuando las fotos aparecen en alguna parte es la realización. Lo que verás es una serie

de movimientos. Pero me encanta que estés presente. En realidad me alegro de que hayas venido.

Ella se aferró a esas últimas palabras. No era necesario decirlas. Podía haber parado en "Me encanta que estés presente", pero no lo hizo. Se alegraba auténticamente de verla, eso estaba claro. Francesca esperaba que el hecho de que estuviera allí implicara algo parecido para él.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? — preguntó, mientras se ponía las botas de goma.

—Bien, puedes llevar ese bolso azul. Yo llevaré el marrón y el trípode.

Y Francesca se transformó en ayudante de fotógrafo. Robert se había equivocado. Había mucho para ver. Había una gran actuación, aunque él no lo percibiera. Era lo que había notado el día anterior y parte de lo que la atraía en él. Su gracia, sus ojos rápidos, el trabajo de los músculos de sus antebrazos. Principalmente la forma en que movía el cuerpo. Los hombres que conocía parecían pesados comparados con él.

No es que se apresurara. En realidad no se apresuraba en absoluto. Tenía la cualidad de una gacela, aunque Francesca percibía que era fuerte a la vez que flexible. Tal vez fuera más como un leopardo que como una gacela. Sí. Un leopardo, eso era. No era una presa. Todo lo contrario, sintió Francesca.

—Francesca, dame la cámara con la correa azul, por favor.

Ella abrió la mochila, procediendo de manera más que cuidadosa con el costoso equipo que él manejaba distraídamente, y sacó la cámara. Decía "Nikon" en la chapa plateada del visor, con una F a la izquierda y arriba del nombre.

Robert estaba arrodillado en la parte nordeste del puente, con el trípode bajo. Extendió la mano sin apartar el ojo del objetivo y ella le dio la cámara, mirando cerrarse su mano alrededor del lente cuando sintió que estaba a su alcance. Robert tomó dos fotos.

Reemplazó la cámara que estaba en el trípode por otra. Mientras lo hacía volvió la cabeza hacia Francesca y sonrió:

—¡Gracias, es una asistente de primera!

Ella se sonrojó un poco.

Por Dios, ¿qué había en ese hombre? Era como un ser de otro planeta que hubiera llegado en la cola de un cometa y hubiera caído en el extremo de su sendero. ¿Por qué no podía decirle simplemente "De nada"?, pensó Francesca. Me siento un poco lenta cuando estoy

con él, aunque no es por lo que él hace. Soy yo, no él. Simplemente no estoy acostumbrada a estar con gente cuya mente trabaja tan rápido.

El entró en el agua del arroyito y subió por la otra orilla. Ella atravesó el puente con la mochila azul y se quedó detrás de él, feliz, extrañamente feliz. Allí había energía, una cierta potencia en la forma en que él trabajaba. No se limitaba a esperar a la naturaleza, la abordaba con delicadeza, conformándola según su visión, adaptándola a lo que veía en su mente.

Imponía su voluntad a la escena, enfrentando los cambios en la luz con distintos lentes, distintas películas, un filtro de vez en cuando. No sólo luchaba con las cosas, las dominaba usando su habilidad y su intelecto. Los granjeros también dominaban la tierra con productos químicos y topadoras, pero la forma de cambiar la naturaleza de Robert Kincaid era elástica y siempre dejaba las cosas con su forma original al terminar.

Francesca vio ajustarse los jeans a la altura de los muslos de Robert cuando él se arrodilló. La camisa de denim desteñido pegada a la espalda, el cabello gris cubriendo el cuello. Lo miró apoyar las nalgas en el suelo para sentarse mientras ajustaba una parte del equipo y, por primera vez en tanto tiempo, se humedeció entre las piernas con sólo mirar a alguien. Al sentir esa humedad miró el cielo del atardecer y aspiró profundamente, oyéndolo maldecir en voz baja a un filtro atascado que no podía desatornillar del lente.

Robert volvió a cruzar el arroyo hacia los camiones, chapoteando con las botas de goma. Francesca entró en el puente cubierto y, cuando llegó al otro extremo, lo encontró agachado y con la cámara hacia ella. Soltó el disparador, y enseguida tomó una segunda y una tercera foto mientras ella avanzaba hacia él. Ella se sintió sonreír apenas, un poco avergonzada.

—No te preocupes —sonrió él—. No las usaré en ninguna parte sin tu permiso. Aquí ya he terminado. Creo que pasaré por el motel a lavarme un poco antes de salir.

—Bueno, como quieras, pero yo puedo prestarte una toalla y te das una ducha, o usas la bomba o lo que quieras —dijo Francesca en voz baja, con ansiedad.

—Bien, de acuerdo. Ve para allá. Cargo el equipo en Harry, así se llama mi camión, y voy para tu casa.

Francesca retrocedió con la nueva Ford de Richard, salió de entre los árboles, entró en el camino principal a la derecha y se dirigió a Winterset donde cortó por el sudoeste hacia su casa. La nube de

polvo que levantaba era demasiado densa como para ver si él la seguía, aunque después de doblar una curva creyó ver las luces de Robert más de un kilómetro atrás, avanzando a los tumbos en el camión que llamaba Harry.

Sin duda era él, porque oyó el camión por el sendero no bien llegó. Al principio Jack ladró, pero en seguida se tranquilizó, murmuró algo para sí mismo; seguramente se dijo "El mismo tipo de anoche; supongo que no hay problema". Kincaid se detuvo un momento a hablarle al peno.

Francesca salió por la puerta del porche del fondo.

—¿Quieres darte una ducha?

—Sería estupendo. ¿Dónde está? Francesca lo llevó al baño en el piso alto.

Había logrado que Richard lo construyera cuando los chicos estaban creciendo. Fue una de las pocas exigencias en las que se mantuvo firme. Le gustaban los baños calientes y prolongados por la noche, y no quería que los adolescentes irrumpieran en sus espacios privados. Richard usaba el otro baño. Dijo que se sentía incómodo con todas las cosas femeninas que Francesca había puesto en el suyo. "Demasiada complicación". Esas fueron sus palabras.

Sólo se podía pasar a ese baño desde el dormitorio. Francesca abrió la puerta del baño y sacó un juego de toallas y una esponja del armario bajo el lavatorio.

—Usa lo que quieras —dijo, mordiéndose apenas el labio inferior.

—Te pediría un poco de champú. El mío está en el motel.

—Cómo no. Elige. —Puso tres frascos a medio usar en el estante.

—Gracias. —Robert dejó su ropa limpia sobre la cama; Francesca miró los pantalones kaki, la camisa blanca y las sandalias. Ninguno de los hombres del lugar usaba sandalias. Algunos de la ciudad empezaban a usar Bermudas en la cancha de golf, pero los granjeros no. Y sandalias... nunca.

Francesca bajó la escalera y oyó el ruido de la ducha. "Ahora está desnudo", pensó, y sintió algo en el vientre.

Después del llamado de él, ese mismo día había hecho los sesenta y cinco kilómetros a Des Moines para ir al negocio de bebidas alcohólicas. No tenía experiencia en este terreno, de modo que le pidió al empleado que le recomendara un buen vino. El no sabía más que ella, es decir que no sabía nada. De manera que Francesca recorrió las hileras de botellas hasta dar con una etiqueta que decía "Valpolicella". Recordaba esa marca de mucho tiempo atrás. Un tinto

italiano, seco. Compró dos botellas y otro botellón de brandy, sintiéndose sensual y mundana.

Luego buscó un nuevo vestido de verano en un comercio del centro. Encontró uno de color rosa pálido con breteles angostos. Tenía gran escote en la espalda y también en la delantera, de manera que dejaba ver el nacimiento de los pechos, y se ajustaba a la cintura con un fino lazo. Se compró también sandalias blancas, caras, de taco bajo, con un delicado trabajo a mano en las tiras.

Por la tarde preparó pimientos rellenos con una mezcla de salsa de tomates, arroz integral, queso y perejil picado. Luego una simple ensalada de espinacas, pan de maíz y de postre suflé de manzanas. Todo excepto el suflé fue a la heladera.

Se apuró para tener tiempo de acortar el vestido hasta la rodilla. El *Des Moines Register* había publicado un artículo ese mismo verano que decía que ése era el largo preferido para la temporada. Francesca siempre había pensado que la moda y todo lo que ésta implicaba era bastante extraño. La gente obedecía; sumisa, los mandatos de los diseñadores europeos. Pero el largo de la falda le sentaba, de manera que acertó el dobladillo.

El vino era un problema. La gente del lugar lo guardaba en la heladera, aunque en Italia nadie lo enfriaba. Pero hacía demasiado calor para dejarlo simplemente sobre la mesada. Entonces se acordó del subsuelo. Allí hacía veinte grados en verano, de modo que puso la botella junto a la pared.

La ducha se cerró arriba en el mismo momento en que sonó el teléfono. Era Richard que llamaba desde Illinois.

—¡Todo bien?

—El novillo de Carolyn será juzgado el miércoles. Queremos ver otras cosas al día siguiente. Estaremos en casa el viernes, tarde.

—Bueno. Que se diviertan y maneja con cuidado.

—Frannie, ¿seguro que estás bien? Tu voz suena un poco rara.

—No, estoy bien. Hace mucho calor. Estaré mejor después de un baño.

—Bien. Dale saludos a Jack.

—Serán dados. —Francesca echó una mirada a Jack, tendido en el cemento del porche trasero.

Robert Kincaid bajó la escalera y entró en la cocina. Camisa blanca de cuello abierto, mangas arrolladas por encima del codo, pantalones livianos color caqui, sandalias marrones, pulsera de plata, dos botones desprendidos en la camisa, cadena de plata. El pelo

todavía estaba mojado y prolijamente peinado con raya al medio. Francesca se maravilló de las sandalias.

Voy a llevar todos los trastos al camión y a traer el equipo para hacerle un poco de limpieza.

Adelante; yo me voy a bañar. —¿Quieres una cerveza para llevarte al baño?

Si te sobra una.

Robert trajo primero la heladera, sacó una cerveza para Francesca y la abrió, mientras ella buscaba dos vasos altos que hicieran las veces de jarros. Cuando él volvió al camión para buscar las cámaras ella subió con la cerveza, observó que él había aseado la bañera, y se dio un gran baño caliente. Colocó el vaso en el suelo mientras se depilaba y se enjabonaba. Robert había estado allí unos minutos antes; Francesca estaba en el lugar donde había corrido agua sobre el cuerpo de él, y experimentó un intenso erotismo. Casi todo lo relacionado con Robert Kincaid empezaba a parecerle erótico.

Algo tan simple como un vaso de cerveza fría a la hora del baño quedaba tan elegante. ¿Por qué ella y Richard no vivían de esa manera? Parte del problema, pensó, era la inercia de la costumbre prolongada. Todos los matrimonios, todas las relaciones son susceptibles a ella. La costumbre trae lo predecible, y lo predecible a su vez trae sus propias ventajas; eso también lo percibía.

Y estaba la granja, que reclamaba constante atención como una inválida exigente. Si bien el trabajo humano era reemplazado cada vez más por equipo mecánico, de manera que era mucho menos desgastante que en el pasado.

Pero aquí pasaba algo más. Lo predecible es una cosa, el temor al cambio es otra. Y Richard tenía miedo al cambio, cualquier tipo de cambio en su matrimonio. En general no quería hablar de eso. En particular, no quería hablar del sexo. En cierto modo el erotismo *era* un asunto peligroso, inadecuado para su manera de pensar. Pero no era el único y en realidad no tenía la culpa. ¿Cuál era la barrera para la libertad que se había erigido allí? No sólo en la granja, sino en la cultura coral. Tal vez en la cultura urbana, en todo caso. ¿Por qué había paredes y cercos que impedían las relaciones naturales entre hombres y mujeres? ¿Por qué la falta de intimidad, la ausencia de erotismo?

Las revistas de mujeres hablaban de esos temas. Y las mujeres empezaban a tener expectativas acerca del lugar que ocupaban en el esquema más amplio de las cosas, así como lo que tenía lugar en los dormitorios de sus vidas. Los hombres como Richard, la mayoría de

los hombres, suponía Francesca, estaban amenazados por esas expectativas. De alguna manera las mujeres les pedían a los hombres que fueran poetas y a la vez amantes impulsivos y apasionados.

Las mujeres no veían en eso ninguna contradicción. Los hombres, sí. Los vestuarios, las reuniones de hombres solos, los salones de pool y todas las ocasiones en que las mujeres quedaban segregadas definían una serie de características masculinas en que la poesía o cualquier tipo de sutileza, no tenían lugar. Por lo tanto si el erotismo es cuestión de sutileza, una forma de arte per se, como Francesca sabía que era, tampoco tenía ningún lugar. De manera que la danza convenientemente ingeniosa y tendiente a la distracción que los mantenía separados continuaba, mientras las mujeres suspiraban y volvían la cara a la pared en las noches de Madison County.

En la mente de Robert Kincaid había algo que comprendía implícitamente todo esto; Francesca estaba segura.

Mientras iba al dormitorio secándose con la toalla, se dio cuenta de que eran más de las diez. Todavía sentía calor, pero el baño la había refrescado. Sacó el vestido nuevo del placard. Cepilló sus largos cabellos negros hacia atrás y los sujetó con una hebilla de plata. Grandes aros de argolla de plata y una pulsera de plata, de eslabones, que había comprado en Des Moines esa mañana.

Otra vez el perfume Windsong. Un poco de lápiz labial en el rostro latino, de pómulos altos, de un tono rosado más claro que el del vestido. El bronceado de la piel por trabajar al aire libre en shorts y tops de los que dejan al descubierto el estómago resaltaba todo el conjunto. Sus piernas esbeltas bajo el borde del vestido se veían muy bonitas.

Se miró en el espejo de la cómoda moviéndose primero hacia un lado, luego hacia el otro. Es lo mejor que puedo lograr, pensó. Luego, satisfecha, dijo casi en voz alta: "No está mal".

Robert Kincaid iba por la segunda cerveza y estaba guardando las cámaras cuando Francesca entró en la cocina. Levantó la mirada hacia ella.

—Dios mío —dijo con suavidad. Todos los sentimientos, todas las búsquedas y las reflexiones, toda una vida de sentir, buscar y reflexionar se le juntaron en ese momento. Y se enamoró de Francesca Johnson, la esposa de un granjero, de Madison County, Iowa, que había venido mucho tiempo atrás de Nápoles. —Bueno... —Le temblaba un poquito la voz, le salía un poco ronca. —Perdona la audacia, pero estás estupenda. Estupenda como para que los hombres salgan corriendo y aullando por la desesperación de no

poseerte. Lo digo en serio. Estás elegante como para las grandes ocasiones, Francesca.

Ella sentía que su admiración era sincera. La disfrutaba, se dejaba invadir y rodear por ella, le entraba por todos los poros como algún suave aceite, de manos de alguna divinidad que la había abandonado años atrás y ahora había vuelto.

Y en ese mismo momento se enamoró de Robert Kincaid, autor y fotógrafo, de Bellingham, estado de Washington, que conducía un viejo camión llamado Harry.

Otra vez hay lugar para bailar

Esa noche de un martes de agosto de 1965 Robert Kincaid miró largamente a Francesca Johnson. Ella lo miró de la misma manera. Estaban a tres metros de distancia pero quedaron anudados en forma sólida, íntima, inextricable.

Sonó el teléfono. Francesca no dejó de mirar a Robert, ni se movió durante los dos primeros timbrazos. En el largo silencio después del segundo, y antes del tercero, Robert aspiró profundamente y miró los bolsos con las cámaras. Eso le permitió a Francesca cruzar la cocina para acercarse al teléfono que estaba en la pared detrás de la silla de Robert.

—Familia Johnson... Hola, Marge. Si, muy bien. ¿El jueves a la noche? —Francesca calculó: Robert dijo que se quedaría una semana, Llegó ayer, hoy es martes. Fue fácil tomar la decisión de mentir.

Francesca estaba junto a la puerta del porche con el teléfono en la mano izquierda. El estaba muy cerca, con la espalda vuelta hacia ella. Francesca extendió la mano derecha y la apoyó en su hombro, un gesto habitual de algunas mujeres con los hombres que quieren. En sólo veinticuatro horas había llegado a querer a Robert Kincaid.

—Ay, Marge, voy a estar ocupada. Debo ir de compras a Des Moines. Es una buena oportunidad para hacer un montón de cosas que vengo postergando, ahora que Richard y los chicos no están.

Su mano se apoyaba tranquilamente en Robert. Sentía el músculo que iba desde el cuello hasta el hombro, detrás de la clavícula. Miraba sus cabellos grises, con la raya al medio, que calan sobre el cuello de la camisa. Marge seguía parloteando.

—Si, Richard llamó hace un rato... No, el premio se da el miércoles, mañana. Richard dijo que estarían de regreso el viernes a última hora. Quieren ver algo el jueves. Es un viaje largo, especialmente en el camión del ganado... No, el entrenamiento de fútbol sólo comienza dentro de una semana. Sí, sí, una semana. Al menos eso dijo Michael.

Francesca sentía el calor del cuerpo de Robert bajo la camisa. El calor se transmitía a su mano, ascendía por el brazo y desde allí se irradiaba por todo su cuerpo, sin esfuerzo, en realidad sin control por

parte de ella. Robert estaba inmóvil; no quería hacer ningún ruido que despertara la curiosidad de Marge. Francesca lo comprendía.

—Ah, sí, un hombre que pedía indicaciones. —Como suponía, Floyd Clark había ido a su casa inmediatamente y le había contado a su esposa sobre la pickup verde que había visto al pasar por la casa de los Johnson el día anterior.

—¿Un fotógrafo? Por Dios, no lo sé. No presté mucha atención. Es posible. —Cada vez era más fácil mentir.

"Buscaba Roseman Bridge... ¿Verdad? ¿Estuvo tomando fotos de los viejos puentes? Bueno, parece inofensivo. ¿Un hippie? —Francesca se rió y vio menear la cabeza a Kincaid. —Bueno, no sé muy bien cómo es un hippie. Este tipo era muy educado. Sólo estuvo uno o dos minutos, y se fue... No sé si hay hippies en Italia, Marge. Hace ocho años que no voy por allá. Además, como te dije, no sé si reconocería a un hippie en caso de encontrarme con uno...

Marge habló del amor libre y las comunas y las drogas; había leído algo sobre eso recientemente.

—Marge, estaba a punto de meterme en la bañera cuando llamaste, mejor me apuro antes de que se enfrié el agua... Bien, te llamaré. Adiós.

No deseaba retirar la mano del hombro de Robert, pero no tenía una buena excusa para dejarla allí. De manera que fue hasta la piletta y encendió la radio. Más música country. Movi6 el dial hasta que se oyó una gran banda y lo dejó allí.

—*Mandarina* —dijo Robert.

—¿Qué?

—La canción. Se llama *Mandarina*. Es sobre una mujer argentina. —Hablar otra vez de la periferia de las cosas. Decir cualquier cosa, cualquier cosa. Luchar por el momento y el sentido de todo, oyendo en las profundidades de su mente el ruidito de una puerta que se cierra tras dos personas en una cocina de Iowa.

Francesca sonrió a Robert.

—¿Tienes hambre?. La comida está lista para cuando quieras.

—Fue un día largo, y bueno. Preferiría tomar otra cerveza antes de comer. ¿Me acompañas? —Girando en círculos, buscando su centro, perdiéndolo minuto a minuto.

Ella dijo que sí. Robert abrió dos cervezas y le acercó una.

Francesca estaba contenta con su aspecto y con cómo se sentía. Se encontraba femenina. Liviana, y cálida, y femenina. Se sentó en la

silla de la cocina, cruzó las piernas y el dobladillo de la falda quedó bastante por encima de la rodilla derecha. Kincaid estaba apoyado en la heladera, con los brazos cruzados sobre el pecho, la botella de Budweiser en la mano derecha. A ella le complacía que se fijara en sus piernas, y él lo hizo.

Se fijó en ella de pies a cabeza. Podría haberse retirado antes; todavía podía retirarse. La razón le gritaba: "Abandona, Kincaid, vuelve al camino. Fotografía los puentes, vete a la India. Haz un alto en Bangkok y busca a la hija del comerciante en sedas que conoce todos los secretos del éxtasis que enseña la antigüedad. Nada desnudo con ella al amanecer en los estanques de la jungla y óyela gritar mientras la posees en el crepúsculo. Abandona esto... (ahora la voz era un murmullo... te supera.

Pero el lento tango callejero había comenzado. Se oía desde alguna parte; Robert lo oía, era un viejo acordeón. Venía desde muy atrás, o desde muy adelante; no estaba seguro. Pero se acercaba firmemente a él. Y ese sonido borraba su razonamiento y concentraba sus alternativas hacia la unidad. Inexorablemente, hasta que no le quedó adónde ir, excepto hacia Francesca Johnson.

—Si quieres podemos bailar con esta música —dijo Robert con ese tono tímido, característico de él. Y enseguida advirtió: —No soy buen bailarín, pero si quieres, creo que puedo arreglarme en una cocina.

Jack arañaba la puerta del porche; quería entrar. Que se quedara afuera.

Francesca se sonrojó un poquito.

—Bueno. Yo no bailo mucho... ya. Bailaba cuando era jovencita, en Italia, pero ahora casi exclusivamente en la víspera de Año Nuevo, y sólo un poco.

El sonrió y dejó la cerveza en la mesada. Ella se levantó y se acercaron el uno al otro,

"Este es el baile de los martes a la noche por la WGN, Chicago", dijo una untuosa voz de barítono. "Volveremos después de tres mensajes."

Los dos se rieron. Llamadas telefónicas y avisos publicitarios. Había algo que seguía interponiendo la realidad entre ellos. Lo sabían sin necesidad de decirlo.

Pero de todos modos él había extendido la mano para tomarle la mano derecha con su izquierda, y se apoyó cómodamente en la mesada, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la pierna

derecha sobre la otra. Francesca estaba a su lado contra la piletta, y miraba por la ventana, sintiendo los dedos delgados de Robert que rodeaban su mano. No había brisa, y el maíz crecía.

—Ah, espera un minuto. —Retiró de mala gana su mano de la de él y abrió el último cajón de la derecha en la alacena. Sacó de allí dos velas que había comprado en Des Moines esa mañana, junto con un pequeño candelabro de bronce para cada una y las puso sobre la mesa.

Robert se acercó y encendió las dos velas, mientras ella apagaba la luz del techo. Ahora estaba oscuro, excepto las llamas de las velas que apuntaban hacia arriba, agitándose apenas en la noche sin viento. La sencilla cocina nunca había estado tan bonita.

Recomenzó la música. Afortunadamente para los dos era una versión de *Hojas muertas*.

Ella se sentía extraña. Él también. Pero le tomó la mano, le rodeó la cintura con un brazo, ella se aproximó a él, y la sensación de extrañeza se desvaneció. De alguna manera dio paso a un cierto bienestar. El movió el brazo en la cintura de Francesca y la atrajo más hacia él.

Ella sentía el olor de Robert, olor a limpio, a jabón; un olor cálido. El buen olor fundamental de un hombre civilizado que parecía innato en algún lugar de su sex.

—Qué rico perfume —dijo Robert, apoyando las manos de los dos sobre su pecho, cerca del hombro.

—Gracias.

Bailaron. Lentamente. Sin desplazarse mucho en ninguna dirección. Ella sentía las piernas de Robert contra las suyas, el estómago contra su estómago ocasionalmente.

Terminó la canción, pero él seguía abrazándola, tarareando la melodía que acababa de terminar, y así se quedaron hasta que comenzó la siguiente canción. El comenzó a bailar mecánicamente y la danza continuó mientras las langostas protestaban por la llegada de septiembre.

Francesca sentía los músculos del hombro de Robert a través de la liviana camisa de algodón. Robert era real, más real que cualquier cosa que hubiera conocido. El se inclinó ligeramente para apoyar la mejilla en la de ella.

Durante el tiempo que pasaron juntos, más de una vez Robert se describió a sí mismo como uno de los últimos cowboys. Estaban

sentados en el pasto, junto a la bomba, a los fondos de la casa. Francesca no entendió y le pidió que le explicara.

—Hay cierta raza humana que está obsoleta —dijo Robert—. O casi. El mundo se está organizando demasiado para mí y para otros. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Bien, mi equipo fotográfico está bastante bien organizado, es cierto, pero hablo de algo más que eso. Hablo de las reglas y las leyes y las convenciones sociales. Las jerarquías de la autoridad, las zonas de control, los planes a largo plazo y los presupuestos. El poder corporativo: "Confiemos en Bud". Un mundo de trajes arrugados y tarjetas de identificación en la solapa. No todos los hombres son iguales. A algunos les irá muy bien en el mundo del futuro. A otros, tal vez a unos pocos, no. Eso se ve en las computadoras y en los robots y en lo que representan. En el mundo antiguo había cosas que podíamos hacer, que estábamos destinados a hacer, que ninguna persona ni ninguna máquina salvo nosotros podía hacer. Corremos velozmente, somos fuertes y rápidos, agresivos y duros. Nos dieron coraje. Arrojan lanzas a gran distancia y luchamos en peleas cuerpo a cuerpo.

Algún día las computadoras y los robots dirigirán el mundo. Los seres humanos harán funcionar las máquinas, pero para eso no se requiere coraje ni fuerza ni otras características parecidas. En realidad los hombres hacen perdurar su utilidad más que ellos mismos. Sólo se necesitan bancos de esperma para que la especie se perpetúe, y ya los hay. La mayoría de los hombres son pésimos amantes, según dicen las mujeres, de manera que no se pierde mucho al reemplazar el sexo por la ciencia.

Estamos renunciando a los tiempos y las distancias sin límites, organizándonos, acolchando nuestras emociones. Eficiencia y efectividad y todas esas otras piezas del artificio intelectual. Y, con la pérdida de esa libertad, el cowboy desaparece junto con el león de la montaña y el lobo gris. No queda mucho lugar para los viajeros.

Yo soy uno de los últimos cowboys. Mi trabajo me brinda distancia y tiempo libres de cierto tipo; todo lo que es posible encontrar hoy. No estoy triste por eso. Tal vez siento nostalgia, supongo. Pero tiene que suceder; será la única forma en que nos salvemos de destruirnos a nosotros mismos. Lo que creo es que las hormonas masculinas son la causa última de los problemas de este planeta. Una cosa era dominar a una tribu o a otro guerrero. Es muy distinto tener misiles. También es muy distinto tener el poder de

destruir el medio ambiente en la forma en que lo hacemos. Rachel Carson tiene razón. Lo mismo que John Muir y Aldo Leopold.

La maldición de los tiempos modernos es la preponderancia de las hormonas masculinas en lugares donde pueden hacer daño a largo plazo. Aunque no hablemos de guerra entre naciones o asaltos a la naturaleza, sigue existiendo esa agresividad que nos mantiene apartados los unos de los otros, y apartados de los problemas en los que necesitamos trabajar. De alguna manera tenemos que sublimar esas hormonas masculinas, o al menos ponerlas bajo control.

Probablemente es hora de guardar las cosas de la infancia y crecer. Carajo, lo reconozco. Lo admito. Sólo trato de tomar algunas buenas fotos y dejar la vida antes de estar demasiado obsoleto o hacer algún daño importante.

A través de los años Francesca había pensado en esas palabras de Robert. En cierto modo le parecían bien, superficialmente. Sin embargo las actitudes de Robert contradecían sus palabras, Tenía una cierta agresividad impulsiva, pero parecía poder controlarla, encenderla y apagarla cuando quería. Y eso era lo que a la vez confundía y atraía a Francesca... esa increíble intensidad, pero controlada, medida, esa intensidad como una flecha que se mezclaba con la calidez y sin rastros de maldad.

Ese martes a la noche, gradualmente y sin proponérselo, se acercaron cada vez más, bailando en la cocina. El la oprimía contra su pecho, y Francesca se preguntaba si sentiría sus pechos a través del vestido y de la camisa, y estaba segura de que sí.

Le gustaba tanto sentirlo cerca. Quería que eso durara eternamente. Más viejas canciones, más baile, más contacto de su cuerpo con el de él. Volvía a ser una mujer. Otra vez había un lugar para bailar. Lentamente pero sin vacilaciones Francesca volvía a casa, un lugar donde nunca había estado.

Ahora él la invadía. Y ella a él. Apartó la mejilla de la de él, lo miró con sus ojos oscuros y él la besó, y ella le devolvió el beso, beso suave y largo, cantidades de besos.

Dejaron de fingir que bailaban y ella le rodeó el cuello con sus brazos. La mano izquierda de Robert se apoyaba en la parte de atrás de la cintura de Francesca, la otra le acariciaba el cuello, la mejilla y los cabellos. Thomas Wolfe hablaba del "fantasma de la vieja ansiedad". El fantasma se había despertado en Francesca Johnson. En los dos.

Sentada junto a la ventana el día en que cumplía sesenta y siete años Francesca miraba la lluvia y recordaba. Llevó el brandy a la

cocina y se detuvo un momento, mirando el punto exacto en que habían estado parados los dos. Las sensaciones en su interior eran avasalladoras, como siempre. Tan fuertes que a través de los años sólo se había atrevido a hacer la evocación en detalle una vez por año porque de otro modo se le desintegraría la mente con esa tremenda fuerza emocional.

Para sobrevivir había tenido que abstenerse de recordar. Aunque en los últimos años los detalles la asaltaban cada vez con mayor frecuencia. Ya no trataba de impedir que Robert volviera a ella. Las imágenes eran claras, reales y presentes. Y de tanto tiempo atrás. Veintidós años. Pero lentamente volvían a ser su realidad, la única en la que le importaba vivir.

Sabía que tenía sesenta y siete años y lo aceptaba, pero no podía imaginar que Robert Kincaid tuviera cerca de sesenta y cinco. No podía pensarlo, no podía concebirlo, ni siquiera concebir que pudiera concebirlo. El estaba con ella, allí, en la cocina, con la camisa blanca, los largos cabellos grises, los pantalones caqui, las sandalias marrones, la pulsera de plata y la cadena de plata alrededor del cuello. El estaba allí, abrazándola.

Finalmente ella se apartó y le tomó la mano, lo llevó al piso alto, pasaron por el cuarto de Carolyn, por el de Michael y entraron en la habitación de Francesca. Sólo encendió un pequeño velador en la mesa de noche.

Ahora, tantos años después, Francesca subió lentamente la escalera con la botella de brandy, el brazo derecho colgando hacia atrás para evocar la memoria de él que la seguía, también por el corredor hasta el dormitorio.

Las imágenes físicas inscriptas en la mente de Francesca eran tan claras que podrían haber sido fotografías cortadas con navaja. Recordaba la secuencia onírica de ropas que se quitaban, y los dos desnudos en la cama. Recordaba a Robert sosteniéndose encima de ella, avanzando lentamente el pecho contra su vientre y sobre sus pechos. Lo había hecho una y otra vez, como un ritual de cortejo animal tomado de un viejo libro de zoología. Se movía sobre su cuerpo besando alternativamente sus labios, sus orejas, pasándole la lengua por el cuello, lamiéndola como un bello leopardo en los pastos altos de la sabana.

Era un animal. Un animal elegante, duro, macho, que no hacía nada manifiesto por dominarla, pero que la dominaba completamente, en la forma exacta en la que ella deseaba que sucediera en ese momento.

Pero algo que iba más allá de lo físico, a pesar de que el hecho de que él pudiera hacer el amor durante tanto tiempo sin cansarse era parte del asunto. Amarlo (ahora, después de pensar tanto acerca de ello a lo largo de dos décadas) era un asunto espiritual. Espiritual, pero no vulgar.

Mientras hacían el amor ella se lo había susurrado, captándolo en una sola frase: "Robert, eres tan fuerte que me da miedo". Él era físicamente poderoso, pero usaba cuidadosamente su fuerza. Sin embargo era algo más que eso.

El sexo era una cosa. Durante el tiempo en que se vieron ella anticipaba, o al menos percibía la posibilidad de algo placentero, una ruptura de la monotonía de la rutina. No había contado con la curiosa fuerza de Robert.

Era casi como si hubiera tomado posesión de ella en todas sus dimensiones. Eso era lo que le daba miedo. Al principio no dudaba de que una parte de ella podía permanecer libre de cualquier cosa que hicieran ella y Robert; era la parte que pertenecía a su familia y a su vida en Madison County.

Pero él simplemente se apropió de todo. Francesca debería haberlo sabido en el momento en que él bajó del camión a pedir indicaciones. Entonces le pareció un chamán, y ese juicio original fue correcto.

Hacían el amor durante una hora, a veces más, luego él se apartaba lentamente y la miraba, encendiendo un cigarrillo y otro para ella. O bien simplemente se quedaba tendido a su lado, siempre con una mano moviéndose sobre su cuerpo. Después volvía a penetrarla, susurrando suavemente en su oído mientras la amaba, besándola entre una y otra frase, entre una y otra palabra, rodeándole la cintura con el brazo, atrayéndola hacia él, entrando en ella.

Y ella empezaba a perder la conciencia, a respirar pesadamente, a dejarlo que la llevara adonde él vivía, y vivía en lugares extraños, embrujados, muy atrás en los caminos de la lógica de Darwin.

Con la cara hundida en el cuello de Robert y la piel contra la de él, Francesca olía ríos y humo de leña, oía trenes de vapor que salían de estaciones invernales en noches de un pasado remoto, veía viajeros con vestiduras negras que avanzaban sin cesar por ríos congelados y praderas estivales, marchando hacia el fin de las cosas. El leopardo saltaba sobre ella, una y otra y otra y otra vez, como un largo viento campestre, y deslizándose sobre él ella cabalgaba en ese viento como

una virgen en un templo hacia los dulces fuegos obedientes que marcaban la suave curva del olvido.

Y ella murmuraba suavemente, sin aliento:

—Ay, Robert... Robert... me pierdo.

Ella, que desde hacía años no tenía orgasmos, los tenía ahora en largas secuencias con ese ser que era mitad hombre y mitad otra criatura. Francesca se preguntaba cómo él resistía tanto, y Robert le dijo que podía llegar a los orgasmos de la mente lo mismo que a los físicos, y que los orgasmos de la mente tenían un carácter especial.

Francesca no tenía idea de lo que queda decir. Sólo sabía que él le había puesto una atadura de algún tipo y la había apretado tanto alrededor de los dos que ella se habría sofocado a no ser por la liberación de sí misma que sentía.

La noche avanzaba y la gran danza en espiral continuaba. Robert Kincaid descartaba todo sentido de algo lineal y se desplazaba a una parte de sí mismo que sólo tenía que ver con la forma, el sonido y la sombra. Recorría los caminos de los viejos hábitos, encontrando su dirección a la luz de los reflejos del sol, que se dispersaba sobre el pasto del verano y las hojas rojas del otoño.

Y Robert oía las palabras que él mismo le susurraba a Francesca como si otra voz que no era la suya estuviera diciéndolas. Fragmentos de un poema de Rilke: "... alrededor de la antigua torre... giré en círculos durante mil años". La letra para un cántico al sol de los navajos. Le habló en susurros de las visiones que ella le traía... de la arena que volaba, los vientos de color fucsia y los pelícanos marrones que cabalgaban en el lomo de los delfines hacia el norte, por la costa de África.

Sonidos, pequeños sonidos ininteligibles salían de la boca de Francesca cuando se arqueaba hacia él. Pero era un lenguaje que él comprendía a la perfección, y en esa mujer que estaba debajo de él, el vientre contra el suyo, al penetrarla profundamente, terminaba la larga búsqueda de Robert Kincaid.

Ahora, por fin, descubría el significado de todas las pequeñas huellas en todas las playas desiertas por las que había caminado, y el de todas las cargas secretas que llevaban los barcos en que nunca había navegado, y el de todos los rostros velados que había visto pasar por calles sinuosas de ciudades crepusculares. Y, como le sucedería a un gran cazador de la antigüedad que hubiera viajado a enormes distancias y ahora viera el resplandor de la fogatas de su lugar natal, su soledad desapareció. Por fin. Por fin. Venía desde tan

lejos... desde tan lejos. Y estaba tendido sobre ella, perfectamente formado e inalterablemente completo en su amor por ella. Por fin.

Hacia el amanecer se incorporó ligeramente y dijo, mirándola a los ojos:

—Para esto estoy aquí, en este planeta, en este momento, Francesca. No para viajar ni para tomar fotos, sino para amarte. Ahora lo sé. He estado cayendo desde el borde de un sitio muy grande, muy alto, en algún lugar del pasado, durante más años que los que he vivido en esta vida. Durante todos esos años he estado cayendo hacia ti.

Cuando bajaron la radio todavía estaba encendida. Ya había amanecido, pero el sol se ocultaba tras una delgada capa de nubes.

—Francesca, quiero pedirte un favor. — Robert le sonrió mientras ella se atareaba con la cafetera.

—¿Sí? —Lo miró. Dios mío, cómo lo amo, pensó, sintiéndose trémula, deseándolo todavía más, sin descanso.

—Ponte los jeans y la remera que llevabas anoche, y unas sandalias. Nada más. Quiero hacer una foto tuya tal como estabas esta mañana. Una foto sólo para nosotros dos.

Francesca fue arriba, con las piernas flojas de haber rodeado con ellas el cuerpo de Robert toda la noche, se vistió y salió con él a la pradera. Allí había hecho la foto que ella miraba todos los años.

El camino y el peregrino

Robert Kincaid abandonó la fotografía los días siguientes. Y excepto las tareas domésticas, que cumplía en un mínimo, Francesca abandonó el trabajo en la granja. Los dos pasaron todo el tiempo juntos, charlando o haciendo el amor. Dos veces, cuando Francesca se lo pidió, Robert tocó la guitarra y cantó para ella, con una voz entre correcta y buena, un poco cohibida, como si le advirtiera que era su primera oyente.

Francesca iba con Robert en Harry al aeropuerto de Des Moines cuando él debía enviar película a Nueva York. Siempre mandaba los primeros rollos, cuando era posible, de manera que los editores vieran lo que estaba sacando y los técnicos controlaran que los obturadores de sus cámaras funcionaban bien.

Después la Llevaba a un restaurante elegante a almorzar y se tomaban de las manos sobre la mesa, mirándose con intensidad. El camarero sonreía al mirarlos, y deseaba sentir algún día eso que ellos sentían ahora.

Francesca se maravillaba de cómo percibía Robert que las cosas llegaban a su fin y la facilidad con que lo aceptaba. Veía la próxima muerte de los cowboys y de otros como ellos, incluido él mismo. Y ella empezó a entender lo que quería decir con eso de que estaba en el extremo de una rama de la evolución y que ese extremo era un punto final. Una vez, hablando de lo que él llamaba "las últimas cosas", susurró: "Nunca más", gritó el dueño del Alto Desierto. "Nunca, nunca, nunca más" No veía nada más allá de él en la rama. Su especie se extinguía.

El jueves hablaron por la tarde, después de hacer el amor. Los dos sabían que esa conversación debía tener lugar. Los dos habían tratado de evitarla.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Robert.

Ella guardó silencio, un silencio desgano. Luego dijo con suavidad:

—No lo sé.

—Mira, si tú quieres me quedaré aquí o en la ciudad o donde sea. Cuando tu familia vuelva a casa, simplemente hablaré con tu esposo y le explicaré cómo es esto. No será fácil, pero lo haré.

Ella negó con la cabeza.

—Richard jamás entendería; no piensa en estos términos. No entiende la magia ni la pasión ni todas esas cosas de las que nosotros hablamos y que experimentamos, y nunca entenderá. No por eso es un ser inferior. Son cosas que están demasiado lejos de todo lo que él ha sentido o pensado en su vida. No tiene forma de manejarlas.

—Entonces vamos a dejar que todo esto se pierda? —Robert estaba serio, no sonreía.

—No lo sé. Robert, en cierta extraña forma tú me posees. Yo deseaba que me poseyeran, no lo necesitaba, y sé que tú no te lo propusiste, pero eso es lo que ha sucedido. Ya no estoy sentada a tu lado, aquí en el pasto. Me tienes dentro de ti como una prisionera voluntaria.

Él replicó:

—No estoy seguro de que estés dentro de mí, o de que yo esté dentro de ti, o de que te posea. Al menos no deseo poseerte. Creo que los dos estamos dentro de otro ser que hemos creado y que se llama "nosotros"

—Bien, en realidad no estamos dentro de otro ser. Somos ese ser. Los dos nos hemos perdido a nosotros mismos y hemos creado otra cosa, algo que sólo existe como la unión entre los dos. Dios mío, estamos enamorados. De la manera más profunda que es posible enamorarse.

—Ven a viajar conmigo, Francesca. Eso no es problema. Haremos el amor en las arenas del desierto y beberemos brandy en los balcones de Mombasa, mirando izar las velas de los *dhow*s de Arabia con el primer viento de la mañana. Te mostraré el país de los leones y una vieja ciudad francesa en la Bahía de Bengala, donde hay un hermoso restaurante en una tenaza, y trenes que trepan por los pasos de las montañas y pequeñas hosterías de vascos en las alturas de los Pirineos. En una reserva de tigres en el sur de la India hay un lugar especial en una isla en el medio de un enorme lago. Si no te gusta viajar, abriré un local en cualquier parte y haré fotos del lugar o retratos o lo que sea para mantenemos.

—Robert, anoche, cuando hacíamos el amor, dijiste algo que todavía recuerdo. Yo murmuraba algo sobre tu fuerza... y, por Dios, esa fuerza la tienes. Dijiste: "Soy el camino y un peregrino y todas las velas que fueron al mar". Tenías razón. Eso es lo que sientes; sientes el camino dentro de ti. Más aún: de una manera que no puedo explicar, tú eres el camino. En la línea donde la ilusión se encuentra con la realidad, allí estás tú, allá en el camino, y el camino eres M. Tú eres esas viejas mochilas y un camión llamado Harry y los jets que

van a Asia. Y eso es lo que quiero que seas. Si tu rama evolutiva se está secando, como tú dices, entonces quiero que llegues a ese final a toda velocidad. No creo que puedas hacerlo conmigo. ¿No ves que te amo tanto que no podría restringirte un solo momento? Hacerlo significaría matar al magnífico animal salvaje que hay en ti, y la fuerza moriría con él.

El empezó a hablar, pero Francesca lo detuvo.

—Robert, no he terminado todavía. Si me levantarás en tus brazos y me llevarás a tu camión y me obligaras a ir contigo no murmuraría una queja. Eres demasiado sensible, percibes demasiado bien mis sentimientos como para hacerlo. Y yo tengo sentimientos de responsabilidad aquí. Si", en cierto modo es aburrido. Me refiero a mi vida. Le falta romance, erotismo, bailar en la cocina a la luz de las velas, y la maravillosa sensación de un hombre que sabe cómo amar a una mujer. Más que nada le faltas tú. Pero está este maldito sentido de la responsabilidad que tengo. Hacia Richard, hacia mis hijos. El solo hecho de que me fuera, de que faltarami presencia física sería suficientemente duro para Richard. Eso solo podría destruirlo.

Además de eso, y tal vez sería lo peor, tendría que vivir el resto de su vida con las murmuraciones de la gente de aquí. "Allá va Richard Johnson. Su mujer, esa italianita calentona, se escapó con un fotógrafo de pelo largo hace unos años." Richard tendría que sufrir eso, y los chicos oirían las burlas de Winterset todo el tiempo que vivieran aquí. También ellos sufrirían. Y me odiarían por ello.

por más que te desee y quiera estar contigo y ser parte tuya no puedo arrancarme a la realidad de mis responsabilidades. Si me obligas, física o mentalmente a irme contigo, como te dije antes, no podré luchar contra eso. No tendré fuerzas, si pienso en mis sentimientos por ti. A pesar de las razones para no lanzarme contigo al camino, iría por mis deseos egoístas.

Pero, por favor, no me hagas ir. No me hagas abandonar esto, mis responsabilidades. No puedo hacerlo y vivir pensando en ello. Si parto ahora, ese pensamiento me convertirá en una mujer diferente de la que has llegado a amar.

Robert Kincaid guardó silencio. Entendía lo que Francesca decía sobre el camino y las responsabilidades y cómo la culpa la transformaría. Sabía que tenía razón, en cierto modo. Miraba por la ventana, luchando consigo mismo, luchando por comprender los sentimientos de Francesca. Ella se echó a llorar.

Finalmente se abrazaron largo rato. Y él le susurró:

—Sólo tengo una cosa que decir, una sola; nunca volveré a decirle a nadie, y te pido que la recuerdes: en un universo de ambigüedad esta certeza viene una sola vez, y nunca más, no importa cuántas vidas le toque a uno vivir.

Esa noche volvieron a hacer el amor. Era jueves. Estuvieron juntos hasta el amanecer, tocándose y susurrando. Luego Francesca durmió un poco y, cuando se despertó, el sol estaba alto y ya calentaba mucho. Oyó chirriar la puerta de Harry y se puso apresuradamente algo de ropa.

Roben había hecho café y estaba sentado a la mesa de la cocina, fumando, cuando entró Francesca. Le sonrió. Ella fue hacia él y hundió la cara en su cuello, las manos en sus cabellos, mientras él le rodeaba la cintura con sus brazos. Robert la hizo sentar en su regazo.

Finalmente se puso de pie. Tenía puestos sus viejos jeans, los tiradores naranja sobre una camisa caqui limpia, las botas Red Wing bien anudadas, el cortaplumas múltiple del ejército suizo en el cinturón. Sobre el respaldo de la silla estaba su chaleco de fotógrafo; el cable sobresalía de un bolsillo. El cowboy estaba listo.

—Será mejor que vaya saliendo.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y comenzó a llorar. Vio las lágrimas en los ojos de Robert, pero él no abandonaba la sonrisa.

—¿Puedo escribirte de vez en cuando? Al menos quiero mandarte un par de fotos.

—Está bien —dijo Francesca, enjugándose los ojos con la toalla colgada en la puerta de la alacena—. Encontraré alguna excusa por recibir correspondencia de un fotógrafo hippie, siempre que no sea mucha.

—Tienes mi dirección y número de teléfono en Washington, ¿verdad? —Ella asintió.— Si no estoy allí, llama a las oficinas de la *National Geographic*. Te anotaré el número. —Lo escribió en el bloc junto al teléfono, arrancó la hoja y se la dio.— También encontrarás el número en la revista. Pide que te comuniquen con las oficinas de la editorial. La mayor parte del tiempo saben dónde estoy. Si quieres verme, o sólo hablarme, no vaciles. Llámame con pago revertido a cualquier lugar del mundo; así las comunicaciones no aparecerán en tu factura de teléfono. Yo estaré por aquí unos días más. Piensa en lo que te dije. Puedo quedarme aquí, arreglar el asunto en poco tiempo y luego partiríamos juntos hacia el noroeste.

Francesca no respondió. Sabía que era verdad que él podía arreglar el asunto en poco tiempo. Richard tenía cinco años menos que Robert, pero ni se le acercaba intelectualmente o físicamente.

Se puso el chaleco. Francesca tenía la cabeza vacía, se sentía mareada.

—No te vayas, Robert Kincaid —se oyó gritar desde las entrañas.

El le tomó la mano y salieron por la puerta del fondo hacia el camión. Robert abrió la puerta, apoyó el pie en el estribo, luego volvió a apoyarlo en el suelo y abrazó otra vez a Francesca durante varios minutos, sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Simplemente se quedaron allí, enviando, recibiendo, dejando el sello indeleble de uno en el otro. Reafirmando la existencia de ese ser especial del que habían hablado.

El la soltó, por último, subió al camión y se sentó al volante dejando la puerta abierta. Le corrían las lágrimas por las mejillas. También a Francesca. Lentamente Robert cerró la puerta con chirridos de las bisagras. Como de costumbre a Harry le costó arrancar, pero Francesca oyó la bota de Robert que pisaba el acelerador y el viejo camión cedió.

Robert puso marcha atrás y se quedó allí, con la mano en la palanca de cambios. Primero serio, después con una leve sonrisa. Señaló el sendero:

—Ya sabes, el camino. El mes que viene estaré en el sudeste de la India. ¿Quieres que te mande una postal?

Ella no podía hablar, pero hizo un gesto negativo con la cabeza. Para Richard sería demasiado encontrar eso en el buzón. Sabía que Robert comprendería. El asintió.

El camión retrocedió hasta el patio sobre la grava; las gallinas se dispersaron. Jack corrió a una hasta el galpón de las máquinas, ladrando.

Robert Kincaid saludó a Francesca sacando el brazo por la ventanilla del acompañante. Ella vio brillar el sol en su pulsera de plata. Los dos botones de arriba de su camisa estaban desprendidos.

Robert tomó el sendero. Francesca se enjugaba los ojos, trataba de ver, el sol creaba prismas extraños en sus lágrimas. Como había hecho en la noche del primer encuentro corrió hasta el comienzo del sendero y miró alejarse a la vieja pickup. Al final del sendero el camión se detuvo, se abrió la puerta y Robert bajó al estribo. La veía, cien metros más atrás, pequeña a la distancia.

Se quedó allí, junto a Harry que protestaba con el calor, y la miró. Ninguno de los dos se movía; ya se habían despedido. Sólo se miraban, la esposa del granjero de Iowa y el ser del extremo de la rama evolutiva, uno de los últimos cowboys. El se quedó allí treinta segundos, sin perderse nada con sus ojos de fotógrafo, construyendo la imagen de los dos, que jamás perdería.

Cerró la puerta, movió la palanca de cambios y lloraba otra vez cuando dobló a la izquierda y tomó la ruta a Winterset. Miró hacia atrás justo antes de que un montecillo de árboles en el borde noroeste de la granja le bloqueara la visión, y la vio sentada en el suelo con las piernas cruzadas al comienzo del sendero, con la cabeza entre las manos.

Richard y los chicos llegaron a primera hora de la noche con anécdotas de la feria y una cinta que había ganado el novillo antes de venderlo para ser sacrificado. Carolyn fue enseguida a hablar por teléfono. Era viernes; Michael llevó la camioneta pickup a la ciudad para esas cosas que hacen los chicos de diecisiete años los viernes a la noche. La mayoría pasean por la plaza y les hablan o les gritan a las chicas que pasan en los autos. Richard encendió el televisor y le dijo a Francesca que estaba muy bueno el pan de maíz que en ese momento comía con manteca y jarabe de arce.

Francesca estaba sentada en la hamaca del porche del frente. Richard salió después de terminar el programa de televisión, a las diez. Se estiró y dijo:

—Es bueno estar en casa otra vez. —Y luego, mirándola: —¿Tú estás bien, Frannie? Pareces un poco cansada o distraída o no sé qué...

—Sí, estoy bien, Richard. Me alegro de que estés de vuelta, y bien.

—Bueno, me voy a la cama. Fue una semana larga en la feria, y estoy agotado.

¿Vienes, Frannie?

—Dentro de un rato. Está agradable aquí afuera, así que me quedo un poco más. — Estaba cansada, pero además temía que a Richard se le ocurriera tener una relación sexual. No estaba en condiciones de soportarlo esa noche.

Lo oyó caminar dentro del dormitorio, encima del lugar donde ella se hamacaba en la mecedora con los pies descalzos. Desde el fondo de la casa oía la radio de Carolyn.

Evitó ir a la ciudad los días siguientes porque sabía que Robert Kincaid estaba a sólo unos kilómetros de distancia. Realmente no estaba segura de poder contenerse si lo veía. Podía correr hacia él gritando "¡Ahora! ¡Vámonos ahora!" Había desafiado el riesgo de verlo en Cedar Bridge; ahora era demasiado peligroso volver a verlo.

El martes siguiente la alacena se estaba quedando vacía y Richard necesitaba un repuesto para la cosechadora de granos que estaba reparando. Había nubes bajas, llovía constantemente en medio de una ligera niebla, y estaba fresco para ser agosto.

Richard compró el repuesto y tomó un café con los otros hombres en el bar mientras Francesca iba al supermercado. Sabía cuánto tardaría y estaba esperándola frente al Super Value cuando terminó. Bajó de un salto, con su gorra Allis—Chalmers y la ayudó a cargar los paquetes en la pickup Ford, en el asiento y en el piso. Ella pensaba en trípodes y mochilas.

"Tengo que volver un momento al negocio de repuestos. Me olvidé de una pieza que puedo necesitar."

Fueron hacia el norte por la ruta 169, que era la calle principal de Winterset. Cien metros más allá de la estación Texaco vio a Robert que salía de la estación con los limpiaparabrisas en funcionamiento y se alejaba por el camino.

Les tocó colocarse precisamente detrás de la vieja pickup. Desde su asiento alto en la Ford, Francesca vio un bulto envuelto en tela plástica que revelaba los contornos de una maleta y un estuche de guitarra, junto a la rueda de auxilio. El vidrio de atrás estaba mojado por la lluvia, pero se veía parte de la cabeza de Robert. El se inclinó como para buscar algo en la guantera; ocho días atrás, al hacer eso mismo, le había rozado la pierna con el brazo. Una semana atrás ella estaba en Des Moines comprando un vestido rosa.

—Ese camión viene de lejos —comentó Richard—. Del estado de Washington. Parece que lo conduce una mujer; al menos tiene pelo muy largo. Pero, ahora que lo pienso, debe de ser ese fotógrafo del que hablaban en el bar.

Siguieron a Robert Kincaid unos cientos de metros hacia el norte, donde la 169 cruza la 92 que va de este a oeste. Era una parada de cuatro manos, con mucho tránsito en todas direcciones, complicado por la lluvia, y ahora la niebla era más espesa.

Estuvieron allí detenidos unos veinte segundos. Robert estaba adelante a menos de diez metros de Francesca. Todavía podía hacerlo. Saltar de la Ford y correr hacia la puerta derecha de la pickup de Robert, trepar sobre las mochilas, la heladera y los trípodes.

Desde que Robert partió el viernes anterior Francesca se había dado cuenta de que, a pesar de todo lo que él le importaba entonces, había subestimado mucho sus propios sentimientos. No parecía posible, pero era así. Comenzaba a entender lo que él ya había comprendido.

Pero allí se quedaba, paralizada por sus responsabilidades, mirando ese vidrio *de la* parte de atrás de la camioneta con más intensidad con la que hubiera mirado ninguna otra cosa en su vida. Se encendió la luz trasera izquierda de Harry. Un momento más y Harry habría desaparecido, llevándose a Robert. Richard sintonizaba la radio de la Ford.

Por alguna travesura de la mente Francesca empezó a ver las cosas como con cámara lenta. A Robert le llegó el turno y muy, muy lentamente, Harry se acercó a la intersección. Francesca visualizaba las largas piernas de Robert trabajando con el embriague y el acelerador, los músculos del antebrazo derecho tensándose al hacer los cambios. Ahora la camioneta entraba en la 92 hacia Council Bluffs, las Black Hills y el noroeste... lentamente... Dio la vuelta y pasó el cruce, enfilando hacia el oeste.

A través de las lágrimas, la lluvia y la niebla, Francesca apenas veía la inscripción descolorida hecha con pintura roja en la puerta: "Kincaid, Fotografía — Bellingham, Washington."

El había bajado la ventanilla para mejorar la mala visibilidad al doblar. Dio la vuelta a la esquina y Francesca vio sus cabellos al viento cuando aceleró por la 92 hacia el oeste, mientras subía el vidrio.

"¡Ay, Dios mío, ay Dios querido... No!" Las palabras resonaban dentro de ella. "Me equivoqué, Robert, me equivoqué al quedarme... pero no puedo irme... quiero decírtelo otra vez... decirte por qué no puedo irme... dime tú otra vez por qué debo irme."

Y oyó la voz de él que regresaba por la ruta: "En un universo de ambigüedad, este tipo de certidumbre llega una sola vez, y nunca más, no importa cuántas vidas hayas de vivir".

Richard pasó el cruce hacia el norte. Por un instante Francesca miró las Luces traseras rojas de Harry que se alejaban en la niebla y la lluvia. La vieja pickup Chevy parecía pequeña junto a un gigantesco camión con acoplado que avanzaba rugiendo hacia Winterset, bañando con una ola de agua al último cowboy.

—Adiós, Robert Kincaid —sollozó Francesca, y se echó a llorar sin disimulo. Richard la miró.

—¿Qué pasa, Frannie? Por favor, dime qué te pasa.

—Richard, necesito un poco de tiempo para mí. Estaré bien en unos minutos. — Richard sintonizó el noticiario ganadero de las doce, miró a Francesca y meneó la cabeza.

Cenizas

Ya era de noche en Madison County. En el año 1987, el día que Francesca cumplía sesenta y siete años. Hacía dos horas que se había acostado. Veía, tocaba, olía y oía todo lo sucedido veintidós años atrás.

Había recordado y había vuelto a recordar. La imagen de esas luces rojas que avanzaban hacia el oeste por la 92 la perseguía desde hacía dos décadas. Se tocó los pechos y sintió tensarse los músculos de Robert sobre ellos. Dios, cómo lo había amado. Lo había amado entonces más de lo que le parecía posible, y ahora lo amaba todavía más. Habría hecho cualquier cosa por él menos destruir su familia, y destruirlo tal vez también a él.

Bajó la escalera y se sentó ante la vieja mesa de la cocina con tapa de fónica amarilla. Richard había insistido en comprar una nueva, pero Francesca a su vez pidió que conservaran la vieja en un galpón, y la envolvió cuidadosamente en plástico antes de guardarla.

"De todos modos no sé por qué le tienes tanto apego a esta vieja mesa", protestó él mientras la ayudaba a moverla. Cuando Richard murió Michael volvió a llevarla a la casa a pedido de su madre y nunca le preguntó por qué la quería en lugar de la nueva. Sólo la miró con aire inquisitivo, pero Francesca no dijo nada.

Ahora estaba sentada ante esa mesa. Luego fue hasta el armario y sacó dos velas blancas con pequeños candelabros de bronce. Las encendió y puso la radio, moviendo lentamente el dial hasta encontrar música suave.

Se quedó de pie junto a la piletta largo rato, con la cabeza levemente hacia arriba, mirándolo a la cara, y susurró: "Te recuerdo, Robert Kincaid. Tal vez el Gran Amo del Desierto tuviera razón. Tal vez fuiste el último. Tal vez todos los cowboys están ya ahora cerca de su extinción."

Antes de la muerte de Richard nunca se había atrevido a llamar a Kincaid, ni siquiera a escribirle, aunque durante años había estado en el filo de la navaja. Si le hablara una sola vez más se iría con él. Si le escribiera, sabía que él vendría a buscarla. Porque estaban muy cerca. A lo largo de los años Robert nunca volvió a llamar ni a escribir, después de enviarle el único paquete con las fotos y el manuscrito. Francesca sabía que él conocía sus sentimientos y las complicaciones que podía provocar en su vida.

Se suscribió a la *National Geographic* en septiembre de 1965. El artículo sobre los puentes cubiertos apareció al año siguiente: allí estaba Roseman Bridge en la primera luz cálida de la mañana, cuando Robert encontró su nota. La tapa era una foto de Robert en un tiro de caballos que arrastraban una carreta hacia Hogback Bridge. También había escrito el artículo.

En la contratapa se mencionaba a los autores de las notas y a los fotógrafos, y de vez en cuando aparecían fotos. A veces estaba Robert. Los mismos largos cabellos plateados, la pulsera, los jeans o los pantalones caqui, las cámaras colgando de sus hombros, las venas marcadas en los brazos. En el Kalahari, en los muros de Jaipur en la India, en una canoa en Guatemala, en el norte de Canadá. El camino y el cowboy.

Francesca las recortaba y las guardaba en el sobre marrón junto con el artículo sobre los puentes cubiertos, el manuscrito, las dos fotografías y la carta. Guardaba el sobre bajo la ropa interior en un cajón de la cómoda, un lugar donde Richard nunca buscada nada. Y como una observadora distante que lo siguiera a través de los años, veía envejecer a Robert Kincaid.

La sonrisa seguía allí, también el cuerpo flaco, con sus buenos músculos. Pero Francesca vela el paso de los años en las líneas alrededor de los ojos, en los fuertes hombros ligeramente encorvados, los contornos de la cara más sumidos. Lo veía. Había estudiado ese cuerpo con más detenimiento que cualquier otra cosa en su vida, más que el suyo propio. Y las señales de la edad hacían que lo deseara aún más, si era posible. Sospechaba, o más bien sabía, que él estaba solo. Y así era.

A la luz de las velas sobre la mesa estudió los recortes. Él la miraba desde lugares lejanos. Apareció la foto especial de un número de 1967. Robert estaba junto a un río en el Este de África, frente a la cámara y cerca de ella, en cuclillas, preparándose para tomar una foto.

Cuando, años antes, Francesca miró por primera vez ese recorte, vio la cadena de plata con una medallita que él llevaba colgada al cuello. Michael estaba ausente, estudiando en la universidad; cuando Richard y Carolyn se acostaron Francesca fue a buscar la poderosa lupa que Michael usaba cuando era más chico para su colección de estampillas y la acercó a la foto.

—Dios mío —dijo casi sin aliento. El medallón decía "Francesca". Una única pequeña indiscreción, que ella le perdonó sonriendo. En

todas las fotos posteriores aparecía el medallón en la cadena de plata.

Después de 1975 nunca volvió a verlo en la revista. Tampoco volvió a aparecer su firma. Buscó en todos los números, pero no encontró nada. Ese año Robert cumpliría sesenta y dos.

Cuando murió Richard en 1979, después del funeral, cuando los hijos ya habían vuelto a sus hogares, Francesca pensó en llamar a Robert Kincaid. El tendría sesenta y seis años; ella tenía cincuenta y nueve. Todavía había tiempo, a pesar de la pérdida de catorce años. Lo pensó mucho durante una semana y finalmente buscó el número en su libreta y lo llamó.

Sintió que se le paraba la respiración cuando empezó a sonar el teléfono. Oyó que levantaban el receptor y estuvo a punto de colgar. Una voz de mujer dijo: "Seguros McGregor". Francesca se desmoronó, pero se recuperó lo suficiente como para preguntar a la secretaria si había discado el número correcto. Le respondieron que sí. Francesca agradeció y cortó.

Después probó con la operadora de informaciones de Bellingham, Washington. Nada en la guía telefónica. Probó en Seattle. Nada. Luego en las oficinas de la Cámara de Comercio de Bellingham y en Seattle. Pidió que buscaran en las guías telefónicas de cada ciudad. Lo hicieron, y no figuraba Robert Kincaid. "Puede estar en cualquier parte", pensó Francesca.

Recordó la revista; él le había dicho que lo llamara allí. La recepcionista fue cortés, pero era nueva y tuvo que buscar a alguien que la ayudara con el pedido. El llamado de Francesca fue transferido tres veces hasta que la comunicaron con un editor asociado que estaba en la revista desde hacía veinte años. Francesca le preguntó sobre Robert Kincaid. Por supuesto el editor lo recordaba.

—Está tratando de ubicarlo, eh? Era un estupendo fotógrafo. Era un poco quisquilloso, no en el mal sentido: era persistente. Le importaba el arte por el arte mismo, y eso no funciona muy bien con nuestros lectores. Nuestros lectores quieren buenas fotos, fotos bien hechas pero nada demasiado audaz. Siempre decíamos que Kincaid era un poco extraño; ninguno de nosotros lo conocía fuera del trabajo. Pero era muy positivo. Podíamos mandarlo a cualquier parte y él hacía el trabajo, aunque disintiera con nuestras decisiones editoriales la mayoría de las veces. En cuanto a dónde puede estar ahora, he estado revisando los ficheros mientras hablábamos. Dejó la revista en 1975. La dirección y el número de teléfono que tengo aquí... —Leyó los mismos datos que tenía Francesca. Después de eso

Francesca abandonó el intento, un poco por miedo de lo que podría descubrir.

Siguió sin rumbo fijo, permitiéndose pensar cada vez más en Robert Kincaid. Todavía manejaba bien, y varias veces por año iba a Des Moines a almorzar en el restaurante donde él la había llevado. En uno de esos viajes compró un cuaderno con tapas de cuero. Y en esas páginas comenzó a escribir con su letra clara los detalles de sus amores con él y sus pensamientos acerca de él. Tuvo que llenar tres de esos cuadernos antes de considerar terminada la tarea.

Winterset mejoraba. Había un activo círculo de arte, compuesto en su mayor parte por mujeres y desde hacía algunos años se hablaba de restaurar los viejos puentes.

Gente joven e interesante construía casas en las colinas. Las costumbres ya no eran tan rígidas, nadie se quedaba mirando a los que llevaban el pelo largo, aunque todavía pocos hombres usaban sandalias y los poetas eran escasos.

Sin embargo, excepto algunas amigas, Francesca se apartó completamente de la comunidad. La gente lo comentaba, y también que se la veía muy a menudo de pie junto a Roseman Bridge y a veces junto a Cedar Bridge. Las personas de edad a veces se vuelven raras, decían, y se contentaban con esa explicación.

El 2 de febrero de 1982 un camión de encomiendas del United Parcel Service entró en su sendero. Ella no había encargado nada, y se asombró. Firmó al recibir el paquete y miró la dirección. "Francesca Johnson, RR2, Winterset, Iowa 50273". El remitente era un estudio de abogados de Seattle.

El paquete estaba prolijamente cerrado y llevaba seguro extra. Francesca lo puso en la mesa de la cocina y lo abrió con cuidado. Contenía tres cajas, bien envueltas en plástico grueso. Sobre una de ellas había un pequeño sobre acolchado. Sobre otra, un sobre comercial dirigido a ella, con remitente del estudio de abogados.

Retiró la cinta engomada del sobre y lo abrió, temblando.

25 de enero de 1982

Sra. Francesca Johnson RR2

Winterset, IA., 50273

Estimada señora Johnson:

Representamos el patrimonio de Robert L. Kincaid, recientemente fallecido.

Francesca dejó la carta en la mesa. Afuera volaba la nieve sobre los campos invernales. Francesca la vio azotar los rastrojos, arrancar espigas, apiladas en un ángulo del alambrado. Leyó una vez más las palabras:

"Representamos el patrimonio de Robert L. Kincaid, recientemente fallecido..."

—Ay, Robert, Robert, no... —dijo suavemente Francesca, y agachó la cabeza.

Una hora después pudo seguir leyendo. El lenguaje llano de la ley, la precisión de las palabras la enfurecían. *"Representamos..."* Un abogado que llevaba a cabo sus obligaciones con un cliente.

Pero la fuerza, el leopardo que cabalgaba en la cola de un corneta, el chamán que buscaba Roseman Bridge en un caluroso día de agosto. El hombre parado en el estribo de un camión llamado Harry que se volvía para verla morir en el polvo de un sendero de campo en Iowa... dónde estaba él en esas palabras?

La carta debía haber sido de mil páginas. Debía haber hablado del final de las cadenas evolutivas y de la pérdida de las grandes extensiones, de los cowboys que pugnaban por pasar el alambrado, como las cáscaras de trigo en invierno.

...El único testamento que dejó data del ocho de Julio de 1967, donde explicita sus instrucciones para que se le envíen a usted los objetos adjuntos. Si no pudiéramos encontrarla, deberíamos incinerar los objetos.

Dentro de la caja señalada con la palabra "Carta" hay un mensaje que él dejó para usted en 1978. Selló el sobre, que no ha sido abierto.

Los restos del señor Kincaid fueron cremados. A pedido suyo no hay indicación alguna del lugar donde se encuentran. A pedido suyo sus cenizas fueron esparcidas cerca de su casa, señora, por un asociado nuestro. Creo que la localidad se llamaba Roseman Bridge.

Si podemos serle útiles en cualquier sentido, por favor no vacile en comunicarse con nosotros.

La saluda atentamente

Allen B. Quippen. abogado.

Francesca ahogó un gemido, volvió a secarse los ojos y comenzó a examinar el resto del contenido de la caja.

Sabía lo que había en el pequeño sobre acolchado. Lo sabía con la seguridad con que sabía que después del invierno volvería a llegar la primavera. Lo abrió cuidadosamente y buscó adentro. Sacó la cadena de plata. El medallón tenía rayaduras y decía "Francesca". En la parte posterior, grabado en letras diminutas, decía: "Quien lo encuentre, por favor, envíelo a Francesca Johnson, RR2, Winterset, Iowa, USA".

La pulsera de plata de Robert estaba envuelta en papel de seda en el fondo del sobre. Junto con la pulsera había una hoja de papel. Decía: "*Si quieres cenar otra vez `cuando las mariposas nocturnas estén en vuelo', vuelve esta noche cuando hayas terminado*". La nota de Roseman Bridge. Hasta eso había guardado entre sus recuerdos.

Entonces recordó que esa nota era lo único que él tenía de ella, la única evidencia de que ella existía, aparte de las huidizas imágenes fotográficas en lento deterioro. La notita de Roseman Bridge. Estaba manchada y ajada, como si la hubiera llevado largo tiempo en la billetera.

Francesca se preguntó cuántas veces la habría leído a lo largo de esos años, lejos de las colinas que bordeaban Middle River. Imaginaba a Robert leyendo la nota a la escasa luz de una lámpara en un jet sin escalas a quién sabe dónde, sentado en el suelo en una cabaña de bambú en el país de los tigres; leyéndola a la luz de la linterna, doblándola y guardándola en una lluviosa noche de Bellingham, luego mirando las fotografías de una mujer apoyada en un cerco una mañana de verano, o bajando de un puente cubierto en el atardecer.

Las tres cajas contenían una cámara con un lente. Estaban *rayadas*, deterioradas. Al dar vuelta una de ellas se leía "Nikon" en el visor, y justo en la `parte superior izquierda de la etiqueta la letra "F". Era la cámara que ella le había entregado en Cedar Bridge.

Finalmente Francesca abrió la carta de Robert. Estaba escrita a mano en su papel con fecha 16 de agosto de 1978.

Querida Francesca:

Espero que te encuentres bien. No sé cuándo recibirás esta carta. Algún tiempo después de mi partida. Tengo sesenta y cinco años, y hoy hace trece que nos conocimos, cuando entré en tu sendero para pedir indicaciones.

Espero que este paquete no perturbe tu vida en modo alguno. No podría soportar pensar que las cámaras queden en estuches gastados en algún negocio de segunda mano, o en poder de un desconocido. Estarán bastante estropeadas cuando te lleguen. Pero no tengo a quien dejárselas, y te ruego que me perdones por ponerte en riesgo enviándotelas.

Entre 1965 y 1975 estuve casi todo el tiempo viajando. Para alejar la tentación de llamarte o ir a verte, una tentación que tengo virtualmente en todos mis momentos de vigilia. Acepté todas las misiones que pude fuera del país. A veces, muchas veces, me dije: "Al diablo, me voy a Winterset. Iowa, y me llevo a Francesca conmigo a cualquier costo".

Pero recuerdo tus palabras, y respeto tus sentimientos. Tal vez tengas razón; no lo sé. Lo que sé es que salir de tu sendero esa calurosa mariana de un viernes fue lo más duro que me tocó hacer en la vida. En realidad dudo de que muchos hombres hayan hecho jamás algo tan difícil.

Dejé la National Geographic en 1975 y dediqué el resto de mis arios de fotógrafo a cosas elegidas por mí, haciendo algún trabajo donde lo encontraba, temas locales o regionales que sólo me obligan a estar afuera por unos días cada vez. Desde el punto de vista financiero es duro, pero me las arreglo. Siempre me las he arreglado.

Gran parte de mi trabajo gira alrededor de Puget Sound, y eso me gusta. Parece que cuando los hombres envejecen se acercan al agua.

Ahora tengo un perro, un perdiguero dorado. Lo llamo "Camino", y viaja conmigo casi todo el tiempo, sacando la cabeza por la ventanilla, buscando buenas presas.

En el setenta y dos me caí de un acantilado en Maine, en el parque nacional de Acadia, y me fracturé un tobillo. Con la caída se rompieron la cadena y el medallón. Afortunadamente cayeron cerca. Los encontré y mandé repararla cadena a un joyero.

Vivo con el corazón cubierto de polvo. Esa es la mejor manera en que puedo expresarlo. Hubo mujeres antes de ti, algunas, pero después de ti ninguna. No hice ningún voto de celibato; sencillamente no me interesan.

Una vez vi un ganso en Canadá a quien unos cazadores le habían matado la pareja. Sabes que se aparean para toda la vida. El ganso anduvo en círculos alrededor del estanque durante muchos días después de lo sucedido. Cuando lo vi por última vez nadaba solo en medio del arroz silvestre, siempre buscando. Supongo que la

analogía es demasiado obvia para el gusto literario, pero es así como me siento.

En mi imaginación, en mañanas neblinosas o en tardes en que el sol se pone sobre las aguas al noroeste, trato de pensar qué puede ser de tu vida y qué estarás haciendo mientras pienso en ti. Nada complicado... salir al jardín, sentarte en la hamaca del porche, estar de pie ante la pileta de la cocina. Cosas así.

Recuerdo todo. Tu olor, tu sabor de verano. La sensación de tu piel contra la mía, tus susurros cuando te amaba.

Una vez Robert Penn Warren usó esta frase: "... un mundo que parece abandonado de Dios...". No está mal, se parece bastante a lo que siento a veces. Pero no puedo vivir siempre así. Cuando esos sentimientos se hacen demasiado intensos, cargo las cosas en Harry y me voy de viaje por unos días con Camino.

No me gusta tenerme lástima. No soy de esa clase de hombre. Y la mayor parte del tiempo no me siento así. En cambio me siento agradecido por haberte encontrado. Podríamos haber pasado uno junto al otro sin percibirnos, como dos porciones de polvo cósmico.

Dios o el universo, o lo que uno elija para nombrar los grandes sistemas de equilibrio y orden, no reconoce el tiempo terrestre. Para el universo, cuatro días no es distinto de cuatro mil millones de años luz. Yo trato de tenerlo siempre presente.

Pero, al fin y al cabo, no soy más que un hombre..Y todas las elucubraciones filosóficas que puedo conjurar no me salvan de desearte, todos los días, a cada momento ni del despiadado gemido del tiempo, el tiempo que nunca puedo pasar contigo, dentro de mi cabeza.

Te amo profundamente, totalmente. Y será siempre así.

El Ultimo cowboy, Robert

P.S.: El verano pasado le puse un motor nuevo a Harry. Anda muy bien.

El paquete había llegado cinco días antes. Y mirar el contenido se había convertido en uno de los rituales de cumpleaños de Francesca. Tenía las cámaras, la pulsera y la cadena con el medallón en un compartimiento especial del placard. Un carpintero local había construido, según el diseño de Francesca, una caja de madera de nogal, con protección para el polvo y partes acolchadas en el interior. "Muy bonita la caja", dijo el carpintero. Francesca se limitó a sonreír.

La última parte del ritual era el manuscrito. Siempre lo leía a la luz de las velas, al final del día. Lo llevaba del living a la cocina y lo colocaba cuidadosamente sobre la formica amarilla, cerca de una de las velas, encendía su único cigarrillo del año, un Camel, bebía un sorbo de brandy y empezaba a leer.

La caída desde la dimensión Z

ROBERT KINCAID

Hay antiguos vientos que todavía no comprendo, aunque ahora me parece que siempre he cabalgado sobre su lomo. Me muevo en la Dimensión Z; el mundo pasa por otro lugar, en otro plano de las cosas, paralelo a mí. Como si, con las manos en los bolsillos e inclinándome un poco hacia adelante, lo viera en el interior de una vidriera de una gran tienda.

En la Dimensión Z hay momentos extraños. Tomando una curva larga y lluviosa en Nueva México, al oeste de Magdalena, la ruta lleva a un sendero y el sendero a una senda para animales. Un movimiento del limpiaparabrisas y la senda se transforma en un bosque en el que nadie ha entrado nunca. Otra vuelta del limpiaparabrisas, y otra vez algo, más atrás. Esta vez es una vasta zona helada. Avanzo a través de los pastos cortos, con el cabello enmarañado y una lanza, delgado y duro como el hielo mismo, todo músculo e implacable astucia. Más allá del hielo, siempre mucho más atrás en la medida de las cosas, están las profundas aguas saladas en las que nado, cubierto de agallas y escamas. No veo nada más, sólo que más allá del plancton está el dígito cero.

Euclides no siempre tenía razón. Pensaba que las paralelas continuaban en forma constante hasta el final de las cosas, pero también es posible un modo de vida no euclidiano en que las paralelas se tocan, allá, muy lejos. Un punto en el que todo desaparece. La ilusión de la convergencia.

Pero sé que es más que una ilusión. A veces es posible la unión, la fusión de una realidad con otra. Una especie de suave enlazado. Sin intersecciones nítidas. En un mundo de precisión, sin el murmullo de la lanzadera. Sólo... sólo la respiración. Sí, así suena, y así se siente también. La respiración.

Y me muevo lentamente por encima de esta otra realidad, y junto a ella, y debajo y alrededor de ella, siempre con fuerza, siempre con potencia, y sin embargo siempre entregándome a ella. Y el otro ser percibe, se acerca con su propia potencia, y a su vez se entrega a mí.

En algún lugar, dentro de la respiración, suena la música, y entonces empieza la curiosa danza en espiral, con un ritmo propio que atempera al hombre del hielo con la lanza y el cabello desordenado. Y lentamente, girando y rodando en adagio, siempre

en adagio, el hombre de hielo cae... desde la Dimensión Z... y dentro de ella.

Al final del día en que cumplía sesenta y siete años, cuando paró la lluvia, Francesca puso el sobre marión en el cajón de abajo del escritorio con tapa corrediza. Después de la muerte de Richard había decidido guardarlo en la caja de seguridad en el Banco, pero todos los años en esta época lo llevaba unos días a su casa. La tapa de la caja de nogal se cerró sobre las cámaras, y Francesca colocó la caja en un estante del placard de su dormitorio. Después del mediodía había visitado Roseman Bridge. Salió al porche, secó la hamaca con una toalla y se sentó. Hacía frío, pero se quedaría allí unos minutos, como siempre. Entonces fue hasta el portón del patio y allí se detuvo. Luego fue hasta el comienzo del sendero. Veintidós años después aún lo veía bajar del camión al atardecer, tratando de encontrar el camino; veía a Harry avanzando a los tumbos hacia la ruta principal, luego deteniéndose, y a Robert Kincaid parado en el estribo, mirando por el sendero.

Una Carta de Francesca

Francesca Johnson murió en 1989. Tenía sesenta y nueve años. Ese año Robert Kincaid habría cumplido setenta y seis. La causa de la muerte figuraba como "natural". "Simplemente se murió", les dijo el médico a Michael y a Carolyn. "En realidad estamos un poco perplejos. No encontramos una causa específica para su muerte. Un vecino la encontró con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina."

En una carta a su abogado con fecha 1982 Francesca había pedido que sus restos fueran cremados y sus cenizas esparcidas en Roseman Bridge. La cremación era una práctica poco frecuente en Madison County (de alguna manera se la consideraba demasiado radical, y la voluntad de Francesca provocó muchas discusiones en el café, en la estación Texaco y en el negocio de repuestos y maquinarias. El acto de arrojar las cenizas no fue hecho público.

Después del funeral, Michael y Carolyn fueron lentamente hasta Roseman Bridge y cumplieron con las instrucciones de Francesca. Aunque estaba cerca de la casa, la familia Johnson nunca se había interesado gran cosa en ese puente, y Michael y Carolyn se preguntaron una y otra vez por qué esa persona bastante sensata que era su madre se comportaba en forma tan enigmática y por qué no había pedido que la enterraran junto a su marido como era costumbre.

Después Michael y Carolyn iniciaron el Largo proceso de examinar y clasificar los objetos que quedaban en la casa. Sacaron la caja de seguridad del Banco y luego que el abogado local la abrió, y revisó el contenido para la sucesión, se la entregó.

Tomaron cada uno una parte del material contenido en la caja y comenzaron a examinarlo. El sobre marrón estaba en la pila de Carolyn, debajo de otros varios objetos. Carolyn se admiró al ver el contenido. Leyó la carta de Robert a Francesca escrita en 1965. Después leyó la carta de Robert de 1978, y por último la de 1982 del abogado de Seattle. Finalmente estudió los recortes de las revistas.

—Michael.

Michael captó la mezcla de sorpresa y pena en la voz de su hermana e inmediatamente alzó la mirada.

—¿Sí?

Carolyn tenía los ojos llenos de lágrimas, la voz temblorosa.

—Mamá estuvo enamorada de un hombre llamado Robert Kincaid. Era fotógrafo. ¿Te acuerdas cuando todos vimos el número de la *National Geographic* con la nota sobre los puentes? El fue quien tomó las fotos de los puentes de aquí. ¿Y te acuerdas de que todos los chicos hablaban en esa época del tipo raro de las cámaras fotográficas? Era él.

Michael estaba sentado frente a Carolyn, con una corbata floja, el cuello de la camisa abierto.

—A ver, dímelo otra vez. No puedo creer lo que oí.

Después de leer las cartas Michael buscó en el placard de la planta baja, luego subió al dormitorio de Francesca. Nunca había visto la caja de nogal ni conocía su contenido. La llevó a la mesa de la cocina.

—Carolyn, aquí están las cámaras.

En un ángulo de la caja había un sobre sellado con la inscripción "Carolyn y Michael" en la letra de Francesca, y entre las cámaras tres cuadernos con tapa de cuero.

—No estoy seguro de poder leer lo que hay en ese sobre —dijo Michael—. Léemelo en voz alta, si te sientes capaz.

Carolyn abrió el sobre y leyó:

7 de enero de 1987

Queridos Carolyn y Michael:

Aunque me siento muy bien, creo que es tiempo de poner mis cosas en orden (como suele decirse). Hay algo, algo muy importante, que ustedes deben saber. Por eso escribo.

Después de abrir la caja de seguridad y encontrar el sobre marrón grande dirigido a mí con matasellos de 1965, con seguridad llegarán a esta carta. Si es posible, por favor siéntense a leerla en la mesa de la cocina. Pronto entenderán por qué se lo pido.

Me resulta difícil escribir esto a mis propios hijos, pero debo hacerlo. Esto es algo demasiado fuerte, demasiado hermoso como para que muera conmigo. Y si quieren saber quién fue su madre, con todo lo bueno y todo lo malo, deben saber lo que voy a contarles. Valor.

Como ya han descubierto, se llamaba Robert Kincaid. Después venía la inicial L, pero no sé a qué correspondía. Era fotógrafo, y estuvo aquí en el año 1965 fotografiando los puentes cubiertos.

¿Recuerdan qué entusiasmo tenía la gente de aquí cuando las fotos aparecieron en la National Geographic? También recordarán que por esa época yo empecé a recibir la revista. Ahora comprenderán mi repentino interés por ella. A propósito, yo estaba con él, llevándole una de las mochilas con las cámaras, cuando tomó la foto en Cedar Bridge.

Quiero que sepan que yo amé al padre de ustedes con un amor tranquilo. Lo sabía entonces y lo sé ahora. El fue bueno conmigo y me dio dos hijos, ustedes, a quienes adoro. No lo olviden.

Pero Robert Kincaid era alguien muy diferente; no se parecía a nadie a quien yo hubiera visto u oído o sobre quien hubiera leído en toda mi vida. Es imposible que lleguen a entender esto totalmente. En primer lugar, ustedes no son yo. En segundo lugar hubieran tenido que estar cerca de él, mirarlo moverse, oírlo hablar sobre el hecho de estar en un callejón sin salida de la evolución. Tal vez los ayudarán los cuadernos y los recortes de las revistas, pero tampoco eso será suficiente.

En primer lugar él no era de este mundo. Es lo más claro que puedo decir sobre Robert. Siempre me pareció que era un ser parecido a un leopardo que había llegado en la cola de un cometa. Así se movía, y así era su cuerpo. De alguna manera reunía una enorme intensidad con calidez y bondad, y lo habitaba cierto sentido trágico. Sentía que se estaba tornando obsoleto en un mundo de computadoras y robots y de vida organizada en general. Se veía como uno de los últimos cowboys, según decía, y también decía que tenía los colmillos viejos.

La primera vez que lo vi fue cuando se detuvo a preguntar cómo llegar a Roseman Bridge. Ustedes tres estaban en la Illinois State Fair. Créanme que yo no andaba buscando ninguna aventura. Nada más lejos de mi mente. Pero lo miré unos segundos y enseguida supe que lo deseaba, aunque no tanto como llegué a desearlo después.

Y por favor no piensen que él era un Casanova que corría detrás de las campesinas para aprovecharse de ellas. No era así en absoluto. En realidad era un poco tímido, y yo tuve tanto que ver con lo que pasó como él. En realidad más. La nota guardada junto a su pulsera fue la que yo le dejé en Roseman Bridge para que la viera la mañana después que nos conocimos. Aparte de esa foto mía, es la única

evidencia de que yo existía que le quedó a través de los años, de que no era un sueño que él había tenido.

Sé que los hijos tienen tendencia a pensar que sus padres son un poco asexuales, de manera que espero no perturbarlos, y por cierto espero que esto no destruya el recuerdo que tienen de mi.

Robert y yo pasamos horas juntos en la vieja cocina. Hablarnos y bailamos a la luz de las velas. Y, sí, hicimos el amor allí y en el dormitorio y en la pradera y en cualquier lugar que se nos ocurría. Eran amores increíbles, poderosos, trascendentes, y continuaron durante días sin detenerse. Al pensar en él muchas veces me viene a la mente la palabra "poderoso". Porque eso era él cuando nos conocimos.

Era como una flecha en su intensidad. Yo me sentía desvalida cuando me hacía el amor. No quiero decir débil; no es eso lo que sentía. Simplemente invadida por su sola fuerza emocional y física. Un vez, cuando se lo susurré, dijo con sencillez: "Soy el camino y soy un peregrino y soy todas las velas que salieron al mar."

Después miré el diccionario. Lo primero que uno piensa cuando oye la palabra "peregrino" es "halcón". Pero la palabra tiene otros significados, y él seguramente lo sabía. Uno es "extranjero, extraño". Otro es "vagabundo, andariego, migratorio". El latín peregrinus, una de las raíces de la palabra, significa desconocido. El era todo eso... un desconocido, un extranjero, un vagabundo y, ahora que lo pienso, también era como un halcón.

Comprendan, chicos, que estoy tratando de expresar algo que no se puede decir con palabras. Sólo deseo que alguna vez ustedes puedan vivir lo que he experimentado; de todos modos empiezo a pensar que no es probable. Aunque supongo que no se estila decir estas cosas en nuestros tiempos más ilustrados, no creo que sea posible que una mujer posea el tipo particular de fuerza que tenía Robert Kincaid. De manera, Michael, que con eso quedas afuera. En cuanto a Carolyn, la mala noticia es que creo que sólo hubo un Robert Kincaid, y nada más.

Si no hubiera sido por ustedes y por su padre yo me habría ido con él, de inmediato. Me pidió, me rogó que me fuera con 61. Pero yo no quise, y él fue lo bastante sensible y cuidadoso como para no interferir en nuestras vidas después de eso.

La paradoja es que si no hubiera sido por Robert Kincaid no sé si hubiera podido quedarme en la granja todos estos años. En cuatro días me dio toda una vida, un universo. Nunca dejé de pensar en él,

ni por un momento. Aun cuando no estaba en mi mente consciente yo lo sentía en alguna parte, siempre estaba allí.

Pero nunca puso en desmedro nada de lo que yo sentía por ustedes dos y por papá. Si pienso un momento solamente en mí, creo que no tomé una buena decisión. Pero teniendo en cuenta a la familia creo que sí.

Aunque debo ser honesta y admitirlo, Robert Kincaid comprendió desde el principio, mejor que yo, lo que formábamos entre ambos. Creo que sólo con el tiempo comencé, gradualmente, a captar el significado. Si realmente lo hubiera comprendido, cuando me pidió cara a cara que me fuera con él, probablemente lo habría hecho.

Robert pensaba que el mundo se había vuelto demasiado racional, que había dejado de confiar en la magia como debía. A menudo me pregunté si yo no había sido demasiado racional al tomar mi decisión.

Estoy segura de que mi voluntad sobre mi entierro debe de haberles parecido incomprensible; tal vez pensaron que era el producto de la confusión mental de una vieja. Después de leer la carta del abogado de Seattle de 1982 y mis cuadernos, comprenderán por qué hice ese pedido. Le di mi vida a mi familia; a Robert Kincaid lo que quedaba de mí.

Creo que Richard sabía que habla algo en mí lo que él no tenía acceso,

y a veces me pregunto si encontró el sobre marrón que yo guardaba en casa en el escritorio. Poco antes de su muerte estaba sentada junto a él en el hospital de Des Moines y me dijo: "Francesca, sé que tú también tuviste tus propios sueños. Lamento no haber podido dártelos yo". Fue el momento más conmovedor de nuestra vida en común.

No quiero que sientan culpa ni pena por ninguna de estas cosas. No es mi intención provocarlas. Sólo quiero que sepan cuánto amé a Robert Kincaid. Lo tuve en mis pensamientos todos los días, todos estos años, lo mismo que él.

Aunque nunca volvimos a hablarnos, seguimos indisolublemente unidos; todo cuanto pueden estarlo dos personas. No encuentro las palabras para expresar esto adecuadamente. El lo expresó mejor cuando dijo que habíamos dejado de ser dos seres separados, y que en cambio nos habíamos convertido en un tercero formado por los dos. Ninguno de los dos existía en forma independiente de ese ser. Y ese ser andaba ala deriva.

Carolyn, recordarás la terrible pelea que tuvimos una vez sobre un vestido color rosa pálido que yo guardaba en mi placard. Tú lo habías visto y querías ponértelo. Decías que no recordabas habérmelo visto puesto nunca, entonces, ¿por qué no podía arreglarlo para que te sirviera a ti? Ese fue el vestido que me puse la noche que Robert y yo hicimos el amor por primera vez. Nunca en mi vida estuve tan bonita como esa noche. El vestido era un pequeño recuerdo tonto de aquella época. Por eso nunca volví a ponérmelo y me negué a permitirte usarlo.

Después que Robert se fue de aquí en 1965 me di cuenta de lo poco que sabía de él en términos de la historia de su familia. Aunque creo que me enteré de casi todo lo demás que le concernía, de todo lo que realmente importaba, en esos breves días. Era hijo único, sus padres habían muerto, y él había nacido en un pueblito de Ohio.

Ni siquiera estoy segura de si fue a la universidad, o aun a la escuela secundaria, pero tenía una inteligencia brillante a su manera cruda, primitiva, casi mística. Ah, sí, fue fotógrafo de guerra con los marines en el Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial.

Estuvo casado una vez y se divorció, mucho antes de conocerme. No tuvo hijos, y las largas ausencias de Robert en sus viajes fotográficos fueron demasiado para el matrimonio. El asumía la culpa por la separación.

Aparte de eso, que yo sepa Robert no tenía familia. Yo les pido que lo consideren parte de la nuestra. Al menos yo tenía una familia, una vida con otros. Robert estaba solo. No era justo, y yo lo sabía.

Prefiero, o al menos eso creo, por la memoria de Richard y por la forma en que habla la gente, que de alguna manera todo esto quede en el seno de la familia Johnson. Pero lo dejo a juicio de ustedes.

De todas maneras por cierto no me avergüenzo de lo que Robert Kincaid y yo tuvimos entre los dos. Al contrario. Todos estos años lo amé desesperadamente, aunque por mis propias razones traté una sola vez de ponerme en contacto con él. Fue después de la muerte del padre de ustedes. Mi intento fracasó, y temí que le hubiese sucedido algo, y por ese miedo nunca volví a intentarlo. Simplemente no podía enfrentar la realidad. De manera que se imaginarán lo que sentí cuando llegó el paquete con la carta del abogado en 1982.

Como les dije, espero que comprendan que no pienso mal de mí misma. Si me aman, deben amar lo que luce.

Robert Kincaid me enseñó lo que es ser mujer en una forma que pocas mujeres, tal vez ninguna, experimentará jamás. Era un hombre agradable y cálido, y por cierto merece el respeto y quizás el

amor de ustedes. Espero que puedan brindarle las dos cosas. A su manera, a través de mí, fue bueno con ustedes.

Que Dios los acompañe, hijos míos.

Mamá.

Silencio en la vieja cocina. Michael inspiró profundamente y miró por la ventana. Carolyn miró alrededor, la pileta, el piso, la mesa, todo.

Cuando habló su voz era casi un suspiro. —Ay, Michael, Michael, piensa en ellos todos estos años, deseándose tan desesperadamente. Ella renunció a él por nosotros y por papá. Y Robert Kincaid se mantuvo aparte por respeto a los sentimientos de mamá por nosotros. Michael, me resulta difícil pensarlo. Tratamos con tanta indiferencia a nuestros matrimonios, y nosotros fuimos parte de la razón de que ese increíble amor terminara como terminó.

Tuvieron cuatro días juntos, sólo cuatro. En toda una vida. Cuando nosotros fuimos a esa ridícula feria en Illinois. Mira la foto de mamá. Nunca la vi así. Tan increíblemente hermosa, y no es la fotografía. Es lo que él le hizo. Mírala, tan salvaje y libre. Con los cabellos al viento, el rostro lleno de vida. Está maravillosa.

—Dios mío —fue todo lo que pudo decir Michael, enjugándose la cara con un repasador, y también los ojos cuando Carolyn no lo miraba.

Carolyn volvió a hablar.

—Aparentemente él nunca trató de comunicarse con ella en esos años. Y debe de haber muerto solo; por eso le hizo enviar las cámaras. Recuerdo la pelea que tuvimos mamá y yo por el vestido rosa. Duró días y días. Ella se limitaba a decir: "No, Carolyn, ése no".

Y Michael recordó la vieja mesa a la que estaban sentados. Ahora comprendía por qué Francesca le había pedido que volviera a traerla a la cocina después de la muerte de su padre.

Carolyn abrió el sobre pequeño acolchado.

—Aquí está la pulsera, y la cadena con el medallón de plata de él. Y la nota que menciona mamá en su carta, la que ella le dejó en Roseman Bridge. Por eso es que la foto del puente que él le envió muestra el papel clavado allí con una tachuela.

—Michael, ¿qué vamos a hacer? Piénsalo; vuelvo en un minuto.

Carolyn subió corriendo la escalera y volvió unos minutos después con el vestido rosa cuidadosamente doblado en una funda de plástico. Lo desplegó para mostrárselo a Michael.

—Imagínala con este vestido y bailando con él aquí, en la cocina. Piensa en todo el tiempo que hemos pasado aquí y en las imágenes que ella debe de haber recordado mientras cocinaba y cuando estábamos todos aquí con ella, hablando de nuestros problemas, pensando a qué universidad ir, comentando lo difícil que es tener éxito en el matrimonio. Dios mío, qué inocentes e inmaduros somos comparados con ella.

Michael asintió con un gesto y se volvió hacia las alacenas que había sobre la pileta.

—¿Mamá tendría alguna bebida por aquí? Por Dios, qué bien me vendría. Como respuesta a tu pregunta te diré que no sé lo que vamos a hacer.

Buscando en las alacenas encontró una botella de brandy, casi vacía.

—Alcanza para dos copas, Carolyn. ¿Quieres?

—Sí.

Michael sacó las únicas dos copas para brandy que había en la alacena y las colocó en la mesa de fórmica amarilla. Vertió lo que quedaba del contenido de la botella, mientras Carolyn comenzaba a leer en silencio el primer volumen de las memorias de su madre.

"Robert Kincaid llegó a mi vida el 16 de agosto de 1965, un lunes. Estaba tratando de encontrar Roseman Bridge. Era casi de noche, hacía calor, y él venía en una pickup a la que llamaba Harry..."

Post Scriptum - Entrevista con "Nighthawk" Cummings

Mientras escribía la historia de Robert Kincaid y Francesca Johnson, me sentía cada vez más intrigado por Kincaid y lo poco que cualquiera de nosotros sabía de él y de su vida. Sólo unas semanas antes de que el libro fuera a la imprenta fui a Seattle e intenté nuevamente obtener más información sobre él.

Se me ocurría que, como le gustaba la música y era él mismo un artista, podría haber alguien en el área de música y arte de Puget Sound que lo conociera. El redactor de artes del *Seattle Times* se mostró dispuesto a colaborar. Corno no conocía a Kincaid, me dio acceso a las secciones correspondientes del diario desde 1975 hasta fines de 1982, el período que me interesaba.

Mientras revisaba las ediciones de 1980 me encontré con una foto de un músico de jazz negro, un saxofonista tenor llamado John "Nighthawk" Cummings. Y junto a la foto estaba la firma de Robert Kincaid. El sindicato de músicos local me proporcionó el domicilio de Cummings, con la información de que hacía años que no trabajaba activamente. La dirección correspondía a una calle lateral cerca de un sector industrial de Tacoma, entrando por la ruta 5 desde Seattle.

Fui varias veces a la casa hasta que lo encontré. Al principio se mostró desconfiado ante mis preguntas. Pero lo convencí de que mi interés por Kincaid era serio y bienintencionado, y entonces se tomó cordial y abierto. A continuación transcribo una versión apenas recortada de mi entrevista con Cummings, que tenía setenta años cuando hablé con él. Simplemente conecté mi grabador y lo dejé hablar sobre Robert Kincaid. Agradezco a mi editor que haya aceptado agregar este material como post scriptum cuando ya el resto del libro estaba listo para imprimirse y hubiera sido necesario hacer cambios importantes para integrarlo con el texto existente.

Entrevista con "Nighthawk" Cummings

Estaba haciendo unas funciones en Shorty's, en Seattle, donde vivía entonces, y necesitaba una buena foto mía en blanco y negro para publicidad. El contrabajista me dijo que había un tipo que vivía en una de las islas y trabajaba bien. No tenía teléfono, de manera que le mandé una tarjeta.

Vino a verme; era un individuo un poco estrafalario que andaba con jeans, botas y tiradores color naranja. El tipo sacó unas cámaras viejas y estropeadas que nadie hubiera dicho' que funcionaban; yo pensé "Ay, Dios mío". Me puso contra una pared de color claro con el saxofón y me dijo que tocara no más, sin parar. Así que toqué. Los primeros tres minutos se quedó ahí parado, mirándome muy atentamente, con los ojos azules más serenos que he visto.

Después empezó a tomar fotos. Y me pidió que tocara Las hojas muertas. Toqué. Toqué por lo menos diez minutos mientras él disparaba sin cesar, una foto tras otra. Después dijo: "Bueno, ya está. Mañana se las entrego".

Al día siguiente me las trajo y me quedé pasmado. A mí me han sacado muchas fotos, pero esas eran las mejores, de lejos. Me cobró cincuenta dólares, que me pareció muy barato. Me agradeció, y al salir me preguntó dónde estaba tocando. "En Shorty's" le dije.

Varias noches después miro al público y lo veo sentado en una mesa de un rincón, escuchando con verdadera atención. Bien, empezó a venir una vez por semana, siempre los martes; siempre bebía cerveza, aunque no mucho.

A veces, en los intervalos, yo iba a charlar unos minutos con él. Era un hombre callado, no decía mucho, pero era muy agradable, y siempre me preguntaba cortésmente si no quería tocar Las *hojas muertas*.

Después de un tiempo llegamos a conocernos un poco. A mí me gustaba ir al puerto a ver el agua y los barcos; a él también. De modo que llegamos a sentarnos en un mismo banco y a charlar tardes enteras. Éramos un par de viejos que empiezan a marchitarse, a sentirse poco importantes, algo anticuados.

El solía llevar a su peno. Lindo peno. Lo llamaba Camino.

Comprendía la magia. Los músicos de jazz también la conocen. Tal vez por eso nos llevábamos bien. Uno toca una melodía que ya ha

tocado miles de veces, y de pronto surge un montón de ideas nuevas del saxo sin que hayan pasado siquiera por la mente consciente. El decía que la fotografía y la vida eran así. Y agregó: "Como hacer el amor a la mujer que uno ama".

El estaba trabajando en algo con lo que intentaba convertir a la música en imágenes visuales. Me dijo: "John, ¿te acuerdas de ese adorno que casi siempre haces en el cuarto compás de *Dama sofisticada*? Bien, creo que hace un par de días logré ponerlo en película. La luz pasó muy bien a través del agua y una garza azul giró frente al visor más o menos al mismo tiempo. Se puede decir que vi ese adorno y lo oí al mismo tiempo mientras disparaba la cámara".

Dedicaba todo su tiempo a ese asunto de poner la música en imágenes. Estaba obsesionado. No sé de qué vivía.

Hablaba poco de su propia vida. Yo sabía que había viajado mucho haciendo fotografía, pero no supe más hasta un día que le pregunté sobre el objeto de plata que llevaba colgado al cuello con una cadena. Al acercarme vi el nombre "Francesca" grabado en el medallón. Entonces le pregunté: "¿Hubo algo especial en eso?".

No respondió de inmediato; se quedó mirando el agua. Luego dijo: "¿Cuánto tiempo tienes?" Bien, era lunes, mi noche libre, de manera que le dije que tenía todo el tiempo que fuera necesario.

Empezó a hablar. Era como haber abierto un grifo. Habló toda la tarde y buena parte de la noche. Yo sentía que era algo que él tenía guardado desde hacía mucho tiempo.

Nunca mencionó el apellido de la mujer, nunca dijo dónde había sucedido todo eso. Pero créame que Robert Kincaid era un poeta cuando hablaba de ella. Debe de haber sido una mujer especial, una señora increíble. Kincaid citó una parte de algo que había escrito para ella... algo sobre la Dimensión Z, según recuerdo. Mientras lo escuchaba pensé que se parecía a una de las improvisaciones libres de Omette Coleman.

Y, mire, él lloraba mientras me lo contaba. Lloraba con grandes lágrimas, como lloran los viejos, como las lágrimas que se arrancan con un saxofón. Después entendí por qué siempre pedía *Las hojas muertas*. Y, bueno, empecé a querer a ese hombre. Cualquiera que puede tener esos sentimientos por una mujer es digno de que lo quieran a él.

Así que me puse a pensar en eso, en la fuerza de eso que había entre la mujer y él. En lo que él llamaba "los viejos hábitos". Y me dije: "Tengo que tocar en el saxo esa fuerza, ese amor, hacer que los

viejos hábitos salgan de mi instrumento". Había algo muy lírico en todo eso.

Y entonces escribí este tema... me llevó tres meses. Yo quería que fuera algo simple, elegante. Es fácil hacer cosas complicadas. El verdadero desafío es la simplicidad. Trabajé todos los días hasta que conseguí lo que quería. Lo trabajé un poco más y escribí unas páginas de guía para el piano y el contrabajo. Por fin una noche lo toqué.

Él estaba allí, entre el público. Un martes a la noche, como de costumbre. Suele ser una noche floja, unas veinte personas en el bar, y nadie le presta mucha atención al grupo.

El estaba sentado allí, en silencio, escuchando con gran atención, como siempre, y yo digo por el micrófono: "Voy a tocar un tema que escribí para un amigo mío. Se llama *Francesca*".

Lo miraba mientras hablaba. Él miraba la botella de cerveza, pero cuando dije *Francesca* levantó lentamente los ojos hacia mí, se echó hacia atrás los cabellos grises con las manos, encendió un Camel, y sus ojos azules ya no se apartaron de mí.

Hice sonar como nunca al instrumento, lo hice llorar por todos los kilómetros y los años que separaban a esos dos seres. En la primera parte había una pequeña figura melódica que de alguna manera pronunciaba el nombre: Fran—ces—ca...

Cuando terminé él se puso de pie, muy erguido, sonrió y saludó con la cabeza, pagó la cuenta y se fue. Desde entonces siempre tocaba el tema cuando él venía. El le puso marco a una fotografía de un viejo puente cubierto y me la regaló como agradecimiento por la canción. Está colgada allí. Nunca me dijo dónde la sacó, pero dice "Roseman Bridge" debajo de su firma.

Un martes a la noche, hace siete años, tal vez ocho, no apareció. No vino tampoco a la semana siguiente. Pensé que estaría enfermo o que algo le pasaba. Empecé a preocuparme, fui al puerto, pregunté por allí. Nadie sabía nada de él. Finalmente tomé un barco hasta la isla donde vivía. Su casa era una vieja cabaña, más bien una covacha junto a la orilla del mar.

Un vecino me vio vagando por allí y me preguntó qué hacía.

Se lo dije. El vecino me dijo que había muerto unos diez días atrás. Dios, cómo me dolió. Todavía me duele. Me gustaba mucho ese tipo. Tenía algo, no sé qué. Me daba la sensación de que sabía cosas que el resto de nosotros no sabemos.

Le pregunté al vecino por el perro. No sabía. Dijo que tampoco conocía a Kincaid. Llamé al corral municipal y allí estaba Camino. Fui

a buscarlo y se lo regalé a mi sobrino. La última vez que los vi el Inca y el perro estaban en un idilio. Eso me hizo sentir bien.

De todos modos ésa es la historia. Poco después de enterarme de lo que había pasado con Kincaid empezó a sucederme que el brazo izquierdo se me entumece cuando toco más de veinte minutos. Es por un problema de columna. De manera que no trabajo más.

Pero créame que nunca olvido la historia que me contó sobre él y esa mujer. Y todos los martes saco el saxo y toco la melodía que escribí para él. La toco aquí, para mí solo.

Y por alguna razón siempre miro la foto que me dio mientras la estoy tocando. No sé qué pasa, pero no puedo quitar los ojos de la foto mientras toco la melodía.

Cada atardecer ahí estoy yo, haciendo llorar al viejo instrumento, tocando esa melodía para un hombre llamado Robert Kincaid y una mujer a quien él llamaba Francesca.

FIN